TEXTOS SELECCIONADOS DE ALFRED LOUIS KROEBER

Tomo I

Editorial Atavismo

Tomo I

Autor: Alfred Louis Kroeber

Título: Textos seleccionados de Alfred Louis Kroeber

Editor: David Peña Cisneros

Editorial Atavismo: Alvarado 24-2, San Jerónimo Aculco, La Magdalena Contreras, Ciudad de México. México. antropologodavid@gmail.com

Franz Boas. 2025. *Textos seleccionados de Alfred Louis Kroeber. Tomo I.* Edición de David Peña. Ciudad de México: Editorial Atavismo.

ISBN:

Dominio Público. Alfred Louis Kroeber († 1960)

© 2025 David Peña

Portada: fotografía Alfred Louis Kroeber (1876-1960)." *Smithsonian Learning Lab*. February 18, 2019. Accessed May 5, 2025. https://learninglab.si.edu/resources/view/3519970

CC-BY-SA-4.0

Textos seleccionados de A. L. Kroeber

Tomo I

Nota del editor 7

Dieciocho afirmaciones 9

Lo superorgánico 16

Sobre el principio del orden en la civilización, ejemplificado por los cambios de moda 77

Simbolismo decorativo de los arapaho 117

Nota del editor

Esta colección de algunos textos fundamentales de la obra de Alfred Louis Kroeber fue expresamente elaborada para el curso de Historia de las teorías antropológicas: Particularismo histórico, que se imparte en la Escuela Nacional de Antropología e Historia.

Esta edición puede leerse en dispositivos electrónicos aptos para archivos ".pdf" (PDF interactivo), contiene de marcadores, referencias cruzadas y enlaces a versiones de las obras referidas siempre que fue posible. También puede imprimirse en hojas tamaño carta.

Agradezco a todas bibliotecas, portales y repositorios que apoyan el acceso a la bibliografía de esta obra, especialmente a: www.archive.org, www.biodiversitylibrary.org, www.jstor.org, www.clacso.org, gallica.bnf.fr, www.si.edu y https://anthrosource.onlinelibrary.wiley.com/

David Peña Cisneros, Ciudad de México,
Escuela Nacional de Antropología e Historia,
junio de 2025

Dieciocho afirmaciones

Eighteen Professions

La antropología actual comprende dos estudios cuyas diferencias fundamentales de objetivo y método los hacen irreconciliables. Una de estas ramas es biológica y psicológica; la otra, social o histórica.

Existe un tercer campo, el ámbito específico de la antropología, que se ocupa de la relación entre los factores biológicos y sociales. Este es territorio de nadie, y por lo tanto, utilizado como un lugar de recreo por quienes prefieren las excursiones de placer a cultivar un terreno de conocimiento. Algún día, este terreno también será inspeccionado, cercado y mejorado. La ciencia biológica ya lo reclama; pero el título aún está por determinarse. Por el momento, la tarea en cuestión es la delimitación del ámbito de la historia respecto del de la ciencia.

En adelante, la antropología histórica, la historia y la sociología se denominarán historia. La antropología física y la psicología se incluyen en la biología.

1. *El objetivo de la historia es conocer las relaciones de los hechos sociales con la toda la civilización.*

Civilización significa civilización en si misma, no sus impulsos. Relación es conexión actual, no causa.

2. *El material que estudia la historia no es el hombre, sino sus obras.*

No son los hombres, sino los resultados de sus actos, las manifestaciones de sus actividades, lo que constituye el objeto de la investigación histórica.

3. *La civilización, aunque transportada por los hombres y existente a través de ellos, es una entidad en sí misma y de otro orden de la vida.*

La historia no se ocupa de los agentes que producen la civilización, sino de la civilización como tal. Las causas son asunto del psicólogo. La civilización, en esencia, no tiene nada que ver con los individuos ni con los conjuntos de hombres sobre los que se asienta. Surge de lo orgánico, pero es independiente de él. Los procesos mentales de los grupos humanos son, después de todo, solo los procesos colectivos de individuos que reaccionan ante ciertos estímulos especiales. Por lo tanto, la psicología colectiva se resuelve en última instancia en la psicología humana individual, así como esta a su vez se resuelve en la psicología y la fisiología orgánicas. Pero la historia trata con un material que es esencialmente no individual e integralmente social. La historia no se ocupa de las relaciones de la civilización con los hombres u organismos, sino de las interrelaciones de la civilización. La organización psíquica del hombre en abstracto no existe para ella, salvo como algo dado directamente y más o menos completamente a la conciencia del estudiante. El hombre incivilizado no existe; si existiera, no significaría nada para el historiador. Incluso el hombre civilizado no es asunto de la historia; su esfera es la civilización de la cual el hombre es la base necesaria, pero que es inevitable una vez que esta base existe.

4. *El historiador debe partir del supuesto de una determinada constitución mental del hombre, pero no puede utilizarla como explicación de los fenómenos sociales.*

El historiador puede y debe obtener la interpretación necesaria de la mente humana a partir de su familiaridad con los hechos sociales y la apli-

cación directa de sus propias actividades psíquicas a ellos. Esta interpretación probablemente será útil en la medida en que emane directamente de él mismo y no de las leyes formuladas por el psicólogo biológico. Si la comprensión de la civilización ayudará o no al psicólogo es algo que este debe determinar.

5. *Los verdaderos instintos están en la base y el origen de los fenómenos sociales, pero no pueden ser considerados ni tratados por la historia.*

La historia comienza donde los instintos empiezan a expresarse en hechos sociales.

6. *Lo personal o individual no tiene valor histórico salvo el de ilustración.*

Las genealogías etnológicas son un material valioso. También lo son las acciones de personajes históricos conspicuos. Pero su relato dramático, anecdótico o biográfico es arte biográfico o ficticio, o posiblemente psicología, no historia.

7. *La geografía, o entorno físico, es material del que se hace uso la civilización, no un factor que modela o explica la civilización.*

La civilización reacciona a la civilización, no a la geografía. Para el historiador, la geografía no influye en la civilización, sino que esta incorpora circunstancias geográficas. La agricultura presupone un clima capaz de sustentarla y se modifica según las condiciones climáticas. No es causada por el clima. La comprensión de la actividad agrícola debe buscarse en los demás fenómenos de la civilización que la afectan.

8. *La absoluta igualdad e identidad de todas las razas y cepas humanas como portadores de civilización deben ser asumidos por el historiador.*

La identidad no ha sido probada ni refutada. Queda por establecerse, o limitarse, mediante observaciones dirigidas a este fin, quizás solo mediante experimentos. Las influencias históricas y sociales que afectan a cada raza y a cada gran grupo de personas están estrechamente entrelazadas con las supuestas influencias biológicas y hereditarias, y nunca se han separado lo suficiente como para permitir la demostración de la

eficacia real de ninguna de ellas. Todas las opiniones sobre este punto son solo convicciones falsamente fortificadas por evidencia interpretada subjetivamente. El biólogo que trata con el hombre debe asumir al menos algunas diferencias hereditarias, y a menudo asume que los factores biológicos son los únicos existentes. El historiador, hasta que tales diferencias se establezcan y definan con precisión, debe asumir su inexistencia. Si no basa sus estudios en esta suposición, su trabajo se convierte en una mezcla viciada de historia y biología.

9. *No se puede suponer que la herencia haya jugado algún papel en la historia.*

Las diferencias hereditarias individuales sin duda existen, pero no son "material histórico" por ser individuales. Las diferencias hereditarias entre grupos humanos pueden finalmente establecerse, pero, al igual que la geografía, deben en ese caso convertirse en material sobre el que actúa la fuerza de la civilización, no tratarse como causas de la civilización.

10. *La herencia por adquisición es una monstruosidad igualmente biológica e histórica.*

Esta explicación ingenua puede descartarse con los hallazgos de la biología; pero si la biología llegase a determinar que dicha herencia opera mediante un mecanismo aún no descubierto, esta herencia debe, no obstante, ser ignorada por la historia, junto con la herencia congénita. En el estado actual de comprensión, la herencia por adquisición es con demasiada frecuencia la inclinación predilecta de quienes confunden su pensamiento biológico introduciendo aspectos sociales, y de quienes confunden la historia engañándose a sí mismos creyendo que la están convirtiendo en biología.

11. *No se puede admitir que la selección y otros factores de la evolución orgánica afecten a la civilización.*

En realidad, no se ha demostrado que los procesos de evolución orgánica influyan materialmente en la civilización o que la hayan influido. La civilización, obviamente, introduce un factor importante que prácti-

camente no existe en la existencia de animales y plantas, y que debe neutralizar, al menos en gran medida, el funcionamiento de cualquier tipo de selección. La arqueología prehistórica demuestra con certeza que la civilización ha cambiado profundamente sin que se produzcan alteraciones materiales en el organismo humano. Incluso en la medida en que la evolución biológica pueda demostrarse en mayor o menor medida para el hombre, será necesario establecer definitivamente una correspondencia entre los tipos orgánicos y las formas de civilización antes de que la historia pueda ocuparse de estos tipos orgánicos o de sus cambios.

12. *El llamado salvaje no es una transición entre lo animal y el hombre educado científicamente.*

Todos los hombres son completamente civilizados. Todos los animales son completamente incivilizados, porque son casi totalmente incivilizables. La condición de conexión que, según se cree universalmente, debió existir es completamente desconocida. Si alguna vez se llega a conocer, solo puede proporcionar al historiador una introducción a la historia. Para el historiador, no hay superioridad ni inferioridad en la civilización. La clasificación de las partes de la civilización en cualquier secuencia, salvo la real de tiempo, lugar y conexión, suele ser engañosa y siempre carente de valor. La estimación del salvaje adulto como similar al niño europeo moderno es superficial e impide su correcta apreciación, tanto biológica como histórica.

13. *No existen especies sociales ni tipos o etapas culturales estándar.*

Una especie social en la historia se basa en una falsa analogía con las especies orgánicas. Una etapa en la civilización es simplemente una preconcepción hecha plausible por hechos seleccionados arbitrariamente.

14. *No existe una mente étnica sino sólo civilización.*

Solo existen mentes individuales. Cuando estas reaccionan entre sí acumulativamente, el proceso es meramente fisiológico. La única existencia étnica o social es la civilización, que biológicamente se resuelve

puramente en un producto de fuerzas fisiológicas, e históricamente es la única entidad insuperable.

15. *No existen leyes históricas similares a las leyes de la ciencia fisicoquímica.*

Todas las leyes de civilización afirmadas son, como mucho, tendencias que, aunque determinables, no constituyen expresiones cuantitativas permanentes. Dichas tendencias tampoco son el sustituto que la historia ofrece a las leyes de la ciencia. La historia no tiene por qué negarlas y quizá deba reconocerlas, pero su formulación no es su fin.

16. *La historia se ocupa de condiciones* sine qua non, *no de causas.*

Las relaciones entre los fenómenos de civilización son relaciones de secuencia, no de efecto. Los principios de causalidad mecánica, emanados de las ciencias biológicas subyacentes, son aplicables a la psicología individual y colectiva. Aplicados a la historia, la convierten en psicología. Insistir en que todo tratamiento de los datos de civilización debe realizarse mediante métodos de causalidad mecánica equivale a negar la existencia válida de la historia como objeto de estudio. Los únicos antecedentes de los fenómenos históricos son los fenómenos históricos.

17. *La causalidad de la historia es teleológica.*

Las causas psicológicas son mecánicas. Para la historia, la psicología es asumible, no demostrable. Hacer de la demostración de la identidad fundamental de la mente humana mediante innumerables ejemplos el objeto de estudio histórico es tan tedioso como estéril. Si el proceso de civilización parece el fin valioso del conocimiento de la civilización, debe buscarse como un proceso distinto del de la causalidad mecánica, o el resultado será una reintegración que no es historia. La teleología, por supuesto, no sugiere teología a quienes están libres de la influencia de la teología. La teleología de la historia implica el condicionamiento absoluto de los acontecimientos históricos por otros acontecimientos históricos. Esta causalidad de la historia es tan completamente desconocida y desaprovechada como lo fue la causalidad química hace mil y la causalidad física hace tres mil años.

18. *En definitiva, las determinaciones y los métodos de las ciencias biológicas, psicológicas o naturales no existen para la historia, así como los resultados y el modo de funcionamiento de la historia son ignorados por la práctica biológica consistente.*

La mayoría de los biólogos han seguido implícitamente el aspecto de esta doctrina, pero su consiguiente éxito ha tentado a muchos historiadores, especialmente sociólogos, antropólogos y teóricos, a imitarlo en lugar de seguir su adecuado método complementario.

Bibliografía

Leído en la reunión de la *American Anthropological Association* de 1915 en Filadelfia. Este texto también es coloquialmente conocido como "El credo de Kroeber." La traducción literal podría ser "Dieciocho profesiones" pero para mantener el sentido comúnmente aceptado se optó por "Dieciocho afirmaciones".

Kroeber, Alfred Louis. 1915. “Eighteen Professions.” *American Anthropologist* 17 (2): 283–88. https://doi.org/https://doi.org/10.1525/aa.1915.17.2.02a00060.

Lo superorgánico

The Superorganic

Una forma de pensar característica de nuestra civilización occidental ha sido la formulación de antítesis complementarias, un equilibrio de opuestos excluyentes. Uno de estos pares de ideas, con los que nuestro mundo ha trabajado durante unos dos mil años, se expresa en las palabras cuerpo y alma. Otra dupla que ha cumplido su útil propósito, pero que la ciencia ahora intenta eliminar, al menos en ciertos aspectos, es la distinción entre lo físico y lo mental. Una tercera distinción es la de lo vital y lo social, o, en otras palabras, la de lo orgánico y lo cultural. El reconocimiento implícito de la diferencia entre cualidades y procesos orgánicos y cualidades y procesos sociales es de larga data. Sin embargo, la distinción formal es reciente. De hecho, puede decirse que la verdadera importancia de la antítesis apenas está comenzando a comprenderse. Por cada ocasión en que una mente humana separa tajantemente las fuerzas orgánicas y sociales, hay docenas de otras en las que no se considera la distinción entre ellas, o se produce una verdadera confusión entre ambas ideas.

Una razón para esta confusión actual entre lo orgánico y lo social es el predominio, en la fase actual de la historia del pensamiento, de la idea

de la evolución. Esta idea, una de las más tempranas, simples y también más vagas jamás alcanzadas por la mente humana, ha encontrado su mayor fundamento y fortalecimiento en el ámbito de lo orgánico; en otras palabras, a través de la ciencia biológica. Al mismo tiempo, existe una evolución, crecimiento o desarrollo gradual, evidente también en otros ámbitos además del de la vida vegetal y animal. Tenemos teorías de la evolución estelar o cósmica; y es evidente, incluso para los menos instruidos, un crecimiento o evolución de la civilización. En la naturaleza de las cosas, hay poco peligro de que los principios darwinianos o posdarwinianos de la evolución de la vida se trasladen al reino de los soles ardientes y las nebulosas inertes. La civilización o el progreso humano, por otro lado, que existe solo en y a través de los miembros vivos de la especie, es tan inequívocamente similar a la evolución de plantas y animales, que ha sido inevitable la aplicación generalizada de los principios del desarrollo orgánico a los hechos del crecimiento cultural. Esto, por supuesto, es razonamiento por analogía, o argumentar que porque dos cosas se asemejan en un punto, también serán similares en otros. En ausencia de conocimiento, tales suposiciones son justificables como suposiciones. Sin embargo, con demasiada frecuencia, su efecto es predeterminar la actitud mental, con el resultado de que cuando comienza a acumularse la evidencia que podría probar o refutar la suposición basada en la analogía, esta evidencia ya no se considera imparcial y juiciosamente, sino que simplemente se distribuye y se desecha de tal manera que no interfiere con la convicción establecida en la que la suposición tentativa original se ha convertido hace mucho tiempo.

Esto es lo que ha sucedido en el campo de la evolución orgánica y social. La distinción entre ellas, tan obvia que en épocas pasadas parecía demasiado trivial como para comentarla, salvo incidental e indirectamente, se ha oscurecido en gran medida en los últimos cincuenta años debido a la influencia que las ideas relacionadas con la evolución orgánica han tenido en las mentes de la época. Incluso parece justo decir que

esta confusión ha sido mayor y más generalizada entre quienes estudian y estudian a diario que en el resto del mundo.

Y, sin embargo, muchos aspectos de la diferencia entre lo orgánico y lo no orgánico en la vida humana son tan claros que un niño puede comprenderlos, y que todos los seres humanos, incluidos los más salvajes, emplean constantemente la distinción. Todos sabemos que nacemos con ciertas facultades y que adquirimos otras. No hay necesidad de argumentos para demostrar que algunas cosas en nuestra vida y constitución provienen de la naturaleza a través de la herencia, y que otras nos llegan por mecanismos ajenos a la herencia. Nadie ha afirmado aún que un ser humano nazca con un conocimiento inherente de la tabla de multiplicar; ni, por otro lado, duda que los hijos de un negro nazcan negros por la acción de fuerzas hereditarias. Sin embargo, algunas cualidades en cada individuo son claramente debatibles; y cuando se compara el desarrollo de la civilización en su conjunto y la evolución de la vida en su conjunto, con demasiada frecuencia se ha pasado por alto la distinción entre los procesos involucrados.

Hace algunos millones de años, según se enseña actualmente, la selección natural, o algún otro factor evolutivo, provocó la aparición de las aves. Procedieron de los reptiles. Las condiciones eran tales que la lucha por la existencia en la tierra era ardua; mientras que en el aire había seguridad y espacio. Gradualmente, ya sea mediante una serie de gradaciones casi imperceptibles a lo largo de una larga línea de generaciones sucesivas, o mediante saltos más marcados y repentinos en un período más corto, el grupo de las aves evolucionó a partir de sus ancestros reptiles. En este desarrollo, se adquirieron plumas y se perdieron escamas; la capacidad de agarre de las patas delanteras se transformó en la capacidad de sostener el cuerpo en el aire. Las ventajas de resistencia de las que disfrutaba un organismo de sangre fría se sacrificaron por la compensación equivalente o mayor de la actividad superior que conlleva la sangre caliente. El resultado neto de este capítulo de la historia evolutiva fue que una nueva capacidad, la locomoción aérea, se añadió a la

suma total de facultades que poseían el grupo superior de animales, los vertebrados. Sin embargo, los animales vertebrados en su conjunto no se vieron afectados. La mayoría de ellos carecen por completo de la capacidad de volar, al igual que sus antepasados hace millones de años. Las aves, a su vez, perdieron ciertas facultades que poseían y que presumiblemente aún poseerían de no haber adquirido las alas.

En los últimos años, los seres humanos también han adquirido la capacidad de la locomoción aérea. Pero el proceso mediante el cual se obtuvo esta capacidad, y sus efectos en la especie, son tan completamente diferentes de los que caracterizaron la adquisición del vuelo por parte de las primeras aves como es posible. Nuestros medios para volar son externos a nuestro cuerpo. Un pájaro nace con un par de alas, pero nosotros hemos inventado el avión. El pájaro renunció a un par de manos potenciales para obtener sus alas; nosotros, dado que nuestra nueva facultad no forma parte de nuestra constitución congénita, conservamos todos los órganos y capacidades de nuestros antepasados, pero les añadimos la nueva habilidad. El proceso de desarrollo de la civilización es claramente de acumulación: lo antiguo se conserva a pesar de la llegada de lo nuevo. En la evolución orgánica, la introducción de nuevas características generalmente solo es posible mediante la pérdida o modificación de órganos o facultades existentes. En resumen, el crecimiento de nuevas especies animales se produce a través de, y de hecho consiste en, cambios en su constitución orgánica. En lo que respecta al crecimiento de la civilización, por otra parte, el único ejemplo citado es suficiente para mostrar que el cambio y el progreso pueden tener lugar mediante una invención sin ninguna alteración constitucional de la especie humana.

Hay otra forma de ver esta diferencia. Es evidente que, al originarse una nueva especie, esta se deriva completamente del individuo o individuos que primero mostraron los rasgos particulares que la distinguen. Cuando decimos que se deriva de estos individuos, queremos decir, literalmente, que desciende. En otras palabras, la especie se compone

únicamente de aquellos individuos que contienen la sangre de antepasados particulares. La herencia es, por lo tanto, el medio indispensable de transmisión. Sin embargo, cuando se realiza una invención, toda la raza humana puede beneficiarse de ella. Personas que no tienen el más mínimo parentesco consanguíneo con los primeros diseñadores de aviones pueden volar y vuelan hoy en día. Muchos padres han usado, disfrutado y se han beneficiado de la invención de su hijo. En la evolución de los animales, el descendiente puede aprovechar la herencia que le transmitieron sus antepasados y alcanzar poderes superiores y un desarrollo más perfecto; pero el antepasado, por la propia naturaleza de las cosas, no puede beneficiarse así de su descendiente. En resumen, la evolución orgánica está esencial e inevitablemente ligada a los procesos hereditarios; la evolución social que caracteriza el progreso de la civilización, por otra parte, no está, o no necesariamente, ligada a los procesos hereditarios.

La ballena no solo es un mamífero de sangre caliente, sino que se la reconoce como descendiente remota de animales terrestres carnívoros. En unos pocos millones de años, como suele calcularse en estas genealogías, este animal perdió sus patas para correr, sus garras para sujetar y desgarrar, su pelo original y las orejas externas que serían inútiles o peores en el agua, y adquirió aletas y cola, un cuerpo cilíndrico, una capa de grasa y la capacidad de contener la respiración. La especie perdió mucho; en general, quizás más de lo que ganó. Ciertamente, algunas de sus partes se han degenerado. Pero sí adquirió una nueva capacidad: la de vagar por el océano indefinidamente.

El paralelismo, y también el contraste, reside en la adquisición humana de la misma facultad. No transformamos nuestros brazos en aletas ni nos crece una cola, en una transición gradual de padres a hijos. No entramos en el agua para navegar. Construimos un barco. Esto significa que conservamos intactos nuestros cuerpos y nuestras facultades innatas, inalterados respecto a los de nuestros padres y ancestros más remotos. Nuestro medio de transporte marítimo está fuera de nuestra dotación natural. Lo fabricamos y lo utilizamos: la ballena original tuvo que conver-

tirse en un barco. Le tomó incontables generaciones alcanzar su condición actual. Todos los individuos que no se ajustaron al tipo no dejaron descendencia; o ninguna que haya entrado en la sangre de las ballenas de hoy.

De nuevo, podemos comparar a los seres humanos con los animales cuando grupos de ellos llegan a un entorno nuevo y ártico, o cuando el clima de la zona donde se establece la raza se vuelve lentamente más frío y violentamente más frío. Las especies de mamíferos no humanos llegan a tener un pelaje denso. El oso polar es peludo, su pariente de Sumatra, lustroso. La liebre ártica está envuelta en un pelaje suave; la liebre común, en comparación, es desaliñada y carcomida por las polillas. Las buenas pieles provienen del extremo norte y pierden riqueza, calidad y valor a medida que se extraen de animales de la misma especie que habitan regiones más templadas. Y esta diferencia es racial, no individual. La liebre común perecería rápidamente con el fin del verano en Groenlandia; el oso polar enjaulado sufre del calor templado dentro del enorme pelaje que la naturaleza le ha dado.

Ahora bien, hay quienes buscan el mismo tipo de peculiaridades innatas en el esquimal, el samoyedo y el yagán; y las encuentran, porque las buscan. Que el esquimal sea peludo, nadie puede afirmarlo: de hecho, nosotros somos más peludos que él. Pero se afirma que está protegido por la grasa, como la foca cubierta de grasa de la que vive; y que devora grandes cantidades de carne y aceite que le dan calor porque no puede evitarlo. La verdadera cantidad de grasa, comparada con la de otros seres humanos, aún está por determinar. Probablemente tiene más que el europeo; pero probablemente no más que el samoano y el hawaiano de pura sangre normales de las zonas tropicales. Y en cuanto a su dieta, si se compone de focas y focas y más focas durante todo el invierno, no se debe a un antojo innato de su estómago, sino a que no sabe cómo conseguir nada más. El minero de Alaska y el explorador ártico y antártico no engullen grasa, harina de trigo, huevos, café, azúcar, patatas, verduras enlatadas —cualquiera que sea la exigencia de su profesión y el coste del transporte lo permitan—

componen su sustento. El esquimal está deseando unirse a ellos; y tanto él como ellos pueden prosperar tanto con una dieta como con la otra.

De hecho, lo que hace el habitante humano de latitudes intempestivas no es desarrollar un sistema digestivo peculiar, como tampoco le crece pelo. Modifica su entorno y, por lo tanto, puede conservar inalterado su cuerpo original. Construye una casa cerrada que le protege del viento y conserva el calor corporal. Hace fuego o enciende una lámpara. Desuella una foca o un caribú con la piel peluda con la que la selección natural u otros procesos de evolución orgánica han dotado a estas bestias; le pide a su esposa que le haga una camisa y pantalones, botas y guantes, o dos pares; se los pone; y en pocos años, o días, recibe la protección que el oso polar y la liebre ártica, la marta cibelina y la perdiz nival, tardaron incontables períodos en adquirir. Es más, su bebé, y el bebé de su bebé, y su centésimo descendiente nacen tan desnudos y desarmados físicamente como él y su centésimo antepasado.

Esta diferencia en el método de resistencia a un entorno difícil, como el seguido por la especie del oso polar y la raza esquimal humana, sea absoluta. Es incuestionable que la diferencia es profunda. El objetivo de este ensayo es establecer que es tan importante como a menudo se descuida.

Desde hace mucho tiempo se ha dicho que la diferencia radica en el cuerpo y la mente; que los animales tienen un físico adaptado a sus circunstancias, pero que la inteligencia superior del hombre le permite superar necesidades tan bajas. Pero este no es el punto clave de la diferencia. Es cierto que sin las facultades mentales mucho mayores del hombre, no podría alcanzar los logros cuya falta mantiene al bruto encadenado a las limitaciones de su anatomía. Pero la mayor inteligencia humana en sí misma no causa las diferencias existentes. Esta superioridad psíquica es solo la condición indispensable de lo peculiarmente humano: la civilización. Directamente, es la civilización en la que se cría cada esquimal, cada minero de Alaska o cada descubridor del Ártico, y no una facultad innata superior, la que lo lleva a construir casas, encender fuego y vestirse. La distinción entre el animal y el hombre que cuenta no

es la de lo físico y lo mental, que es de grado relativo, sino la de lo orgánico y lo social, que es única en su especie. La bestia tiene mentalidad y nosotros tenemos cuerpos; pero en la civilización el hombre tiene algo que ningún animal tiene.

Esta distinción es en realidad algo más que la de lo físico y lo mental se desprende de un ejemplo que puede tomarse de lo no corporal: el habla.

A primera vista, el habla humana y animal, a pesar de la enorme riqueza y complejidad de la primera, son muy similares. Ambas expresan emociones, posiblemente ideas, mediante sonidos formados por órganos corporales y comprendidos por el individuo oyente. Pero la diferencia entre el llamado lenguaje de las bestias y el de los hombres es infinitamente grande; como lo demostrará un ejemplo sencillo.

Un cachorro recién nacido es criado en una camada de gatitos por una gata de acogida. Anécdotas familiares y párrafos periodísticos indican lo contrario: el cachorro ladrará y gruñirá, no ronroneará ni maullará. Ni siquiera intentará hacer esto último. La primera vez que le pisen el dedo, gimoteará, no chillará, con la misma seguridad con la que, cuando se enfurezca, morderá como lo hizo su madre, a quien nunca vio, y ni siquiera intentará arañar como vio hacer a su madre adoptiva. Durante la mitad de su vida, la reclusión puede impedirle ver, oír u oler a otro perro. Pero si un ladrido o un gruñido lo alcanza a través del muro que lo restringe, prestará atención, mucho más que a cualquier voz emitida por sus compañeros felinos. Si el ladrido se repite, el interés dará paso a la excitación, e infaliblemente responderá de la misma manera, con la misma certeza con la que, en el caso de una perra, se manifiestan los impulsos sexuales de su especie. Es indudable que el habla canina es parte indeleble de la naturaleza canina, tan plenamente contenida en ella sin adiestramiento ni cultura, tan parte integral del organismo canino, como lo son los dientes, las patas, el estómago, los movimientos o los instintos. Ningún grado de contacto con gatos, ni la privación de la asociación con los de su propia especie, puede hacer que un perro adquiera el habla felina ni pierda la suya, como tampoco puede hacer que

mueva la cola en lugar de menearla, que se frote los costados contra su amo en lugar de saltar contra él, o que le crezcan bigotes y mantenga erguidas las orejas caídas.

Tomemos como ejemplo a un bebé francés, nacido en Francia de padres franceses, descendientes durante numerosas generaciones de antepasados francófonos. Inmediatamente después del nacimiento, confiemos al bebé a una nodriza muda, con instrucciones de que nadie lo manipule ni lo vea, mientras viaja por la ruta más directa al corazón de China. Allí, lo entrega a una pareja china, que lo adopta legalmente y lo cría como su hijo. Ahora bien, supongamos que transcurrieran tres, diez o treinta años. ¿Es necesario analizar qué hablará el francés, ya sea adulto o en crecimiento? Absolutamente ninguna palabra de francés; y un chino absolutamente puro, sin rastro de acento y con fluidez china; y nada más.

Es cierto que existe la falsa creencia, frecuente incluso entre la gente culta, de que alguna influencia oculta de sus antepasados francófonos sobrevivirá en el chino adoptado: que basta con enviarlo a Francia con un grupo de chinos auténticos para que adquiera su lengua materna con mucha mayor facilidad, fluidez, corrección y naturalidad que sus compañeros mongoles. Sin embargo, que una creencia sea común es tan probable que la tache de superstición común como de verdad común. Y cualquier biólogo razonable, es decir, un experto cualificado para hablar de herencia, pronunciará esta respuesta predilecta a este problema de la herencia como pura superstición. Podría simplemente elegir una expresión más educada.

Ahora bien, hay algo profundo aquí. Ninguna asociación con los chinos convertiría los ojos de nuestro joven francés de azules a negros, ni los arquearía, ni achataría su nariz, ni endurecería o endurecería su cabello ondulado y ovalado; y, sin embargo, su habla es totalmente la de sus conocidos, en ninguna medida la de sus parientes consanguíneos. Sus ojos, su nariz y su cabello son suyos por herencia; su lenguaje no es hereditario, tanto como la longitud que se deja crecer el cabello o el orificio que, según la moda, puede o no tener en las orejas. No es que el habla sea mental y las proporciones faciales físicas; la distinción que tiene significado y uso

es que el lenguaje humano es no hereditario y social, el color de los ojos y la forma de la nariz hereditarios y orgánicos. Según el mismo criterio, perro. El habla, y todo lo que vagamente se denomina lenguaje animal, se equipara a la nariz humana, las proporciones de sus huesos, el color de su piel y la inclinación de su "sí", y no a ningún idioma humano. Es hereditaria y, por lo tanto, orgánica. Desde un punto de vista humano, no es realmente lenguaje, salvo por la especie de metáfora que habla del lenguaje de las flores.

Es cierto que de vez en cuando se encontraba un niño francés que, bajo las condiciones del experimento asumido, aprenderían chino con mayor lentitud, con menos fluidez idiomática y con menor capacidad de expresión que el chino promedio. Pero también habría bebés franceses, y otros tantos, que adquirirían el idioma chino con mayor rapidez, con mayor fluidez, con mayor capacidad para revelar sus emociones y definir sus ideas que el chino promedio. Estas son diferencias individuales, que sería absurdo negar, pero que no afectan al promedio y no son relevantes. Un inglés habla mejor inglés, y en mayor medida, que otro, y también puede, por precocidad, aprenderlo mucho antes; pero uno habla inglés con la misma veracidad que el otro.

Existe una forma de expresión animal en la que a veces se ha alegado que la influencia de la asociación es mayor que la de la herencia. Se trata del canto de las aves. Existe mucha controversia, y al parecer, evidencia, sobre este punto. Muchas aves tienen un fuerte impulso innato de imitar sonidos. También es cierto que el canto de un individuo estimula a otro, como ocurre con los perros, lobos, gatos, ranas y la mayoría de los animales ruidosos. Probablemente se admita que en ciertas especies de aves capaces de un canto complejo, el desarrollo completo no se alcanzará a menudo en individuos criados fuera del alcance del oído de su especie. Pero parece evidente que cada especie tiene un canto o llamado distintivamente propio; que este mínimo es alcanzable sin asociación por todo miembro normal del sexo cantor, tan pronto como las condiciones de edad, alimentación y calor sean adecuadas, y se presente el estímulo

necesario de ruido, silencio o desarrollo sexual. El serio conflicto de opiniones sobre la naturaleza del canto de las aves se debe, en última instancia, principalmente a la opinión expresada al respecto por quienes interpretan sus propios estados y actividades mentales en los animales, una falacia común contra la cual todo estudiante de biología es cuidadosamente entrenado desde el comienzo de su carrera. En cualquier caso, independientemente de si un ave "aprende" o no de otro, no existe ni una sola prueba, ni siquiera supuesta, de que el canto de las aves sea una tradición, de que, como el habla o la música humanas, se acumule y desarrolle de generación en generación, de que se altere inevitablemente de generación en generación por la moda o la costumbre, y de que sea imposible que permanezca invariable; en otras palabras, de que sea algo social o se deba a un proceso remotamente similar a los que afectan a todos los componentes de la civilización humana.

También es cierto que en la vida humana existen una serie de expresiones que se asemejan a los gritos animales. Un hombre con dolor gime sin propósito de comunicación. El sonido le es literalmente extraído. Una persona con un miedo extremo puede chillar. Sabemos que su grito es instintivo, involuntario, lo que los fisiólogos llaman un acto reflejo. El verdadero grito es tan probable que se le escape a la víctima atrapada ante el tren sin ingenieros que se aproxima, como a quien es perseguido por enemigos que piensan y planean. El leñador aplastado por una roca a sesenta kilómetros del ser humano más cercano gemirá como el habitante de ciudad atropellado, rodeado de una multitud que espera la ambulancia a toda velocidad. Tales gritos son comparables a los de los animales. De hecho, para comprender realmente el "habla" de las bestias, debemos imaginarnos en una condición en la que nuestras expresiones se limitarían por completo a tales gritos instintivos: "inarticulados" es su denominación general, aunque a menudo inexacta. En un sentido exacto, no son lenguaje en absoluto.

Este es precisamente el punto. Sin duda, poseemos ciertas actividades de expresión, ciertas facultades y hábitos de producción de sonido

que son verdaderamente paralelos a los de los animales; y también tenemos algo más, completamente diferente y sin paralelo entre los animales. Negar que algo puramente animal subyace al habla humana es fatuo; pero sería igualmente estrecho creer que, dado que nuestro habla surge de un fundamento animal y se originó en este fundamento, no es más que mentalidad animal y expresiones enormemente magnificadas. Una casa puede construirse sobre roca; sin esta base sería imposible que se hubiera erigido; pero nadie sostendrá que, por lo tanto, la casa no es más que piedra mejorada y glorificada.

De hecho, el elemento puramente animal en el habla humana es escaso. Aparte de la risa y el llanto, rara vez se expresa. Los filólogos niegan que nuestras interjecciones sean habla verdadera, o en el mejor de los casos, las admiten a medias. Es un hecho que se diferencian de las palabras completas en que, por lo general, no se pronuncian para transmitir un significado, ni para ocultarlo. Pero incluso estas partículas están moldeadas y dictadas por la moda, la costumbre, el tipo de civilización a la que pertenecemos; en resumen, por elementos sociales y no orgánicos. Cuando golpeo el martillo en mi pulgar en lugar de en la cabeza del clavo, puedo decir un “maldito” involuntario con la misma facilidad si estoy solo en casa que si tengo compañeros a cada lado. Quizás con mayor facilidad. Hasta ahora, la exclamación no cumple la función del habla y no es habla. Pero el español dirá “caramba”[1] y no “damn”; y el francés, el alemán, el chino, se servirán de expresiones aún diferentes. El estadounidense dice “outch” cuando se siente herido. Otras nacionalidades no entienden esta sílaba. Cada pueblo tiene su propio sonido; algunos incluso dos: uno usado por hombres y otro por mujeres. Un chino entenderá una risa, un gemido, el llanto de un niño, tan bien como nosotros los entendemos, y tan bien como un perro entiende el gruñido de otro perro. Pero debe aprender a decir “outch” o no tendrá sentido. Ningún perro, en cambio, ha emitido jamás un nuevo gruñido, ininteligible para otros perros,

1 Originalmente estaba escrito "carramba". que resalta la interpretación fonológica del autor hablante nativo del inglés al interpretar una palabra en español.

por haber sido criado en diferentes asociaciones. Incluso este elemento más básico del habla humana, esta involuntaria media exclamación, no es, por lo tanto, causado, sino al menos moldeado por influencias sociales.

Heródoto[2] habla de un rey egipcio que, deseando averiguar la lengua materna de la humanidad, crió a algunos bebés aislados de los de su especie, con cabras como única compañía y sustento. Al volver a visitarlos, gritaban la palabra "bekos", o, quitando la terminación que el griego, normalista y sensible, no soportaba omitir de nada que saliera de sus labios, más probablemente "bek". El rey envió un mensaje a todos los países para averiguar en qué tierra significaba algo este vocablo. Determinó que en el idioma frigio significaba pan y, suponiendo que los niños lloraban pidiendo comida, concluyó que hablaban frigio al expresar su habla humana "natural", y que esta lengua debía ser, por lo tanto, la original de toda la humanidad. La creencia del rey en un lenguaje inherente y congénito del hombre, que solo los accidentes ciegos del tiempo habían distorsionado en una multitud de idiomas, puede parecer simple; pero por ingenua que sea, la investigación seguramente revelaría multitudes de personas civilizadas que aún lo utilizan.

Sin embargo, esta no es la moraleja del cuento. Esta reside en que la única palabra atribuida a los niños, "bek", fue, si la historia tiene alguna autenticidad, solo un reflejo o imitación, como ya conjeturaron los comentaristas de Heródoto sobre el grito de las cabras, únicas compañeras e instructoras de los niños. En resumen, si se puede deducir alguna inferencia de una anécdota tan apócrifa, lo que demuestra es que no existe un lenguaje humano natural y, por lo tanto, orgánico.

Miles de años después, otro soberano, el emperador mogol Akbar, repitió el experimento con la intención de determinar la religión "natural"

---

2 Véase Herodotus. 1904. *History of Herodotus*, *Volume* 2. New York: Macmillan and co. Pp. 28 y siguientes. https://archive.org/details/herodoto.-historia-7-libro-vii-polimnia-g-1985_202311/Her%C3%B3doto.%20-%20HISTORIA%202%20-%20Libro%20II%20-%20EUTERPE%20%5BG%5D%20%5B1977%5D/page/445/mode/2up

de la humanidad. Un grupo de niños fue encerrado en una casa. Transcurrido el tiempo necesario, se abrieron las puertas en presencia del gobernante expectante e ilustrado, su decepción fue grande: los niños salieron en tropel, mudos como sordomudos. Sin embargo, la fe es difícil de vencer; y podemos sospechar que se necesitaría una tercera prueba, bajo condiciones modernas, seleccionadas y controladas, para convencer a algunos científicos naturales de que el habla, para el individuo humano y para la raza humana, es algo totalmente adquirido y no hereditario, completamente externo y en absoluto interno: un producto social y no un desarrollo orgánico.

El habla humana y animal, entonces, aunque una tiene sus raíces en la otra son, por su naturaleza, de un orden diferente. Se parecen solo como el vuelo de un pájaro y el de un aeronauta. Que la analogía entre ellos haya sido frecuentemente engañosa prueba solo la ingenuidad de la mente humana. Los procesos operativos son completamente distintos; y esto, para quien desee comprender, es mucho más importante que la similitud del efecto. El salvaje y el campesino que curan limpiando el cuchillo y dejando la herida desatendida, han observado ciertos hechos indiscutibles. Saben que la limpieza ayuda, mientras que la suciedad, en general, impide la recuperación. Reconocen que el cuchillo es la causa, la herida el efecto; y comprenden, también, el principio correcto de que el tratamiento de la causa tiene, en general, más probabilidades de ser efectivo que el tratamiento del síntoma. Su único fallo es no indagar en el proceso que puede estar involucrado. Desconociendo la naturaleza de la sepsis, de las bacterias, de la excreción de venenos orgánicos, esos agentes de putrefacción y retraso de la curación, recurren a agentes más familiares y utilizan, como pueden, el proceso de la magia entrelazado con el de la medicina. Raspan cuidadosamente el cuchillo; lo engrasan; lo mantienen brillante. Los hechos con los que trabajan son correctos; su lógica es suficientemente sólida; simplemente no distinguen entre dos procesos irreconciliables —el de la magia y el de la química fisiológica— y aplican uno en lugar del otro. El estudiante de hoy que interpreta la

mente moldeada por la civilización de los hombres en la mentalidad de un perro o un simio, o que intenta explicar la civilización —es decir, la historia— mediante factores orgánicos, comete un error que, es cierto, es menos anticuado y más de moda, pero del mismo tipo y naturaleza, y de consecuencias igualmente desastrosas.

Es solo en pequeña medida una cuestión de superioridad y inferioridad entre el hombre y el animal. Muchas actividades puramente instintivas de las bestias conducen a logros mucho más complejos y difíciles que algunas de las costumbres análogas de esta o aquella nación humana. El castor es un arquitecto mucho mejor que muchas tribus salvajes. Tala árboles más grandes, los arrastra más lejos, construye una casa más compacta; la construye tanto por debajo como por encima del agua; y hace lo que muchas naciones nunca intentan: se crea una topografía adecuada para un hábitat erigiendo una presa. Pero lo esencial no es que, después de todo, un hombre pueda hacer más que un castor, ni que un castor pueda hacer tanto como un hombre; es que todo lo que un castor logra lo hace por un medio, y un hombre por otro. Al salvaje más rudo, que construye apenas una choza azotada por el viento, se le puede enseñar, y se le ha enseñado innumerables veces, a serrar y clavar tablas, a unir piedra con piedra, a hundir cimientos, a construir una estructura de hierro. Toda la historia humana se centra principalmente en estos cambios. ¿Qué fueron nuestros antepasados, los europeos y americanos constructores de acero, sino salvajes que habitaban chozas hace unos pocos miles de años, un período tan breve que apenas alcanza para la formación de alguna nueva especie de organismo? Y, por otro lado, ¿quién sería tan imprudente como para afirmar que una generación, cien o diez mil generaciones de ejemplo e instrucción convertirían, en lo más mínimo, al castor de lo que es en carpintero o albañil, o, considerando su deficiencia física por la falta de manos, en ingeniero urbanista?

La absoluta divergencia entre las fuerzas sociales y orgánicas quizá nunca se comprenda plenamente hasta que se comprenda a fondo la mentalidad de los llamados insectos sociales, las abejas y las hormigas. La

hormiga es social en el sentido de que se asocia; pero está tan lejos de ser social en el sentido de poseer civilización, de estar influenciada por fuerzas no orgánicas, que sería mejor conocida como el animal antisocial. Los maravillosos poderes de la hormiga no pueden subestimarse. A nadie le será más útil el pleno aprovechamiento de su comprensión que al historiador. Pero este no utilizará esta comprensión aplicando su conocimiento de la mentalidad de la hormiga al hombre. La utilizará para fortalecer y precisar, mediante un inteligente contraste, su concepción de los agentes que moldean la civilización humana. La sociedad de las hormigas es tan poco una verdadera sociedad, para cualquier estudiante imbuido de los rudimentos del espíritu histórico, como el demonio adorado en un grotesco ídolo pagano lo es para el devoto católico o mahometano el Dios verdadero; como una caricatura deliberada es un retrato; ya que una imitación espuria es idéntica a la mercancía falsificada.

Tome un par de huevos de hormiga del sexo correcto (huevos sin eclosionar, recién puestos). Elimine a todos los individuos y a todos los demás huevos de la especie. Preste un poco de atención a la pareja en lo que respecta al calor, la humedad, la protección y la alimentación. Toda la "sociedad" de las hormigas, cada una de las habilidades, poderes, logros y actividades de la especie, cada "pensamiento" que haya tenido, se reproducirá, y se reproducirá sin disminución, en una generación. Pero si colocamos en una isla desierta o en una circunvalación a doscientos o trescientos infantes humanos de la mejor raza, de la clase más alta de la nación más civilizada; si les proporcionamos la incubación y el alimento necesarios; si los dejamos en total aislamiento de su especie, ¿qué tendremos? ¿La civilización de la que fueron arrancados? ¿Una décima parte? No, ni una fracción; ni una fracción de los logros civilizatorios de la tribu salvaje más ruda. Solo una pareja o una tropa de mudos, sin artes, conocimiento, fuego, sin orden ni religión. La civilización sería borrada dentro de estos confines; no desintegrada, no cortada en carne viva, sino aniquilada de golpe. La herencia conserva para la hormiga todo lo que tiene, de generación en generación. Pero la herencia no mantiene, y

tiene no se mantiene, porque no puede mantener, ni una partícula de la civilización que es lo único específicamente humano.

La actividad mental de los animales es instintiva; al menos el contenido de nuestras mentes nos llega a través de la tradición, en el sentido más amplio de la palabra. El instinto es lo que se "inculca"; un patrón inalterable inherente a los bienes; indeleble e indeleble, porque el diseño no es más que la urdimbre y la trama, ya confeccionadas en el telar de la herencia.

Pero la tradición, lo que se transmite de uno a otro, es solo un mensaje. Por supuesto, debe transmitirse; pero el mensajero, después de todo, es extrínseco a la noticia. Así, una carta debe escribirse; pero como su significado reside en el significado de las palabras, como el valor de una nota no reside en la fibra del papel, sino en los caracteres inscritos en su superficie, la tradición es algo añadido a los organismos que la portan, impuesto sobre ellos, externo a ellos. Y así como un mismo fragmento puede llevar cualquiera de miles de inscripciones, de la más diversa fuerza y valor, e incluso puede ser tolerablemente demolido y reinscrito, así ocurre con el organismo humano y los innumerables contenidos que la civilización puede verter en él. La diferencia esencial entre el animal y el hombre, en este ejemplo, no radica en que este último tenga una textura más fina o la calidad más casta del material; es que su estructura, naturaleza y textura son tales que él es inscribible, y el animal no. Química y físicamente, hay poca diferencia entre un trozo de pulpa y una hoja de papel. Química y físicamente, preocuparse por una diferencia tan minúscula es insignificante. Pero química y físicamente, la diferencia es aún menor entre el billete del tesoro sellado con "uno" y el sellado con "mil"; y aún menos entre el cheque con una firma reconocida y uno escrito con la misma pluma, la misma tinta, incluso los mismos trazos, por un falsificador. La diferencia que cuenta entre un cheque válido y uno falso no es la línea más ancha o más estrecha, la curva continua de una letra en lugar de la rota, sino la cuestión puramente social de que un firmante tiene una cuenta bancaria válida y el otro no; este hecho es, sin duda, extrínseco al papel e incluso a la tinta que lo recubre.

Exactamente paralela a esto es la relación entre lo instintivo y lo tradicional, lo orgánico y lo social. El animal, en lo que respecta a las influencias sociales, es tan inadecuado como un plato de gachas para escribir; o cuando, como la arena de la playa, es inscribible por domesticación, no puede retener una impresión permanente como especie y no se presta a ningún uso. Por lo tanto, carece de sociedad y, por consiguiente, de historia. El hombre, sin embargo, comprende dos aspectos: es una sustancia orgánica, que puede considerarse como tal, y también es una tablilla sobre la que se escribe. Un aspecto es tan válido y justificable como el otro; pero es un error garrafal confundir ambos puntos de vista.

El albañil construye con granito y teja con pizarra. El niño, al aprender las letras, desconoce las cualidades de la pizarra, pero se pregunta si escribir *c* o *k*. El mineralogista no da prioridad a una piedra sobre la otra; cada una tiene una constitución, una estructura, propiedades y usos. El educador ignora el granito; pero, aunque usa la pizarra, no por ello la valora más ni niega la utilidad del otro material; toma la sustancia tal como la encuentra. Su problema es si el niño debe comenzar con palabras o letras; a qué edad, durante qué horas, en qué secuencia y bajo qué condiciones debe comenzar su educación hacia la alfabetización. Decidir estas cuestiones basándose en la evidencia cristalológica porque sus alumnos escriben sobre una variedad de piedras sería tan inútil como si el geólogo empleara su conocimiento de las rocas para inferir los principios más sólidos de la pedagogía.

Así pues, si el estudioso de los logros humanos intentara sustraer de la observación del historiador natural y del filósofo mecanicista a los seres humanos sobre los que se inscribe la civilización que él mismo investiga, sería ridículo. Y cuando, por otro lado, el biólogo propone reescribir la historia, total o parcialmente, mediante la herencia, no se revela bajo una luz más favorable. Es cierto que cuenta con la aprobación de numerosos precedentes. Pero que un acto se haya realizado mil veces y sea alentado por los aplausos de decenas de miles puede hacerlo seguro, conveniente e inofensivo, o incluso rentable para quien lo realiza;

no puede hacer posible un intento inherentemente imposible, ni convertir una acción inútil en útil.

Ha habido muchos intentos de precisar la distinción entre instinto y civilización, entre lo orgánico y lo social, entre animal y hombre. El hombre, como animal que viste, como animal que usa fuego, como animal que usa o fabrica herramientas, como animal que habla, son todas sumas que contienen alguna aproximación. Pero para la concepción de la discriminación que es a la vez más completa y compacta, debemos remontarnos, como para la primera expresión precisa de tantas de las ideas con las que operamos, a la mente excepcionalmente maravillosa que impulsó a Aristóteles. "El hombre es un animal político". La palabra "político" ha cambiado de significado. En su lugar, usamos el término latino "social". Esto, nos dicen tanto filósofos como filólogos, es lo que habría dicho el gran griego si hablara en inglés hoy. El hombre es, pues, un animal social; un organismo social. Tiene constitución orgánica; pero también tiene civilización. Ignorar un elemento es tan miope como pasar por alto el otro; convertir uno en el otro, si cada uno tiene su realidad, es negación. Con esta formulación básica, de más de dos mil años de antigüedad y conocida por todas las generaciones, hay algo insignificante, además de obstinadamente destructivo, en el intento de abrogar la distinción o de impedir su plena realización. El intento actual de tratar lo social como orgánico, de entender la civilización como herencia, es tan esencialmente estrecho de miras como la supuesta inclinación medieval a apartar al hombre del reino de la naturaleza y del conocimiento del científico por creer que poseía un alma inmaterial.

Pero, desafortunadamente, la negación, y por cada negación una docena de confusiones, aún persisten. Impregnan la mente popular; y de ahí surgen, una y otra vez, en las ideas de la ciencia reconocida. Parece, incluso, que en cien años hemos retrocedido. Hace un siglo y dos siglos, con un impulso generoso, los líderes del pensamiento dedicaron sus energías, y los líderes de los hombres sus vidas, a la causa de la igualdad de todos los hombres. Con todo lo que esta idea implica, y con su exac-

titud, no necesitamos preocuparnos aquí; pero ciertamente implicaba la proposición de igualdad de capacidad racial. Es posible que nuestros antepasados hayan podido mantener esta postura liberal porque aún no habían experimentado sus implicaciones prácticas completas. Pero, sea cual sea la razón, ciertamente hemos retrocedido, en América, en Europa y en sus colonias, en nuestra aplicación de la suposición; y también hemos retrocedido en nuestro análisis teórico de la evidencia. Las diferencias raciales hereditarias de capacidad se consideran doctrina aprobada en muchos ámbitos. Hay hombres de eminente saber que se sorprenderían de saber que existían serias dudas al respecto.

Y, sin embargo, debe sostenerse que aún no se ha presentado una sola prueba que respalde la suposición de que las diferencias que una nación muestra respecto a otra —y mucho menos la superioridad de un pueblo sobre otro— sean racialmente inherentes, es decir, orgánicamente fundadas. No importa cuán distinguidas sean las mentes que han considerado tales diferencias hereditarias; solo han dado por sentada su convicción. El historiador puede, y ocasionalmente lo hace, darle la vuelta al caso con igual justificación; y entonces ve cada evento, cada desigualdad, todo el curso de la historia humana, confirmando su tesis de que las distinciones entre un grupo de hombres y otro, pasado y presente, se deben a influencias sociales y no en ninguna medida a causas orgánicas. Sin duda, la prueba real es tan deficiente en un lado como en el otro. Experimentar, bajo condiciones que arrojarían evidencia satisfactoria, sería difícil, costoso y quizás contrario a la ley. Una repetición del interesante experimento de Akbar, o alguna modificación del mismo, inteligentemente dirigida y seguida, produciría resultados del mayor valor, pero ningún gobierno civilizado lo toleraría.

Se han realizado algunos intentos de investigar las llamadas distinciones raciales con el aparato de la psicología experimental. Los resultados apuntan claramente a la confirmación de la doctrina de la inexistencia de diferencias orgánicas. Sin embargo, no se debe insistir demasiado en esta conclusión, ya que lo que dichas investigaciones han revelado sobre

todo es que las agencias sociales tienen una influencia tan enorme en cada uno de nosotros que resulta muy difícil encontrar una prueba que, si las facultades raciales distintivas fueran innatas, revelara con precisión hasta qué punto lo son.

También conviene recordar que el problema de si las razas humanas son o no idénticas en sí mismas tiene innumerables implicaciones prácticas, relacionadas con las condiciones de vida y con opiniones que mantienen intensas relaciones emocionales, por lo que rara vez se encuentra una predisposición imparcial y abstracta. Es prácticamente inútil, por ejemplo, siquiera abordar la cuestión con un estadounidense del Sur, o con influencias sureñas, independientemente de su educación o posición social. La verdadera división social, fundamental para la vida en el Sur, y que se concibe principalmente como una cuestión racial, es tan trascendental e inevitable que impone, tanto al individuo como a su grupo, una determinada línea de acción, una conducta inalterable y consciente; y es inevitable que las opiniones que chocan flagrantemente con todas las actividades y los ideales asociados provoquen hostilidad. Es natural entonces que el sureño reciba frecuentemente la profesión de igualdad racial, cuando se le puede hacer creer que es sincera, como una afrenta, y que a menudo responda incluso a la consideración más abstracta, impersonal y judicial de las cuestiones involucradas, con resentimiento o, cuando esto se ve frenado por la cortesía, con insatisfacción interna.

La actitud del inglés en la India, del europeo continental en sus colonias, es tal vez menos manifiesta; pero todos los relatos indican que no es menos estable.

Por otra parte, el socialista o internacionalista declarado y profundo debe adoptar la postura opuesta, por poco comprensiva que pueda resultarle a nivel personal, o renunciar a todas las aspiraciones que considera caras. Por lo tanto, su inclinación, si bien en general está menos claramente definida, no es menos predeterminada y persistente.

No se debe esperar imparcialidad en este gran caso, excepto en cierta medida por parte de estudiantes realmente imparciales y, por lo

tanto, poco influyentes; de modo que el máximo de afirmación y rencor y el mínimo de evidencia que prevalecen deben aceptarse como lamentables, sin duda, pero como inevitables y difícilmente censurables.

El problema, al ser indemostrable en el estado actual de nuestro conocimiento, tampoco es discutible. Sin embargo, lo que sí es posible es comprender que se puede dar una explicación completa y consistente de todas las llamadas diferencias raciales, basándose en causas puramente civilizacionales y no orgánicas; y llegar también a reconocer que el mero hecho de que el mundo en general asuma que tales diferencias entre un pueblo y otro son innatas e inerradicables, salvo por la crianza, no constituye prueba alguna de que dicha suposición sea cierta.

El argumento final, que uno puede realmente ver tales peculiaridades nacionales nacer en cada generación, y que es innecesario verificar la suposición porque su verdad es obvia para todos, tiene el menor peso de todos. Es similar a la afirmación que podría hacerse de que este planeta es, después de todo, el punto central fijo del sistema cósmico porque todos pueden ver por sí mismos que el Sol y las estrellas se mueven y que nuestra Tierra permanece inmóvil. Los defensores de la doctrina copernicana tenían esto a su favor: trataban fenómenos a los que la exactitud era fácilmente aplicable, sobre los que se podían hacer predicciones verificables o refutables, cuya explicación encajaba o no. En el ámbito de la historia humana esto no es posible, o aún no se ha comprobado; por lo que no cabe esperar en la actualidad una demostración con la misma precisión, una prueba definitiva, una correspondencia precisa de la teoría con los hechos, excluyendo todas las teorías rivales. Pero se produce un cambio casi tan fundamental del punto de vista mental y emocional, un cambio de actitud tan absoluto cuando se le pide al pensamiento actual que vea la civilización como un asunto totalmente no orgánico, como cuando la doctrina copernicana desafió la convicción previa del mundo.

La mayoría de los etnólogos, en cualquier caso, están convencidos de que la abrumadora masa de hechos históricos y erróneamente llamados

raciales que ahora se atribuyen a causas orgánicas oscuras, o que, como mucho, son objeto de controversia, acabará siendo considerada por todos como social y solo inteligible en sus relaciones sociales. Sería dogmático negar que exista un residuo en el que hayan intervenido influencias hereditarias; pero incluso este residuo de agentes orgánicos quizá se descubra que opera de maneras muy distintas a las que se suelen aducir actualmente.

Se puede mantener, además, inflexiblemente, la opinión de que para el historiador —aquel que desee comprender cualquier tipo de fenómeno social— es una necesidad ineludible, hoy en día, ignorar lo orgánico como tal y abordar únicamente lo social. Para la mayoría de quienes no son estudiosos profesionales de la civilización, insistir en estos artículos sería una exigencia irrazonable, dada nuestra actual incapacidad para fundamentarlos con pruebas. Por otro lado, lo social, como algo distinto de lo orgánico, es un concepto lo suficientemente antiguo y un fenómeno lo suficientemente evidente en nuestra vida cotidiana como para justificar la afirmación de que no se puede prescindir por completo de él. Quizás sea demasiado esperar que alguien aferrado, deliberada o inconscientemente, a las explicaciones orgánicas las descarte por completo ante la evidencia incompleta disponible que contradice estas explicaciones. Pero sí parece justificable mantenerse firme en la proposición de que la civilización y la herencia son dos cosas que operan de maneras completamente separadas; que, por lo tanto, cualquier sustitución directa de uno por otro en la explicación de los fenómenos de los grupos humanos es crasa; y que la negativa a reconocer al menos la posibilidad lógica de una explicación de los logros humanos totalmente diferente de la tendencia predominante hacia una explicación biológica, es un acto de antiliberalidad. Una vez que dicho reconocimiento de la racionalidad de esta actitud mental, diametralmente opuesta a la actual, se haya generalizado, se habrá avanzado mucho más en el camino hacia un acuerdo útil sobre la verdad que con cualquier intento actual de ganar adeptos mediante argumentos.

Una de las mentes dotadas de un poder de percepción y formulación tan eminente como cualquiera de nuestra generación, Gustave Le Bon, cuyo nombre se destaca a pesar de que su intrepidez insensible le ha granjeado pocos seguidores declarados, ha llevado la interpretación de lo social como orgánico a sus consecuencias más contundentes. Su *Psicología de los Pueblos* es un intento de explicar la civilización a partir de la raza. Le Bon es en realidad un historiador de extraordinaria sensibilidad y perspicacia. Pero su supuesto intento de resolver los materiales de civilización que maneja directamente en factores orgánicos lo lleva, por un lado, a renunciar a sus hábiles interpretaciones de la historia hasta que solo quedan destellos intermitentes; y, por otro, a basar sus supuestas soluciones en esencias místicas como el "alma de una raza". Como concepto o herramienta científica, el alma de una raza es tan intangible e inútil como cualquier frase de la filosofía medieval, y está a la altura de la declaración de Le Bon de que el individuo es a la raza lo que la célula es al cuerpo. Si en lugar de alma de la raza, el distinguido francés hubiera dicho espíritu de civilización, o tendencia o carácter de la cultura, sus pronunciamientos habrían sido menos atractivos, por parecer más vagos; pero no habría tenido que basar todo su pensamiento en una idea sobrenatural antagónica al cuerpo científico al que intentaba vincular su obra; y si no fueran mecanicistas, sus esfuerzos de explicación al menos se habrían ganado el respeto de los historiadores.

De hecho, Le Bon opera claramente con fenómenos sociales, por mucho que les dé nombres orgánicos y proclame haberlos resuelto orgánicamente. Que "no fue el 18 Brumario, sino el alma de su raza, lo que estableció a Napoleón"[3], es biológicamente, y bajo cualquier aspecto de la ciencia que se ocupe de la causalidad mecánica, una afirmación completamente carente de sentido; pero se convierte en historia excelente tan pronto como sustituimos "raza" por "civilización", y, por supuesto, tomamos "alma" en sentido metafórico.

---

3 Le Bon, Gustave. 1898. *The Psychology of Peoples*. New York: Macmillan and co. p. 22. https://archive.org/details/psychologyofpeop00leborich/page/n5/mode/2up?ref=ol.

Cuando dice que “el mestizaje destruye una civilización antigua ”[4], solo afirma lo que casi cualquier biólogo estaría dispuesto a sostener. Cuando añade: “porque destruye el alma de quienes la poseen”[5], da una razón que debería estremecer a cualquier científico auténtico. Pero si cambiamos el “mestizaje”, es decir, la mezcla de tipos orgánicos claramente diferenciados, por “contacto repentino o conflicto de ideales”[6], es decir, la mezcla de tipos sociales claramente diferenciados, el profundo efecto de tal acontecimiento es indiscutible.

De nuevo, Le Bon afirma que el efecto del entorno es considerable en las nuevas razas, en las que se forman mediante el cruce de pueblos de herencias contrarias; y que en las razas antiguas, sólidamente establecidas por herencia, el efecto del entorno es casi nulo. Es obvio que en una civilización antigua y sólida, el efecto activo del entorno geográfico debe ser pequeño, ya que la civilización ha tenido desde hace mucho tiempo amplia oportunidad de utilizar el entorno para sus necesidades; pero que, por otro lado, cuando la civilización es nueva —ya sea por su transporte, por la fusión resultante de varios elementos o por el mero desarrollo interno— la renovación de la relación entre ella y la geografía física circundante debe avanzar a un ritmo acelerado. Aquí, una vez más, la buena historia se convierte en mala ciencia por una confusión que parece casi deliberadamente perversa.

Un pueblo se guía mucho más por sus muertos que por sus vivos, dice Le Bon. Intenta establecer la importancia de la herencia en las trayectorias nacionales. Lo que, aunque él mismo no reconoce, yace en el fondo de su pensamiento, es la verdad de que toda civilización se asienta en el pasado; que por mucho que sus elementos antiguos ya no vivan como tales, forman su tronco y cuerpo, alrededor del cual la albura viva del día

4 Le Bon, Gustave. 1898. *The Psychology of Peoples*. New York: Macmillan and co. p. 55. https://archive.org/details/psychologyofpeop00leborich/page/n5/mode/2up?ref=ol.
5 Le Bon, Gustave. 1898. *The Psychology of Peoples*. New York: Macmillan and co. p. 55. https://archive.org/details/psychologyofpeop00leborich/page/n5/mode/2up?ref=ol.
6 Le Bon, Gustave. 1898. *The Psychology of Peoples*. New York: Macmillan and co. p. 55. https://archive.org/details/psychologyofpeop00leborich/page/n5/mode/2up?ref=ol.

es solo una cáscara y una superficie. Que la educación impuesta, algo formal y consciente, no puede dar la sustancia de una nueva u otra civilización a un pueblo, es una verdad que Le Bon ha captado con vigor. Pero cuando deduce esta máxima como una inferencia del abismo insalvable que existe eternamente entre las razas, basa un hecho obvio, que ninguna persona con discernimiento ha cuestionado aún, en una afirmación mística.

Casi se podría haber previsto, tras las citas anteriores, que Le Bon atribuiría el "carácter" de sus "razas" a la "acumulación por herencia". Ya se ha demostrado que si hay algo que la herencia no hace, es acumular. Si, por otro lado, existe un método por el cual se puede definir el funcionamiento de la civilización, es precisamente el de la acumulación. Añadimos la capacidad de volar y la comprensión del mecanismo del avión a nuestros logros y conocimientos previos. El ave no; ha cambiado sus patas y dedos por alas. Puede que sea cierto que el ave sea, en general, un organismo superior a su ancestro reptil, que haya avanzado más en el camino del desarrollo. Pero su avance se ha logrado mediante una transmutación de cualidades, una conversión de órganos y facultades, no mediante una creciente suma de ellas.

Toda la teoría de la herencia por adquisición se basa en la confusión de estos dos procesos tan distintos: el de la herencia y el de la civilización. Se ha nutrido, quizás, de necesidades insatisfechas de la ciencia biológica, pero nunca ha obtenido la más mínima verificación irrefutable de la biología, y de hecho ha sido atacada durante mucho tiempo, tanto por un instinto sólido y vigoroso, como por el fracaso de la observación y la experimentación, desde dentro de dicha ciencia. Es una doctrina que representa el blasón constante del diletante que sabe algo tanto de la historia como de la vida, pero no se preocupa por comprender el funcionamiento de ninguna de las dos. Dado que los estudios de Le Bon intentan explicar una a través de la otra, su utilización, tarde o temprano, de la doctrina de la herencia por adquisición o acumulación, casi podría haberse predicho.

De un temperamento diferente y menos agresivo surge el lamento que Lester Ward[7] ha expresado por un sector amplio y con aspiraciones sinceras. Argumenta que la herencia por adquisición debe darse, o no habría esperanza de progreso permanente para la humanidad. Creer que lo que hemos ganado no se inculcará, al menos en parte, en nuestros hijos elimina el incentivo al esfuerzo. Todo el trabajo dedicado a la juventud del mundo sería en vano. Las cualidades mentales no están sujetas a la selección natural; por lo tanto, deben acumularse en el hombre por adquisición y fijarse por herencia. Esta opinión puede escucharse una y otra vez de personas que han llegado a esta actitud a través de sus propias reflexiones, que probablemente nunca han leído a Ward directa o indirectamente, y cuyo mundo parece derrumbarse cuando se tambalea su fundamento hereditario. Es, si bien no una visión profunda, una común; y por esa razón, la formulación de Ward es, por intrínsecamente inservible que sea, representativa y significativa. Revela la tenacidad, la insistencia con la que muchos intelectos conscientes de hoy no quieren ni pueden ver lo social excepto a través del cristal de lo orgánico. Que este hábito mental puede ser en sí mismo deprimente, que siempre prelimita el desarrollo y encadena eternamente el futuro a las pobrezas y carencias del presente, no es algo que se les ocurra a sus devotos; de hecho, es probablemente la fijeza que le confiere su arraigo emocional.

Parece probable que el mayor defensor de la herencia adquirida, Herbert Spencer, llegara a esta postura por un motivo similar. El método preciso por el cual se produce la evolución orgánica es, después de todo, esencialmente un problema biológico, no filosófico. Spencer[8], sin embargo, al igual que Comte[9], era tanto sociólogo como filósofo. Que hubiera rebatido con tanta obstinación lo que en sí mismo es una cuestión técnica de

7 Ward, Lester F. 1903. *Pure Sociology*. London: Macmillan and co. https://archive.org/details/in.ernet.dli.2015.187143/mode/2up.

8 Spencer, Herbert. 1896. *Principles of Sociology*. New York: D. Appleton & Company. https://archive.org/details/p2principlesofso01spenuoft/page/n5/mode/2up.

9 Comte, Auguste. 1830. Cours de Philosophie Positive. Paris: Bachelier. https://archive.org/details/bub_gb_0oyStvFVmdYC/page/n5/mode/2up.

biología resulta difícilmente comprensible, salvo suponiendo que consideraba que la cuestión tenía una importancia vital para sus principios; y que, a pesar de la feliz acuñación del término que se ha prefijado como título del presente ensayo, no concebía adecuadamente la sociedad humana como poseedora de un contenido específico no orgánico.

Cuando R. R. Marett[10], al comienzo de su *Antropología* —uno de los libros más estimulantes producidos en este campo— define la ciencia como "toda la historia de la humanidad, impulsada e impregnada por la idea de la evolución", y añade que "la antropología es hija de Darwin, el darwinismo la hace posible", lamentablemente describe la condición real de esta ciencia con cierta verdad; pero como programa o ideal, su delineación debe ser cuestionada. La antropología puede ser biología; puede ser historia; puede ser un intento de determinar las relaciones entre ambas; pero como historia, el estudio de lo social, impregnado por la idea de la evolución orgánica, sería una mezcla de métodos diversos y, por lo tanto, no sería ciencia en ningún sentido del término.

De todas las mezclas de lo cultural con lo vital, la que ha cristalizado bajo el nombre de movimiento eugenésico es la más conocida y la de mayor atractivo. Como programa constructivo para el progreso nacional, la eugenesia es una confusión de propósitos: criar mejores hombres y darles mejores ideales; un mecanismo orgánico para alcanzar el atajo social y biológico hacia un fin moral. Contiene la imposibilidad inherente de todos los atajos. Es más refinado, pero no menos vano, que el atajo que sigue el salvaje cuando, para evitar la molestia y el peligro de matar a su enemigo en carne propia, perfora, con seguridad y entre reprimendas pronunciadas en la comodidad de su propio hogar, una imagen en miniatura a la que se dirige el nombre del enemigo. Las épocas pasadas han

---

10 Lang, Andrew, Gilbert Murray, John Linton Myres, William Warde Fowler, Arthur Evans, Frank Byron Jevons, and Robert Ranulph Marett. 1908. *Anthropology and the Classics: Six Lectures Delivered Before the University of Oxford*. Editado por Robert Ranulph Marett. Oxford: Clarendon Press. https://archive.org/details/anthropologyand00maregoog/page/n4/mode/2up.

tenido que luchar contra los dragones de la superstición. Nuestras batallas contra esta prole en constante resurgimiento no son menores ni tan incesantes; y sería superficial intentar aplazar o suavizar el inevitable conflicto ocultando a este movimiento su verdadera denominación. La eugenesia, en la medida en que es más que un esfuerzo de higiene social en un nuevo campo, es una falacia. Es un espejismo como la piedra filosofal, el elixir de la vida, el anillo de Salomón o la eficacia material de la oración; y para quienes se dejan llevar por su docta modernidad a recibirla con sinceridad, es una trampa destructiva. Hay poco que discutir al respecto. Si los fenómenos sociales son solo orgánicos, la eugenesia tiene razón, y no hay nada más que decir. Si lo social es algo más que lo orgánico, la eugenesia es solo un error y un pensamiento confuso; a cuya infantilidad sonreirá el futuro, y luego pasará.

Galton[11], el fundador de la propaganda eugenésica, fue uno de los intelectos más imaginativos de su país. Pearson[12], su distinguido protagonista vivo, con armas científicas, posee una de las mentes más agudas de su generación. Cientos de hombres de talento y eminencia se han declarado conversos. Es evidente que una simple falacia debe haberse presentado en un envoltorio de tentadoras complicaciones para ser aceptable para ellos. Tales hombres no han confundido cosas importantes que son intrínsecamente distintas sin una buena razón. La explicación de que Galton, Pearson y la mayoría de sus seguidores más creativos fueran biólogos profesionales y, por lo tanto, inclinados a ver el mundo a través de la lente de lo orgánico, es insuficiente. El mero interés en un factor no lleva a las mentes pensantes a negar prácticamente la existencia de otros factores. ¿Cuál es, entonces, la razón de la confusión en la que se han precipitado?

---

11 Galton, Francis. 1869. *Hereditary Genius: An Inquiry Into Its Laws and Consequences*. Second Ed. Londres: Macmillan Publishers. https://archive.org/details/hereditarygenius0000fran/page/n5/mode/2up.

12 Pearson, Karl. 1909. *The Treasury of Human Inheritance*. London: Dulau and Co. https://archive.org/details/b21295992/page/n1/mode/2up.

La causa parece ser la incapacidad de distinguir entre lo social y lo mental. Toda civilización, en cierto sentido, existe solo en la mente. La pólvora, las artes textiles, la maquinaria, las leyes y los teléfonos no se transmiten de hombre a hombre ni de generación en generación, al menos no de forma permanente. Es la percepción, el conocimiento y la comprensión de ellos, sus ideas en el sentido platónico, lo que se transmite. Todo lo social solo puede existir a través de la mentalidad. Por supuesto, la civilización no es la acción mental en sí misma; la llevan los hombres, sin estar en ellos. Pero su relación con la mente, su arraigo absoluto en la facultad humana, es más que evidente.

Lo que ha ocurrido, entonces, es que la biología, que correlaciona y a menudo identifica lo físico y lo mental, ha ido un paso más allá, natural pero aún injustificado, y ha asumido lo social como mental; de donde la explicación de la civilización en términos fisiológicos y mecánicos fue una consecuencia inevitable.

Ahora bien, la identificación que la ciencia moderna hace de lo físico y lo mental es ciertamente correcta. Es decir, se justifica como un método que puede emplearse consistentemente para una explicación coherente de los fenómenos y que conduce a resultados intelectualmente satisfactorios y prácticamente útiles. La correlación entre ambos conjuntos de fenómenos es establecida o admitida por todos los psicólogos; es claramente válida para todas las facultades e instintos; y cuenta con una corroboración fisiológica y química definida, aunque de un tipo más rudimentario y menos completamente establecido de lo que a veces se imagina. En cualquier caso, esta correlación es un axioma indiscutible de quienes se dedican a la ciencia: todo el equipamiento y toda la actividad mental tienen una base orgánica. Y esto es suficiente para el presente propósito.

Esta inseparabilidad de lo físico y lo mental debe ser cierta también en el campo de la herencia. Es bien sabido que donde los instintos son definidos o especializados, como en los insectos, se heredan con la misma absoluta convicción que los órganos o la estructura. Es un hecho común que nuestros rasgos mentales varían tanto y coinciden con los de

nuestros antepasados como los rasgos físicos. No hay ninguna razón lógica, ni nada en la observación de la vida cotidiana, que contradiga la creencia de que un temperamento irascible sea tan hereditario como el pelo rojo con el que se lo asocia tradicionalmente, y que ciertas formas de aptitud musical puedan ser tan completamente congénitas como los ojos azules.

Por supuesto, existen muchas inferencias erróneas en estos asuntos, en lo que respecta al hombre, al interpretar el logro como evidencia del grado de facultad. La distinción entre ambos no siempre es fácil; con frecuencia requiere un conocimiento de los hechos adquirido con esmero, así como un juicio cuidadoso; y el razonamiento popular suele ser escaso en ambos. Una poderosa facultad congénita puede establecer al padre con éxito en una actividad. Esto, a su vez, puede generar una influencia ambiental, o una formación deliberada, que eleve al hijo mediocre, en lo que respecta a sus logros, muy por encima de lo que sus facultades naturales sin ayuda le habrían asegurado, y por encima de muchos otros individuos con mayores capacidades inherentes. Ganar un millón normalmente indica capacidad; pero normalmente se requiere mayor capacidad para ganar un millón empezando sin nada que para empezar con un millón recibido como regalo y aumentarlo a tres. Que un músico sea con mayor frecuencia hijo de otro músico, al menos cuando se consideran las cifras relativas, no constituye en sí mismo prueba alguna de que el talento musical sea hereditario, pues conocemos influencias puramente sociales, como la casta hindú, que logran resultados similares con mucha mayor regularidad de la que cualquiera podría afirmar que la herencia más las influencias sociales produzcan entre nosotros.

Pero sería tan irrazonable exagerar esta advertencia hasta llegar a una negación rotunda de la herencia mental, como ignorarla por completo.

No hay entonces nada en un examen superficial de la situación que lleve a la incredulidad, y hay un amplio cuerpo de experiencia común que confirma la convicción de que los caracteres mentales están sujetos a la herencia, de manera muy similar a los rasgos corporales.

Además, existe una prueba que, si bien no es exhaustiva, es difícil de resistir. Galton[13], en una serie bastante extensa de registros, ha descubierto que el grado de regresión —un índice cuantitativo de la potencia de la herencia— es el mismo para la facultad artística que para la estatura. En otra obra, ha investigado a los parientes consanguíneos de hombres eminentes, y ha descubierto que la eminencia se da entre ellos con una frecuencia y un grado exactamente iguales a la influencia de la herencia en los caracteres físicos. Pearson[14] ha comprobado que la correlación —el grado de semejanza, expresado cuantitativamente, de los fenómenos disponibles en números— entre hermanos es sustancialmente la misma para la escrupulosidad que para la forma de la cabeza, para la capacidad intelectual que para el color del cabello, y así sucesivamente para otras cualidades mentales, morales y físicas. Por supuesto, existe la posibilidad de que en los datos que sustentan estos resultados, así como en los de Galton, se haya confundido el temperamento con los malos modales, la inteligencia innata con la formación intelectual, la facultad artística innata con el gusto cultivado. Pero la atención de quienes elaboraron los registros parece haber estado, sin duda, aunque quizás no siempre conscientemente dirigida a los rasgos individuales innatos. Además, todas las cifras de la herencia de estas características psíquicas concuerdan, en la medida de lo posible, con las correspondientes a los rasgos corporales. Por lo tanto, el caso puede considerarse, con razón, sustancialmente probado, al menos hasta que se disponga de nuevas pruebas.

A pesar de la amplia aceptación de estas demostraciones, especialmente por parte de quienes simpatizan con el progreso biológico, también han encontrado cierta oposición y un desprecio mayor del que justifica

---

13 Galton, Francis. 1877. "Typical Laws of Heredity." *Proceedings of the Royal Institution* 8. https://galton.org/bib/JournalItem.aspx_action=view_id=80.

14 Pearson, Karl. 1909. "Determination of the Coefficient of Correlation." *Science* 30 (757): 23–25. https://doi.org/10.1126/science.30.757.23. https://archive.org/details/jstor-1635783/page/n1/mode/2up

su relevancia en una cuestión de interés general. En parte, esta actitud negativa puede deberse a la persistencia de creencias religiosas, en su mayoría ya superadas, pero aún no desaparecidas, que se centran en el antiguo concepto del alma y que ven en cada vínculo entre mente y cuerpo una desaparición de la apreciada distinción entre cuerpo y alma. Sin embargo, este conservadurismo tardío no explica por completo el fracaso de las demostraciones de Galton-Pearson en lograr una aceptación universal o despertar un amplio entusiasmo.

El resto de la oposición ha sido causada por Galton, Pearson y sus propios partidarios, quienes no se han limitado a sus conclusiones bien fundamentadas, sino que han insistido en inferencias adicionales que se basan únicamente en afirmaciones. Que la herencia opera tanto en el ámbito mental como en el corporal es una cosa; que, por lo tanto, la herencia sea el motor de la civilización es una proposición completamente distinta, sin ninguna conexión necesaria, y ciertamente sin ninguna conexión establecida, con la conclusión anterior. Mantener ambas doctrinas, la segunda como corolario necesario de la primera, ha sido la costumbre de la escuela biológica; y la consecuencia ha sido que quienes tenían inclinaciones intelectuales diferentes, o que siguieron otro método de investigación, han rechazado, declarada o tácitamente, ambas proposiciones.

La razón por la que la herencia mental no tiene nada que ver con la civilización es que esta no es acción mental, sino un conjunto o flujo de productos del ejercicio mental. La actividad mental, tal como la han abordado los biólogos, al ser orgánica, cualquier demostración relativa a ella no prueba, en consecuencia, nada en absoluto sobre los acontecimientos sociales. La mentalidad se relaciona con el individuo. Lo social o cultural, por otro lado, es, en su propia esencia, no individual. La civilización, como tal, comienza solo donde termina el individuo; y quien no perciba en cierta medida este hecho, aunque sea bruto y desarraigado, no puede encontrarle sentido a la civilización, y la historia para él debe ser solo un tedioso revoltijo, o una oportunidad para el ejercicio del arte.

Toda biología tiene necesariamente esta referencia completa al individuo. Una mente social es tan insignificante como un cuerpo social. Solo puede haber un tipo de organicidad: lo orgánico en otro plano dejaría de serlo. La doctrina darwiniana se relaciona, es cierto, con la raza; pero la raza, salvo como abstracción, es solo un conjunto de individuos; y las bases de esta doctrina, la herencia, la variación y la competencia, abordan la relación de individuo a individuo, de individuo a individuo y contra individuo. La clave del éxito de los métodos mendelianos para estudiar la herencia reside en aislar los rasgos y los individuos.

Pero mil individuos no forman una sociedad. Son la base potencial de una sociedad; pero no la causan por sí mismos; y también son la base de mil otras sociedades potenciales.

Los hallazgos de la biología sobre la herencia, tanto mental como física, pueden, de hecho, aceptarse sin reservas. Pero, por lo tanto, que la civilización pueda comprenderse mediante el análisis psicológico, o explicarse mediante observaciones o experimentos sobre la herencia, o, para volver a un ejemplo concreto, que el destino de las naciones pueda predecirse a partir de un análisis de la constitución orgánica de sus miembros, supone que la sociedad es simplemente una colección de individuos; que la civilización es solo un agregado de actividades psíquicas y no también una entidad más allá de ellas; en resumen, que lo social puede resolverse completamente en lo mental, como se cree que esto se resuelve en lo físico.

Es, pues, en este punto del tentador salto de lo mental individual a lo social cultural, que presupone pero no contiene mentalidad, donde debe buscarse el origen de las transferencias distractoras de lo orgánico a lo social. Por lo tanto, es deseable un examen más exacto de la relación entre ambos.

En un brillante ensayo escrito, bajo la influencia de Pearson, sobre la herencia en gemelos, Thorndike[15] llega de nuevo, y mediante un uso

15 Thorndike, Edward. 1905. *Meassurements of Twins*. Archives of Philosophy and Scientific Methods. New York: The Science Press. https://archive.org/details/measurementsoftw00thoruoft/page/n3/mode/2up.

convincente de la evidencia estadística, a la conclusión de que, en lo que respecta al individuo, la herencia lo es todo y el entorno nada; que el éxito de nuestro camino en la vida está esencialmente determinado al nacer; que el problema de si cada uno de nosotros superará a sus semejantes o se quedará rezagado se resuelve cuando las células germinales parentales se unen, y ya está cerrado cuando el niño emerge del útero, pues todas nuestras carreras transcurren bajo la luz de lo orgánico, que no es más que un desenrollado, más largo o más corto según accidentes ajenos a nuestro control, del hilo enrollado en el carrete antes del comienzo de nuestra existencia.

Este hallazgo no solo es completamente explicado por el autor, sino que cuenta con el respaldo de nuestra experiencia vital. Nadie puede negar algo de verdad a la proverbial oreja de cerdo que no puede convertirse en un bolso de seda. Todos cuentan entre sus conocidos con individuos de energía, destreza y habilidad, con lo que parece una presciencia asombrosa, o con una fortaleza de carácter, que no dejan lugar a dudas en nuestro juicio de que, independientemente de su origen, se habrían elevado por encima de sus semejantes y se habrían convertido en hombres y mujeres destacados. Y, por otro lado, también admitimos con pesar a los torpes y perezosos, a los incompetentes y comunes, quienes, nacidos en cualquier posición social, habrían sido de los mediocres o desafortunados de su tiempo y clase. Que Napoleón, situado en otra tierra y época, no habría conquistado un continente, es bastante cierto. La afirmación contraria, con justicia, parece indicar una falta de comprensión de la historia. Pero la creencia de que, en otras circunstancias, esta eterna llama podría haber permanecido como una lámpara doméstica, que sus fuerzas nunca habrían sido convocadas, que un ligero cambio en las circunstancias de la época, el lugar o el entorno podría haberlo convertido en un campesino próspero y satisfecho, un comerciante o un burócrata, un capitán rutinario jubilado, sostener esto demuestra una falta o una supresión pervertida del conocimiento de la naturaleza humana. Es importante comprender que las diferencias congénitas no pueden tener

ningún efecto en el curso de la civilización. Pero es igualmente importante comprender que podemos y debemos admitir la existencia de tales diferencias y su inextinguibilidad.

Según un dicho casi proverbial, y cierto hasta donde tales lugares comunes pueden serlo, el escolar moderno sabe más que Aristóteles; pero este hecho, aunque mil veces mayor, no le otorga ni una fracción del intelecto del gran griego. Socialmente —porque el conocimiento debe ser una circunstancia social—, es el conocimiento, y no el mayor desarrollo de un individuo u otro, lo que cuenta; así como, para medir la verdadera fuerza de la grandeza de la persona, el psicólogo o el genetista ignoran el estado de iluminación general, el grado variable de desarrollo de la civilización, para hacer sus comparaciones. Cien Aristóteles entre nuestros antepasados cavernícolas habrían sido Aristóteles por derecho propio, no menos; pero habrían contribuido mucho menos al avance de la ciencia que una docena de mediocres personas del siglo XX. Un super-Arquímedes en la edad de hielo no habría inventado ni las armas de fuego ni el telégrafo. Bach, nacido en el Congo en lugar de Sajonia, no pudo haber compuesto ni un solo fragmento de coral o sonata, aunque podemos estar igualmente seguros de que habría eclipsado a sus compatriotas en algún tipo de música. Si un Bach nació o no en África es otra cuestión, una a la que no se puede dar una respuesta negativa simplemente porque ningún Bach apareció allí; una cuestión que, siendo justos, debemos admitir que no tiene respuesta, pero respecto a la cual el estudioso de la civilización, hasta que se haya demostrado, solo puede dar una respuesta y seguir un único camino: asumir, no como un fin, sino como una condición del método, que ha habido tales individuos; que el genio y la habilidad se dan con regularidad, y que todas las razas o grupos humanos suficientemente grandes tienen en promedio cualidades similares.

Estos son casos extremos, cuya claridad es poco probable que genere oposición. Normalmente, la diferencia entre individuos es menos imponente. Los tipos de sociedad son más similares, y los dos elementos involucrados solo pueden separarse mediante cierta discriminación. Es entonces

cuando comienzan las interminables confusiones. Pero si el factor de la sociedad y el de la personalidad natal son distintos en los ejemplos más evidentes, al menos son distinguibles en los más sutiles e intrincados; siempre y cuando deseemos mantenerlos separados.

Si esto es cierto, se deduce que todos los llamados inventores de aparatos o descubridores de ideas notables fueron hombres excepcionalmente capaces, dotados desde antes de nacer con facultades superiores, que el psicólogo puede esperar analizar y definir, el fisiólogo correlacionar con las funciones de los órganos y el biólogo genético investigar sus orígenes hereditarios hasta alcanzar no solo el sistema y la ley, sino también un poder de predicción verificable. Y, por otro lado, el contenido de la invención o descubrimiento no surge en absoluto de la constitución del gran hombre ni de la de sus antepasados, sino que es producto puramente de la civilización en la que él, junto con millones de otros, nace como un evento sin sentido y regularmente recurrente. Que él en su persona se convierta en inventor, explorador, imitador o usuario, es un asunto de fuerzas que concierne a la ciencia de la causalidad mecánica. No importa si su invención es la del cañón o la del arco, si su logro es una escala musical o un sistema de armonía, si su formulación es la del alma o la del imperativo categórico, todo eso no se puede explicar por medio de la ciencia mecanicista -al menos, no por ningún método al alcance de la ciencia biológica-, sino que encuentra su significado sólo en las operaciones con el material de la civilización que ocupa la historia.

Darwin, cuyo nombre se ha citado con tanta frecuencia en las páginas anteriores, ofrece un magnífico ejemplo de estos principios. Negar a este gran hombre genio, eminencia mental y superioridad inherente sobre la masa humana sería fatuo. En la famosa clasificación de Galton, alcanzaría, por consenso universal, al menos el grado G, y por una abrumadora mayoría, sin duda, el grado X, aún superior. Es decir, nació con capacidades que solo poseen catorce, o más probablemente una, o incluso menos, personas por cada millón. En resumen, habría sobresalido por encima de sus semejantes en cualquier sociedad.

Por otro lado, nadie puede creer con sensatez que la distinción del mayor logro de Darwin[16], la formulación de la doctrina de la evolución por selección natural, le sería reconocida si hubiera nacido cincuenta años antes o después. Si hubiera nacido después, Wallace[17] lo habría anticipado infaliblemente, por un lado; por otros, si una muerte prematura lo hubiera truncado, es tan probable como errado: la distinción del descubrimiento particular que sí hizo no habría sido suya. Si hubiera existido, por el contrario, medio siglo antes, su idea central no se le habría ocurrido, como no se le ocurrió a su brillante predecesor, el evolucionista Lamarck[18]. O bien, habría surgido en su propia mente, como sucedió en todos sus aspectos esenciales en la de Aristóteles, solo para ser descartada de inmediato como lógicamente posible, pero como indigna de verdadera consideración. O, finalmente, la idea pudo haber germinado y crecido en él, pero haber sido ignorada y olvidada por el mundo, un mero accidente infructuoso, hasta que la civilización europea estuvo preparada, unas décadas después, y ávida y preparada, para utilizarla, cuando su redescubrimiento, y no su estéril descubrimiento formal, habría sido el acontecimiento de trascendencia histórica. Que esta última posibilidad no es una mera conjetura se evidencia por su ocurrencia en el caso de uno de los más grandes contemporáneos de Darwin, su entonces desconocido compañero de armas, Gregor Mendel.

Es inconcebible que la aparición independiente de la idea de la selección como fuerza motriz de la evolución orgánica, sincrónicamente en las mentes de Darwin y Wallace, haya sido un asunto de pura casualidad.

---

16 Darwin, Charles. 1859. *On the Origin of Species by Means of Natural Selection, or, The Preservation of Favoured Races in the Struggle for Life*. London: Jhon Murray. https://archive.org/details/onoriginofspecie00darw_0/page/n9/mode/2up.

17 Wallace, Alfred Russel. 1855. XVIII.—On the Law Which Has Regulated the Introduction of New Species. *The Annals and Magazine of Natural History; Zoology, Botany, and Geology* 16: 184–96. https://archive.org/details/biostor-90155

18 Lamarck, Jean-Baptiste-Pierre-Antoine de Monet de. 1830. *Philosophie Zoologique Vol. 1* . Paris: Duminil-Lesueur. https://archive.org/details/bub_gb_8NsTAAAAQAAJ/page/n7/mode/2up

La aceptación inmediata de la idea por parte del mundo no prueba nada en cuanto a la verdad intrínseca del concepto; pero sí establece la disposición del mundo, es decir, de la civilización de la época, para la doctrina. Y si la civilización estaba preparada y anhelaba la doctrina, su enunciación parece haber estado destinada a llegar casi precisamente cuando llegó. Darwin llevó consigo el germen de la idea de la selección natural durante veinte largos años antes de atreverse a plantear la hipótesis que, según él, sería recibida con hostilidad y que, sin duda, consideró insuficientemente fundamentada. Fue solo la breve expresión de la misma intuición por parte de Wallace lo que llevó a Darwin a la publicidad. ¿Es imaginable que si Wallace hubiera muerto en el mar entre las islas malayas, y Darwin, sin el estímulo de la actividad de su colega competidor, hubiera llevado su teoría en una vacilante intimidad durante unos años más y luego sucumbiera repentinamente a una enfermedad mortal, que nosotros, en el mundo civilizado de hoy, hubiéramos vivido toda nuestra vida intelectual sin un mecanismo definido para la evolución y, por lo tanto, sin ningún empleo activo de la idea evolutiva; que nuestros biólogos aún estarían donde Linneo[19], Cuvier[20] o, como mucho, Lamarck? De ser así, las grandes corrientes de la historia estarían absolutamente condicionadas por el alojamiento o desalojo de un bacilo en un cuerpo humano particular en un día determinado; convicción que certificaría tanta comprensión como deberíamos acreditar a aquel que, encontrando en los altos Andes la fuente última del pequeño arroyo más alejado en tortuosas millas del océano Atlántico, pusiera su pie en el manantial burbujeante y creyera que mientras lo mantuviera allí el Amazonas dejaría de drenar un continente y de verter su marea en el mar.

No. Wallace se apiñó en los talones de Darwin, de modo que el suyo también fue una parte, aunque pequeña, de la gloria del descubrimiento,

---

19 Linné, Carl von. 1748. *Systema Naturæ*. Impensis Godofr Kiesewetteri. https://archive.org/details/SystemaNaturae/page/n7/mode/2up.

20 Cuvier baron, Georges. 1798. *Tableau Élémentaire de l'histoire Naturelle Des Animaux*. Paris: Baudouin, imprimeur. https://www.biodiversitylibrary.org/item/99338.

evidencia que detrás de él caminaban otros, sin nombre y tal vez inconscientes para siempre; y que si el líder o su segundo hubieran caído por uno de los innumerables accidentes a los que están sujetos los individuos, los seguidores, uno o varios o muchos, habrían seguido adelante, habrían sido empujados, sería mejor decir, y habrían hecho su trabajo, inmediatamente, como la historia cuenta el tiempo.

El fracaso total de los revolucionarios experimentos de Mendel sobre la herencia exacta, que no alcanzaron el más mínimo reconocimiento durante la vida de su autor ni durante los años posteriores, ya se ha mencionado como un ejemplo del inexorable destino que le aguarda al descubridor que se anticipa a su tiempo. Es afortunado, en efecto, si se le permite vivir su destino en la oscuridad y escapar de la crucifixión, que parecía un castigo merecido para el primer circunnavegador de África que vio el sol en el norte. Se ha dicho que el ensayo de Mendel, que contiene todos los principios vitales de la ciencia que ahora lleva su nombre, se publicó en una fuente remota y poco conocida, y por lo tanto no llegó a oídos de los biólogos durante una generación. Esta última afirmación puede ser cuestionada por no estar probada e inherentemente improbable. Es mucho más probable que biólogo tras biólogo viera el ensayo, que algunos incluso lo leyeran, pero que, en todos los casos, careciera de significado para ellos, no por ser hombres excepcionalmente estúpidos, sino por carecer de la superioridad trascendental de un individuo ocasional para ver cuestiones que se encuentran por delante de aquellas con las que lidia el mundo de su época. Sin embargo, el tiempo transcurría lentamente e inconscientemente se preparaba un cambio en el contenido del pensamiento. El propio Darwin se había preocupado por el origen y la naturaleza de las variaciones. Cuando la conciencia científica comenzó a asimilar la primera impresión de la abrumadora novedad de su descubrimiento central, esta cuestión de la variación pasó a primer

plano. Las investigaciones de De Vries[21] y Bateson[22], aunque su resultado reconocido parecía solo un análisis destructivo de uno de los pilares del darwinismo, estaban acumulando conocimiento sobre el funcionamiento real de la herencia. Y entonces, de repente, en 1900, con un brillo espectacular, tres estudiantes, de forma independiente y "con pocas semanas de diferencia uno del otro", descubrieron el descubrimiento de Mendel, confirmaron sus conclusiones con su propia experiencia y una nueva ciencia se lanzó a una carrera de espléndida realización.

Puede que haya quienes vean en estos acontecimientos palpitantes solo un juego insignificante de caprichosa fortuidad; pero habrá otros a quienes les revelen un atisbo de una gran e inspiradora inevitabilidad que se eleva tan por encima de los accidentes de la personalidad como la marcha de los cielos trasciende los contactos vacilantes de las huellas aleatorias sobre los terrones de tierra. Si se elimina la percepción de De Vries[23], Correns[24] y Tschermak[25], es seguro que antes de que transcurriera otro año, los principios de la herencia mendeliana habrían sido proclamados a un mundo acorde, y por seis mentes perspicaces en lugar de tres. Que Mendel viviera en el siglo XIX en lugar del XX, y publicara en 1865, es un hecho que tuvo una gran y quizás lamentable influencia en su

---

21 Vries, Hugo de, and Daniel Trembly MacDougal. 1905. Species and Varieties, Their Origin by Mutation; Lectures Delivered at the University of California . Chicago: The Open court publishing company. https://www.biodiversitylibrary.org/page/1069883.

22 Bateson, William. 1894. Materials for the Study of Variation Treated with Especial Regard to Discontinuity in the Origin of Species . London: Macmillan and co. https://www.biodiversitylibrary.org/page/45842388.

23 De Vries Hugo, Sur la loi de disjonction des Hybrides. *Comptes Rendus de 1'Académie des Sciences*, 130, 1900, p. 845-847.

24 Correns, Carl. 1900. Mendel's Regel Über Das Verhalten Der Nachkommenschaft Der Rassenbastarde. Berichte Der Deutschen Botanischen Gesellschaft 18. https://onlinelibrary.wiley.com/doi/abs/10.1111/j.1438-8677.1900.tb04893.x.

25 Tschermak, Erich. 1900. Ueber Künstliche Kreuzung Bei Pisum Sativum. *Zeitschrift Für Das Landwirthschaftliche Versuchswesen in Oesterreich* 5: 91 p. https://catalog.hathitrust.org/Record/100536154.

fortuna personal. Históricamente, su vida y su descubrimiento no tienen mayor importancia, salvo como una anticipación premonitoria, que los miles de millones de aflicciones y gratificaciones, de vidas pacíficas de ciudadanos o muertes sangrientas, que han sido el destino de la humanidad. La herencia mendeliana no data de 1865. Se descubrió en 1900 porque solo pudo descubrirse entonces, y porque infaliblemente debió descubrirse entonces.

Toda la historia de las invenciones es una cadena interminable de casos paralelos. Un examen de los registros de las oficinas de patentes, con un espíritu que no sea comercial o anecdótico, revelaría por sí solo el orden inexorable que prevalece en el avance de la civilización. El derecho al monopolio de la fabricación del teléfono fue objeto de un largo litigio; la decisión final se basó en un intervalo de horas entre la grabación de descripciones concurrentes de Alexander Bell y Elisha Gray. Aunque forma parte de nuestro pensamiento vulgar desestimar tales conflictos como simples pruebas de codicia inescrupulosa e insuficiencia legal o como coincidencias melodramáticas, le corresponde al historiador ver más allá de estos juegos infantiles del intelecto.

El descubrimiento del oxígeno se atribuye tanto a Priestley como a Scheele; su licuefacción a Cailletet y a Pictet, cuyos resultados se obtuvieron en el mismo mes de 1877 y se anunciaron en una sola sesión. Tanto Kant[26] como La Place[27] pueden atribuirse la promulgación de la hipótesis nebular. Neptuno fue predicho por Adams y Leverrier; el cálculo de uno y la publicación del otro tuvieron una precedencia de unos pocos meses.

En cuanto a la invención del barco de vapor, sus compatriotas o partidarios se atribuyen la gloria a Fulton, Jouffroy, Rumsey, Stevens, Symmington y otros; la del telégrafo, a Steinheil y Morse; en fotografía,

26 Kant, Immanuel. 1755. *Allgemeine Naturgeschichte Und Theorie Des Himmels, Oder Versuch von Der Verfassung Und Dem Mechanischen Ursprunge Des Ganzen Weltgebäudes Nach Newtonischen Grundsätzen Abgehandelt*. Königsberg: Zeitz, Bei W. Webel. https://archive.org/details/allgemeinenaturg00kant/page/n3/mode/2up.

27 Laplace, Pierre Simon. 1836. Exposition Du Système Du Monde. París: Bachelier. https://archive.org/details/expositiondusyst02lapl/page/n5/mode/2up.

Talbot rivalizó con Daguerre y Niepce. El riel de doble pestaña ideado por Stevens fue reinventado por Vignolet. El aluminio se redujo prácticamente por primera vez mediante los procesos de Hall, Heroult y Cowles. Leibniz[28] en 1684, así como Newton[29] en 1687, formularon el cálculo. Los anestésicos, tanto el éter como el óxido nitroso, fueron descubiertos en 1845 y 1846 por nada menos que cuatro hombres de la misma nacionalidad. Sus logros fueron tan independientes, tan similares incluso en los detalles y tan contemporáneos, que se produjeron polémicas, litigios y agitación política durante años, y no hubo ninguno de los cuatro cuya carrera no se viera amargada, si no arruinada, por las animosidades derivadas de la indistinguibilidad de la prioridad. Incluso el polo sur, nunca antes pisado por los pies de seres humanos, se alcanzó por fin dos veces en un verano.

Con solo unos pocos años de trabajo se podría escribir un volumen lleno de ejemplos similares, que se repiten sin cesar, pero siempre nuevos. Cuando dejemos de considerar la invención o el descubrimiento como una misteriosa facultad inherente a las mentes individuales, arrojadas al azar en el espacio y el tiempo por el destino; cuando centremos nuestra atención en la relación más clara entre cada paso de avance y los demás; cuando, en resumen, el interés se desvíe de los elementos biográficos individuales, que solo pueden ser dramáticamente artísticos, didácticamente moralizantes o psicológicamente interpretables, y se adhiera de lleno a lo social, la evidencia sobre este punto será infinita, y la presencia de un orden majestuoso que impregna la civilización será irresistiblemente evidente.

Conociendo la civilización de una época y una tierra, podemos afirmar con certeza que sus descubrimientos distintivos, en este o aquel campo de actividad, no dependieron directamente de la personalidad de los inventores que honró la época, sino que se habrían realizado sin ellos; y que, a la inversa, si las grandes mentes iluminadoras de otros siglos y climas

---

28 Leibniz, Gottfried Wilhelm. 1684. Nova Methodus pro Maximis et Minimis. *Acta Eruditum*. https://archive.org/details/s1id13206500/page/n499/mode/2up.

29 Newton, Isaac. 1687. *Philosophiæ Naturalis Principia Mathematica*. London: S. Pepys. https://archive.org/details/principiamathematica_202208/page/n1/mode/2up.

hubieran nacido en la civilización referida, en lugar de las suyas, sus primeros logros les habrían correspondido. Ericsson o Galvani, hace ocho mil años, habrían pulido o perforado la primera piedra; y, a su vez, la mano y la mente cuya operación marcaron el inicio de la era neolítica de la cultura humana, si se hubieran mantenido en su infancia en una catalepsia inmutable desde entonces hasta hoy, estarían ahora ideando teléfonos inalámbricos y extractores de nitrógeno.

Se deben admitir algunas reservas sobre este principio. Está lejos de ser cierto, más bien al contrario, que una capacidad extraordinaria, por muy igual en intensidad, tenga la misma dirección. Es muy improbable que Beethoven, puesto en la cuna de Newton, hubiera desarrollado el cálculo, o que este último le hubiera dado a la sinfonía su forma definitiva. Podemos, y evidentemente debemos, admitir facultades congénitas bastante especializadas. Todo demuestra que las facultades mentales elementales, como la memoria, el interés y la abstracción, son por naturaleza muy desiguales en individuos de capacidad equivalente pero con inclinaciones distintivas; y esto a pesar de la educación. El educador que proclamara su capacidad para convertir una memoria innata de números absolutos o de fórmulas matemáticas en una retención igualmente sólida de tonos simples o de melodías complejas, sería tildado de charlatán o fanático. Pero no importa esencialmente si la facultad original es una o varias en la mente. Si Eli Whitney no hubiera podido formular la diferencia entre lo subjetivo y lo objetivo, y Kant, en su lugar, no hubiera logrado idear una desmotadora de algodón práctica, Watt, Fulton, Morse o Stephenson podrían, en lugar del primero, haber logrado su objetivo, y Aristóteles o Santo Tomás de Aquino la tarea del segundo. Posiblemente ni siquiera sea del todo exacto sostener que las individualidades del inventor o inventores desconocidos del arco y la flecha y las de las armas de fuego podrían haberse intercambiado, pues la primera producción del arco implicó necesariamente una facultad mecánica e incluso manual, mientras que el descubrimiento de la pólvora y su aplicabilidad a

las armas pudo haber requerido la capacidad diferente de percibir ciertas cualidades peculiares de naturaleza más dinámica o química.

En resumen, es un punto discutible, aunque de gran interés psicológico, hasta qué punto la facultad humana es divisible y subdivisible en distintos tipos. Pero el asunto no es vital en el presente contexto, pues difícilmente habrá alguien lo suficientemente imprudente como para sostener que existen tantas facultades distinguibles como seres humanos separados. Lo cual, de hecho, equivaldría a afirmar que las habilidades no difieren en intensidad o grado, sino solo en dirección o tipo; en resumen, que si bien no hay dos hombres iguales, todos son absolutamente iguales en capacidad potencial. Si esta perspectiva no es correcta, entonces importa poco si los tipos de habilidad son varios o muchos, porque en cualquier caso serán muy pocos comparados con la infinidad de organismos humanos; porque, en consecuencia, habrá tantos individuos que posean cada facultad, que cada época debe contener personas con una intensidad baja, mediocre y alta de cada una; y, por lo tanto, los hombres extraordinarios de un tipo en un período seguirán siendo sustituibles por aquellos de otro tiempo en la forma indicada.

Si, por lo tanto, la interpretación que alguien tiene de la mentalidad se ve perturbada por algunas de las equivalencias particulares que se han sugerido, puede fácilmente encontrar otras que parezcan más justas, sin disentir del principio subyacente de que la marcha de la historia, o como es costumbre actual llamarlo, el progreso de la civilización, es independiente del nacimiento de personalidades particulares; ya que éstas, aparentemente con un promedio similar, tanto en cuanto a genio como a normalidad, en todos los tiempos y lugares, proporcionan el mismo sustrato para lo social.

Aquí, pues, tenemos una interpretación que otorga al individuo, y a través de él a la herencia, todo lo que la ciencia de lo orgánico puede legítimamente reclamar en virtud de sus logros reales; y que también otorga el máximo alcance a lo social en su propio campo distintivo. El logro del individuo, comparado con otros individuos, depende, si no

totalmente, sí principalmente, de su constitución orgánica, compuesta por su herencia. Los logros de un grupo, en relación con otros grupos, no se ven influenciados por la herencia porque los grupos suficientemente grandes tienen, en promedio, una composición orgánica similar.

Esta identidad de promedio es incontestable para algunos casos de las mismas naciones en épocas muy sucesivas —como Atenas en 550 y 450, o Alemania en 1800 y 1900—, durante los cuales breves períodos su composición hereditaria no podría haberse alterado ni siquiera en una pequeña fracción del grado en que varió el logro cultural; ciertamente es probable incluso para personas de la misma sangre separadas por largos intervalos de tiempo y amplias divergencias de civilización; y es, aunque no probada ni refutada, probable que sea sustancialmente cierta, como se sugirió antes, para las razas más distantes.

La diferencia entre los logros de un grupo de hombres y los de otro grupo es, por lo tanto, de un orden distinto al de la diferencia entre las facultades de una persona y otra. Es a través de esta distinción que se encuentra una de las cualidades esenciales de la naturaleza de lo social.

Lo fisiológico y lo mental están vinculados como aspectos de una misma cosa, uno resoluble en el otro; lo social, considerado directamente, es irresoluble en lo mental. El hecho de que exista solo después de que cierto tipo de mentalidad entre en acción ha llevado a la confusión entre ambos, e incluso a su identificación. El error de esta identificación es una falla que tiende a impregnar el pensamiento moderno sobre la civilización, y que debe superarse mediante la autodisciplina para que nuestra comprensión de este orden de fenómenos que llenan y colorean nuestras vidas pueda volverse clara o útil.

Si la relación del individuo con la cultura aquí descrita es verdadera, resulta insostenible una visión contradictoria, a veces sostenida y ya mencionada. Esta visión sostiene que todas las personalidades son, si bien no idénticas, potencialmente iguales en capacidad, y que sus diversos grados de logro se deben únicamente a diferentes niveles de concordancia con el entorno social con el que interactúan. Esta visión quizá

rara vez se haya formulado como principio genérico; pero parece subyacer, aunque generalmente de forma vaga y solo implícita, en muchas tendencias hacia la reforma social y educativa, y, por lo tanto, es probable que encuentre una enunciación formal en algún momento.

Esta suposición, que sin duda tendría una amplia aplicación práctica si pudiera verificarse, parece basarse en última instancia en una percepción vaga pero profunda de la influencia de la civilización. Si bien esta influencia de la civilización es más completa sobre las fortunas nacionales que sobre las carreras individuales, sin duda también influye en estas últimas. El mahometismo —un fenómeno social—, al sofocar las posibilidades imitativas de las artes pictóricas y plásticas, ha afectado obviamente a la civilización de muchos pueblos; pero también debe haber alterado las carreras de muchas personas nacidas en tres continentes durante mil años. Los talentos especiales que estos hombres y mujeres poseían para la representación delineal pueden haber sido suprimidos sin igual compensación en otras direcciones, en aquellos cuya dotación era única. De tales individuos, es indudablemente cierto que las fuerzas sociales a las que estaban sujetos los deprimieron del éxito a logros más mediocres. Y sin duda, el mismo entorno elevó a muchos individuos a un rango superior al de sus semejantes cuyas habilidades especiales, en otra época y país, habrían sido reprimidas para su propio perjuicio. La personalidad nacida con aquellas cualidades que llevan a un liderazgo altamente exitoso de bandidos religiosos, por ejemplo, tiene sin duda asegurada una carrera más próspera y satisfactoria en Marruecos que en la Holanda de hoy.

Incluso dentro de una esfera de civilización nacionalmente limitada, resultados similares son inevitables y constantes. El lógico o administrador nato nacido en una casta de pescadores o barrenderos no es probable que alcance la satisfacción vital, y mucho menos el éxito, que le habría correspondido si sus padres hubieran sido brahmanes o chatrias; y lo que es cierto formalmente para la India es válido sustancialmente para Europa.

Pero que un entorno social pueda afectar en cierta medida la fortuna y la carrera de un individuo, comparándolo con la de otros, no prueba que el individuo sea producto de circunstancias externas, como tampoco significa que lo contrario sea cierto y que una civilización sea solo la suma total de los productos de un grupo de mentes orgánicamente formadas. El efecto concreto de cada individuo sobre la civilización está determinado por la civilización misma. La civilización parece incluso, en algunos casos y en cierta medida, influir en el efecto de las actividades innatas del individuo sobre sí mismo. Pero partir de estas conclusiones de la inferencia de que todo el grado y la calidad de los logros del individuo son resultado de su modelado por la sociedad que lo rodea es una pura suposición, extrema, y directamente contraria a toda observación, tanto como percepción inmediata como trasciende el análisis crítico.

Por lo tanto, es posible aferrarse a la interpretación histórica o civilizacional de los fenómenos sociales sin llegar a la postura de que los seres humanos, que constituyen los canales por los que discurre la civilización, son única y exclusivamente producto de su corriente. Que la cultura se base en una facultad humana específica no implica que esta facultad, aquello en el hombre que es supraanimal, sea de determinación social. La línea entre lo social y lo orgánico no puede trazarse aleatoria ni apresuradamente. El umbral entre la dotación que posibilita el flujo y la continuidad de la civilización y aquella que impide incluso su inicio es la demarcación —probablemente dudosa en un principio, pero que permanece abierta durante un período más largo del que nuestro conocimiento abarca— entre el hombre y el animal. Sin embargo, la separación entre lo social en sí, la entidad que llamamos civilización, y lo no social, lo presocial u orgánico, es la diversidad de cualidad, orden o naturaleza que existe entre el animal y el hombre conjuntamente, por un lado, y los productos de las interacciones de los seres humanos, por otro. En las páginas anteriores, lo mental ya se ha sustraído de lo social y se ha añadido a lo físicamente orgánico, sujeto a la influencia de la herencia. De igual manera, es necesario eliminar el factor de la capacidad individual de la conside-

ración de la civilización. Pero esta eliminación significa su transferencia al grupo de fenómenos orgánicamente concebibles, no su negación. De hecho, nada está más lejos del camino de una justa prosecución de la comprensión de la historia que tal negación de las diferencias de grado en las facultades de los individuos.

En resumen, las ciencias sociales, si podemos tomar esa palabra como equivalente a la historia, no niegan la individualidad más de lo que niegan al individuo. Se niegan a abordar tanto la individualidad como a los individuos. Y basa esta negativa únicamente en su negación de la validez de cualquiera de los dos factores para el logro de sus propios fines.

Es cierto que los acontecimientos históricos también pueden verse mecánicamente y expresarse, en última instancia, en términos de física y química. El genio puede definirse en caracteres unitarios o en la constitución de los cromosomas, y sus logros particulares en las reacciones osmóticas de las células nerviosas. Quizás llegue el día en que lo que ocurrió en el tejido cerebral de Darwin cuando concibió por primera vez el concepto de selección natural pueda ser estudiado con provecho, o incluso determinado aproximadamente, por fisiólogos y químicos. Tal logro, por impactantemente destructivo que pueda parecer a quienes la revelación horroriza, no solo sería defendible, sino también valioso, de enorme interés, incluso, y posiblemente de la mayor utilidad. Solo que no sería historia; ni un paso hacia la historia o las ciencias sociales.

Conocer las reacciones precisas del sistema nervioso de Darwin en el momento en que la idea de la selección natural se le ocurrió en 1838, implicaría un auténtico triunfo científico. Pero carecería de significado histórico, ya que la historia se ocupa de la relación de doctrinas como la de la selección natural con otros conceptos y fenómenos sociales, y en absoluto de la relación del propio Darwin con los fenómenos sociales u otros fenómenos. Esta no es la visión actual de la historia; pero, por otro lado, la visión actual se basa en la suposición, recurrente pero obviamente ilógica, de que, dado que sin los individuos la civilización no podría existir,

esta es, por lo tanto, solo la suma total de las operaciones psíquicas de una masa de individuos.

Hay quienes, con inclinaciones e intereses mecanicistas, sostienen que solo cuando los acontecimientos históricos se explican sobre una base como la asumida en nuestro ejemplo, la historia tendrá algún significado. Han presionado su punto de vista, a veces mediante aserciones, más a menudo por implicación, hasta que ha llegado a ser ampliamente aceptada. Pero es cierto solo si un solo método de pensamiento es el único al que se le otorga validez y justificación. Si la capacidad de pesar la luna convierte la poesía de Shelley en una superfluidad inútil, bien: no hay nada más que decir. En realidad, hay personas lo suficientemente fanáticas como para adoptar tal postura. Pero si los métodos científicos dan lugar a la ciencia, y el ejercicio artístico produce literatura, y ambos no se excluyen mutuamente porque no entran en conflicto y ni siquiera son comparables; si la justificación de cada uno está en sus resultados y no en la tolerancia que ofrezca el otro; Y si el pecado verdaderamente imperdonable, coronado por la futilidad, no es practicar uno sin considerar el otro, sino intentar practicar uno por medio del otro; entonces, también, es al menos concebible que exista una tercera actividad, ni ciencia ni arte en sentido estricto, sino historia, la comprensión de lo social, que también tiene un fin innegable y cuya justificación debe buscarse en sus propios resultados y no en el criterio de ninguna otra actividad. Eso es todo lo que la historia como manifestación intelectual puede pedir; pero debe pedir. La ciencia mecanicista ha logrado maravillas en un breve espacio de tiempo al adherirse cada vez más rígidamente a sus propios métodos peculiares y al no permitir que se impongan límites a su aplicación. Sin embargo, que una herramienta haya demostrado su utilidad para un propósito no afecta el valor de otros propósitos ni la utilidad de otras herramientas para estos otros propósitos. Siempre que el científico mecanicista se propone realizar toda la obra del entendimiento humano mediante su ciencia, adopta la postura de su predecesor de épocas más rudimentarias, quien mezcló los objetos y medios de la

ciencia y la teología, o la ciencia y el arte, o la ciencia y la moral; o de ese otro predecesor, a menudo citado, pero quizá imaginario, que, cuando el poder espiritual lo volvió arrogante, negó el derecho a la existencia de la ciencia como fin o de la ciencia como método, proclamando que la verdad divina era la única y suficiente verdad. La intolerancia renace constantemente. Pero la ciencia ha escapado de la supuesta persecución, y luego del tímido servilismo, solo tan recientemente, que debería recordar no intentar la opresión y la negación a su vez.

La historia, entonces, se justifica en la medida en que es mecanicistamente "acientífica"; en que tiene su propio método, su propio equivalente a la causalidad de la ciencia; y, en cierto sentido, su propio material. No es que exista una gama de temas que puedan delimitarse y asignarse respectivamente a la ciencia y a la historia. De hecho, la aplicabilidad de la ciencia a todos y cada uno de los ámbitos del conocimiento humano debe afirmarse expresamente. Pero, después de todo, un mismo fenómeno puede considerarse con diferentes fines. Lo social es científicamente resoluble; pero es resoluble a través del individuo: el individuo orgánico y psíquico. La historia aborda lo social resolviéndolo en lo social sin la mediación del individuo.

La ciencia abordará el material histórico —el material social— transformándolo en términos orgánicos —sin importar si son psíquicos o físicos, siempre que se aborde el aspecto fisiológico individual o la base, siempre presente, de los fenómenos sociales—. Estos resultados orgánicos estarán entonces listos para su interpretación mediante los métodos de la física y la química. Así, el material pasará a formar parte de esa gran unidad, el sistema que justifica y eleva la ciencia a su máximo nivel, el sistema que se rige por el principio de causalidad mecánica como su esencia. Pero la historia, sin negar este principio, sin preocuparse por él ni por los métodos que de él se derivan, mantiene su atención fija en los hechos inalterados e irresueltos del plano social, en los datos históricos percibidos y utilizados directamente.

Como, entonces, hay dos líneas de esfuerzo intelectual en la historia y en la ciencia, cada una con su objetivo y conjunto de métodos separados; y como solo la confusión de ambas resulta en una negación estéril, así también deben reconocerse dos evoluciones completamente dispares: la de la sustancia que llamamos orgánica y la de la otra sustancia llamada social. La evolución social no tiene antecedentes en los inicios de la evolución orgánica. Comienza tarde en el desarrollo de la vida, mucho después de que se establezcan los vertebrados, los mamíferos e incluso los primates. Desconocemos su punto de origen exacto, y quizá nunca lo sepamos; pero podemos limitar el rango dentro del cual cae. Este origen ocurrió en una serie de formas orgánicas más avanzadas, en facultad mental general, que el gorila, y mucho menos desarrolladas que la primera raza conocida que se acepta unánimemente como humana, el hombre de Neandertal y Le Moustiet. En cuanto al tiempo, estos primeros portadores de los rudimentos de la civilización deben ser muy anteriores a la raza neandertal, pero muy posteriores a otros ancestros humanos extintos con un nivel intelectual aproximado al del gorila y el chimpancé modernos. La evidencia es insuficiente, y en el presente contexto, determinarlo sería de poca importancia.

El inicio de la evolución social, de la civilización que constituye el tema de la historia, coincide así con ese misterio de la mente popular: el eslabón perdido. Pero el término "eslabón" es engañoso. Implica una cadena continua, una hebra con la misma textura antes y después de la ruptura del conocimiento. Pero con los portadores desconocidos de los inicios primigenios y gradualmente manifestados de la civilización, se produjo una profunda alteración, más que una mejor transmisión de lo existente. Había surgido un nuevo factor que iba a desarrollar sus propias consecuencias independientes, lenta y aparentemente insignificante al principio, pero que iba adquiriendo peso, dignidad e influencia; un factor que había trascendido la selección natural, que ya no dependía por completo de ningún agente de la evolución orgánica, y que, por muy influenciado

y mecido por las oscilaciones de la herencia subyacente, flotaba indestructiblemente sobre ella.

El amanecer de lo social no es, pues, un eslabón en una cadena, ni un paso en un camino, sino un salto a otro plano. Puede compararse con la primera aparición de la vida en el universo, hasta entonces inerte, la hora en que se produjo aquella combinación química infinita que dio existencia a lo orgánico y determinó que, a partir de ese momento, hubiera dos mundos en lugar de uno. Las cualidades y los movimientos atómicos no se vieron afectados cuando tuvo lugar ese evento aparentemente insignificante; la majestuosidad de las leyes mecánicas del cosmos no disminuyó; pero algo nuevo se añadió inextinguiblemente a la historia de este planeta; como cuando un hilo que se desenrolla perpetuamente se convierte en dos de uno.

O bien, se podría comparar el inicio de la civilización con el fin del proceso de calentamiento lento del agua. La expansión del líquido continúa durante mucho tiempo. Su alteración puede observarse con el termómetro, así como en su volumen, en su poder disolvente y en su agitación interna. Pero sigue siendo agua. Finalmente, sin embargo, se alcanza el punto de ebullición. Se produce vapor: la velocidad de aumento de volumen se multiplica por mil; y en lugar de un fluido brillante que se filtra, un gas volátil se difunde invisiblemente. No se violan las leyes de la física ni las de la química; la naturaleza no se deja de lado; pero, aun así, se ha producido una transformación: las lentas transiciones que se acumularon de cero a cien se han trascendido en un instante, y existe un estado de sustancia con nuevas propiedades y nuevas posibilidades de efecto.

Tal, de alguna manera, debió ser el resultado de la aparición de esta nueva civilización. No debemos considerar que abolió el curso del desarrollo de la vida. Ciertamente, no ha eliminado en ninguna medida su propio sustrato de lo orgánico. Y no hay razón para creer que nació plenamente desarrollada. Todos estos incidentes y formas del inicio de lo social son, después de todo, de poca importancia para comprender su naturaleza específica y la relación de esa naturaleza con el carácter de la

sustancia orgánica que la precedió en tiempo absoluto y aún la sustenta. La cuestión es que hubo una adición de algo nuevo, un inicio de aquello que seguiría su propio curso.

Podemos esbozar la relación que existe entre las evoluciones de lo orgánico y lo social (Figura 1). Una línea, que avanza con el paso del tiempo, asciende lentamente, pero con un ritmo cada vez mayor. En cierto punto, otra línea comienza a divergir de ella, al principio insensiblemente, pero ascendiendo cada vez más por encima de ella en su propio curso; hasta que, en el momento en que el telón del presente nos impide ver, cada una avanza, pero lejos de la otra, sin verse influida por ella.

Figura 1

En esta ilustración, la línea continua denota el nivel orgánico; la línea discontinua, la evolución de lo orgánico; la línea de puntos, el desarrollo de la civilización. La altura sobre la base representa el grado de avance, ya sea complejidad, heterogeneidad, grado de coordinación o cualquier otra cosa. "A" representa el comienzo del tiempo en esta tierra, tal como se revela a nuestro entendimiento. "B" marca el punto del verdadero eslabón perdido, del primer precursor humano, el primer animal que conservó y acumuló tradición. "C" denotaría el estado alcanzado por lo que solemos llamar hombre primitivo, ese *homo neandertal* que fue nuestro antepasado cultural, si no de sangre; y "D", el momento presente.

Es inevitable que, si las afirmaciones expuestas tienen algún fundamento, argumentar de una línea a la otra sea inútil. Afirmar que, dado que la línea superior ha ascendido rápidamente justo antes de su corte, la inferior también debe haber ascendido proporcionalmente más en este período que en cualquier otro anterior, carece de fundamento. Que

nuestras instituciones, nuestro conocimiento, el desarrollo de nuestras mentes hayan avanzado vertiginosamente en veinte mil años no justifica que nuestros cuerpos y cerebros, nuestro equipo mental y su base fisiológica hayan avanzado en la misma medida, como a veces argumentan los científicos y generalmente se da por sentado. En todo caso, podría ser una prueba de que la línea inferior, la orgánica, ha decaído en su ritmo de ascenso. Los cuerpos y las mentes de esta línea han seguido impulsando la civilización; pero esta civilización ha afrontado la lucha del mundo de tal manera que gran parte de la tensión se ha dirigido desde estos cuerpos y mentes. No argumentamos que el progreso de la evolución orgánica sea una indicación prima facie de que la materia inorgánica sea más compleja, más avanzada en sus combinaciones o, en cualquier sentido, superior a la de hace cincuenta millones de años; y mucho menos que la evolución orgánica se haya producido a través de una evolución inorgánica como causa. Y tampoco podemos inferir del desarrollo social un progreso de las formas hereditarias de vida.

De hecho, la correlación de las líneas de desarrollo orgánico y social no solo es tan injustificable teóricamente como lo sería argumentar a partir de la compresibilidad o el peso del agua con el del vapor; sino que toda la evidencia conocida nos lleva a la convicción de que, en períodos recientes, la civilización ha avanzado a una velocidad que supera con creces el ritmo de la evolución hereditaria, que esta última, si bien no se ha estancado, sí ha dado la apariencia, relativamente, de no progresar. Hay cien elementos de civilización donde solo había uno en la época en que el cráneo neandertal albergaba un cerebro vivo; y no solo el contenido de la civilización, sino también la complejidad de su organización, se ha centuplicado. Pero el cuerpo y la mente asociada de aquel hombre primitivo no han alcanzado, en ninguna escala que se pueda aplicar, un punto cien veces, ni siquiera el doble, de fino, eficiente, delicado o fuerte que entonces; es dudoso que hayan mejorado en una quinta parte. Es cierto que hay quienes afirman lo contrario. Sin embargo, parece que la persona imparcial debe reconocer que tales afirmaciones no se basan en una

interpretación objetiva de los hechos, sino en un deseo de encontrar una correlación, un deseo de hacer del hilo de la evolución uno único, sin ramificaciones, de ver lo social sólo como orgánico.

Aquí, pues, debemos llegar a nuestra conclusión; y aquí descansamos. La mente y el cuerpo no son más que facetas de la misma materia o actividad orgánica; la sustancia social —o tejido insustancial, si se prefiere la expresión—, la existencia que llamamos civilización, los trasciende por completo a pesar de estar eternamente arraigada en la vida. Los procesos de la actividad civilizatoria nos son casi desconocidos. Los factores autosuficientes que rigen su funcionamiento están sin resolver. Las fuerzas y los principios de la ciencia mecanicista pueden, sin duda, analizar nuestra civilización; pero al hacerlo, destruyen su esencia y nos dejan sin comprender precisamente aquello que buscamos. El historiador, por ahora, poco puede hacer salvo imaginar. Rastrea y conecta lo que parece lejano; equilibra; integra; pero no explica realmente, ni transmuta los fenómenos en algo distinto. Su método no es ciencia; pero el científico tampoco puede abordar material histórico y dejarlo en la civilización, ni en nada que se le parezca, ni convertirlo completamente en conceptos de vida y no dejar nada más por hacer. Lo que todos podemos hacer es darnos cuenta de esta brecha, impresionarnos por su abismo con reverencia y humildad y recorrer nuestros caminos por sus respectivos lados sin intentos autoengañosos de tender un puente sobre el abismo eterno, ni jactarnos vacías de que hemos logrado salvarla.

Bibliografía

Kroeber, A.L. (1917), The Superorganic. *American Anthropologist*, 19: 163-213. https://doi.org/10.1525/aa.1917.19.2.02a00010

Referencias

Herodotus. 1904. *History of Herodotus, Volume* 2. New York: Macmillan and co. Pp. 28 y siguientes. https://archive.org/details/herodoto.-historia-7-libro-vii-polimnia-g-1985_202311/Her%C3%B3doto.%20-%20HISTORIA%202%20-%20Libro%20II%20-%20EUTERPE%20%5BG%5D%20%5B1977%5D/page/445/mode/2up

Bateson, William. 1894. Materials for the Study of Variation Treated with Especial Regard to Discontinuity in the Origin of Species . London: Macmillan and co. https://www.biodiversitylibrary.org/page/45842388.

Comte, Auguste. 1830. Cours de Philosophie Positive. Paris: Bachelier. https://archive.org/details/bub_gb_0oyStvFVmdYC/page/n5/mode/2up.

Correns, Carl. 1900. Mendel's Regel Über Das Verhalten Der Nachkommenschaft Der Rassenbastarde. Berichte Der Deutschen Botanischen Gesellschaft 18. https://onlinelibrary.wiley.com/doi/abs/10.1111/j.1438-8677.1900.tb04893.x.

Cuvier baron, Georges. 1798. *Tableau Élémentaire de l'histoire Naturelle Des Animaux*. Paris: Baudouin, imprimeur. https://www.biodiversitylibrary.org/item/99338.

Darwin, Charles. 1859. *On the Origin of Species by Means of Natural Selection, or, The Preservation of Favoured Races in the Struggle for Life*. London: Jhon Murray. https://archive.org/details/onoriginofspecie00darw_0/page/n9/mode/2up.

De Vries Hugo, Sur la loi de disjonction des Hybrides. *Comptes Rendus de*

1'A*cadémie des Sciences*, 130, 1900, p. 845-847.

Galton, Francis. 1869. *Hereditary Genius: An Inquiry Into Its Laws and Consequences*. Second Ed. Londres: Macmillan Publishers. https://archive.org/details/hereditarygenius0000fran/page/n5/mode/2up.

Galton, Francis. 1877. Typical Laws of Heredity. *Proceedings of the Royal Institution* 8. https://galton.org/bib/JournalItem.aspx_action=view_id=80.

Kant, Immanuel. 1755. *Allgemeine Naturgeschichte Und Theorie Des Himmels, Oder Versuch von Der Verfassung Und Dem Mechanischen Ursprunge Des Ganzen Weltgebäudes Nach Newtonischen Grundsätzen Abgehandelt*. Königsberg: Zeitz, Bei W. Webel. https://archive.org/details/allgemeinenaturg00kant/page/n3/mode/2up.

Lamarck, Jean-Baptiste-Pierre-Antoine de Monet de. 1830. *Philosophie Zoologique Vol. 1* . Paris: Duminil-Lesueur. https://archive.org/details/bub_gb_8NsTAAAAQAAJ/page/n7/mode/2up

Lang, Andrew, Gilbert Murray, John Linton Myres, William Warde Fowler, Arthur Evans, Frank Byron Jevons, and Robert Ranulph Marett. 1908. *Anthropology and the Classics: Six Lectures Delivered Before the University of Oxford*. Editado por Robert Ranulph Marett. Oxford: Clarendon Press. https://archive.org/details/anthropologyand00maregoog/page/n4/mode/2up.

Laplace, Pierre Simon. 1836. *Exposition Du Système Du Monde*. París: Bachelier. https://archive.org/details/expositiondusyst02lapl/page/n5/mode/2up.

Le Bon, Gustave. 1898. *The Psychology of Peoples*. New York: Macmillan and co. https://archive.org/details/psychologyofpeop00leborich/page/n5/mode/2up?ref=ol.

Leibniz, Gottfried Wilhelm. 1684. Nova Methodus pro Maximis et Minimis. *Acta Eruditum*. https://archive.org/details/s1id13206500/page/n499/mode/2up.

Linné, Carl von. 1748. *Systema Naturæ*. Impensis Godofr Kiesewetteri.

https://archive.org/details/SystemaNaturae/page/n7/mode/2up.
Newton, Isaac. 1687. *Philosophiæ Naturalis Principia Mathematica*. London: S. Pepys. https://archive.org/details/principiamathematica_202208/page/n1/mode/2up.
Pearson, Karl. 1909. *The Treasury of Human Inheritance*. London: Dulau and Co. https://archive.org/details/b21295992/page/n1/mode/2up.
Pearson, Karl. 1909. "Determination of the Coefficient of Correlation." *Science* 30 (757): 23–25. https://doi.org/10.1126/science.30.757.23. https://archive.org/details/jstor-1635783/page/n1/mode/2up
Spencer, Herbert. 1896. *Principles of Sociology*. New York: D. Appleton & Company. https://archive.org/details/p2principlesofso01spenuoft/page/n5/mode/2up.
Thorndike, Edward. 1905. *Meassurements of Twins*. Archives of Philosophy and Scientific Methods. New York: The Science Press. https://archive.org/details/measurementsoftw00thoruoft/page/n3/mode/2up.
Tschermak, Erich. 1900. Ueber Künstliche Kreuzung Bei Pisum Sativum. *Zeitschrift Für Das Landwirthschaftliche Versuchswesen in Oesterreich* 5: 91 p. https://catalog.hathitrust.org/Record/100536154.
Vries, Hugo de, and Daniel Trembly MacDougal. 1905. Species and Varieties, Their Origin by Mutation; Lectures Delivered at the University of California . Chicago: The Open court publishing company. https://www.biodiversitylibrary.org/page/1069883.
Wallace, Alfred Russel. 1855. XVIII.—On the Law Which Has Regulated the Introduction of New Species. *The Annals and Magazine of Natural History; Zoology, Botany, and Geology* 16: 184–96. https://archive.org/details/biostor-90155
Ward, Lester F. 1903. *Pure Sociology*. London: Macmillan and co. https://archive.org/details/in.ernet.dli.2015.187143/mode/2up.

Sobre el principio del orden en la civilización, ejemplificado por los cambios de moda

On the principle of order in civilization as exemplified by changes of fashion

Sin duda, se ha sostenido con frecuencia la idea que el talentoso dogmático LeBon expresó al afirmar que la mayoría de los fenómenos sociales se expresan mediante curvas geométricas casi similares y presumiblemente simples[1]. El auge y la caída de las artes y las fortunas nacionales ciertamente parecen confirmar tal concepción, aunque aparentemente nunca se ha intentado una prueba definitiva. Los historiadores aluden con frecuencia al desarrollo y la degeneración de un estado, o de algún

1 Le Bon, Gustave. 1898. *The Psychology of Peoples*. New York: Macmillan and co. https://archive.org/details/psychologyofpeop00leborich/page/n5/mode/2up?ref=ol.

aspecto de su civilización, como si tales crecimientos y declives simétricos fueran eventos familiares y normalmente recurrentes; pero se cuidan, con bastante frecuencia, de formular esta suposición como un principio o proclamarla como una ley abstracta y precisa.

Si se considera la historia del drama isabelino desde sus inicios rígidamente arcaicos, pasando por el despertar con Greene y Marlowe, la gloria shakespeariana, el debilitamiento al nivel de Fletcher, Webster, Ferd y Massinger, hasta el cierre de los teatros con la Guerra Civil, se percibe la imagen de una curva uniforme. Las obras maestras del miembro más destacado de la escuela se ubican en la primera década del siglo XVII. Sus tragedias y comedias, más prolijas y menos intensas, y las obras de sus contemporáneos más cercanos en logros, lo preceden y lo siguen unos años. Cada quinquenio más distante de la culminación se caracteriza por una mayor crudeza en la recesión, una mayor laxitud en la progresión temporal; y la duración total antes y después del apogeo es sustancialmente igual[2].

---

2 *Ralph Roister Doister*, fue publicada en 1566. Udall, Nicholas. 1566. *Ralph Roister Doister.* Boston: Houghton Mifflin Company. https://archive.org/details/ralphroisterdois00udaliala/page/n1/mode/2up.d=wNjBnQEACAAJ. *Gammer Gurton's Needle*, [fue publicado] en 1575. Véase Still, John. 1906. *Gammer Gurton's Needle*. London: Gibbings & co. for the Early English Drama Society. https://archive.org/details/gammergurtonsnee00stil/page/n5/mode/2up.; Lyly, escribió entre 1580-93. Véase Lyly, John. 1897. "Campaspe." en *Specimens of the Pre-Shaksperean Drama*, 273–325. Boston: Ginn and Company. https://archive.org/details/specimensofpresh00manl/page/272/mode/2up. o bien, Lyly, Jhon. 1580. Euphues, the Anatomy of Wit. london: Gabriel Cawood. https://archive.org/details/bim_early-english-books-1475-1640_euphues-the-anatomy-of-_jhon-lyly_1580.; [Robert] Greene murió en 1592. Véase Greene, Robert. 1583. *Mamillia, a Looking Glass for the Ladies of England.* London: Thomas woodcocke. https://archive.org/details/bim_early-english-books-1475-1640_mamillia-a-looking-glas_greene-robert_1583/mode/2up.; [Thomas] Kyd [falleció en] 1594. Véase Kyd, Thomas. 1901. *Works Of Thomas Kyd.* Edited by Boas Frederick S. Oxford: Clarendon Press., Peele 1598; Tamburlaine en 1587 fue la primera obra en verso blanco. Véase Marlowe, Christopher. 1887. Christopher Marlowe. Edited by Havelock Ellis. London: Vizetelly & Co. https://

Si tal auge fuera único, carecería de sentido. Pero se repite con tanta frecuencia en la historia de la estética que debe estar implicado un principio genérico. El drama clásico francés, el de España, el de la antigua Atenas; las breves grandes literaturas de Roma, Portugal y Alemania; la llamada poesía romántica de Inglaterra —incluso la pequeña agitación conocida como literatura estadounidense—; el arte italiano del Renacimiento; las escuelas de pintura holandesa y flamenca; la escultura griega —y, podríamos añadir, la filosofía—, cada uno de estos movimientos aislables se ha rastreado a través de un proceso similar de origen, crecimiento, clímax, declive y, ya sea muerte o destrucción, análogo a las historias de vida de los organismos.

Si bien, sin embargo, nos encontramos obviamente sobre un principio latente encarnado en estos fenómenos, su expresión exacta, suscep-

---

archive.org/details/cmarlowe00marliala/page/n7/mode/2up.; El primer periodo de [William] Shakespeare, 1589-1594; Marlowe murió en 1593; El segundo periodo de Shakespeare, 1594-1601; Tercer periodo -"Hamlet," "Othello," "Lear," "Macbeth"- de 1601 a 1608; [Ben] Jonson escribió principalmente entre 1598 y 1614. Vease Jonson, Ben. 1816. *Ben Jonson´s Works*. Edited by C. H Herford. london: Charles Scribner's Sons. https://archive.org/details/in.ernet.dli.2015.93201/page/n11/mode/2up. ; El cuarto periodo de Shakespeare, 1608-13; Las mejores obras de Webster, 1612, 1616. Véase Webster, Jhon. 1894. *White Devil And The Duchess Of Malfy*. Edited by Martin W. Sampson. D. C. Heath & Co. https://archive.org/details/in.ernet.dli.2015.213519/mode/2up. También véase Webster, John. 1995. "The Devil's Law Case." En *The Works of John Webster*. Cambridge: Cambridge University Press. https://archive.org/details/worksjohnwebste02dycegoog/page/n8/mode/2up.; [Francis] Beaumont falleció en 1616; [John] Fletcher falleció en 1625; Los mejores trabajos de Ford, 1629-34. Véase Ford, John. 1906 [1629]. *The Broken Heart: A Play Written*. London: J.M. Dent & co. https://archive.org/details/brokenheartapla00fordgoog/page/n9/mode/2up.; Ford, John. 1869[1634]. "Perkin Warbeck." En The Works of John Ford, edited by Alexander Dyce and William Gifford, 109–218. London. https://archive.org/details/worksofjohnford02ford/page/n7/mode/2up.; Massinger, primera obra 1620 y falleció en 1639. Véase Massinger, Philip, and John Ford. 1840. *The Dramatic Works of Massinger and Ford.* Edited by Thomas Campbell. London: Edward Moxon. https://archive.org/details/dramaticworksma05colegoog/page/n14/mode/2up.; Cierre de los teatros, 1642.

tible de aplicación exitosa en la resolución de otros eventos de la historia humana, resulta difícil; principalmente porque la variabilidad de los fenómenos es cualitativa, mientras que una ley viable o un principio determinista debe ser de naturaleza cuantitativa. Sería, de hecho, posible recopilar valoraciones comparativas de los grados de logro alcanzados por cada participante en cualquiera de estos movimientos, convertir estas valoraciones en números y confiar en el promedio de opiniones para borrar, en mayor o menor medida, la subjetividad de los juicios individuales utilizados. Pero tal procedimiento es demasiado impreciso como para prometer un avance real en la comprensión. Después de todo, se basaría en una serie de fotografías compuestas de veredictos sobre cualidades, y no en mediciones verificables.

El campo de la historia política también es rico en datos que apuntan en la misma dirección. De niño, me parecía posible expresar numéricamente la fuerza y el prestigio relativos de las diversas ciudades-estado griegas a intervalos de igual duración, y así delinear nítidamente el curso variable de la historia helénica; y recuerdo cálculos realmente incluidos en el intento, que muy probablemente fueron realizados en un momento u otro por otros. Todos recordarán, a este respecto, el comentario sobre la caída de Roma bajo Rómulo Augústulo, cuyo nombre combinaba el del fundador y el del exponente del mayor éxito de la ciudad eterna; y cómo, mientras en la construcción de las murallas primero seis y luego doce buitres volaban sobre sus cabezas, el estado creció y luego decayó, durante una existencia total de un número igual de siglos. La anécdota es principalmente un juego de fantasía simbólica, o quizás un recurso mnemotécnico; pero también apela vagamente a un sentido de necesidad histórica, de inevitabilidad rítmica, tal como la que a finales de la Edad Media les gustaba insistir en las alusiones a la rueda de la fortuna que giraba tanto para las naciones como para las personas.

No es necesario citar extensamente crecimientos cíclicos similares, familiares de épocas más modernas: el auge, florecimiento y decadencia

de Venecia, Florencia, Polonia, Portugal, España y Holanda[3]. Incluso hay casos de repetición, como los auges alcanzados por Francia bajo Luis XIV, Napoleón I y Napoleón III; las tres cimas mismas constituyen un clímax ascendente y descendente de orden superior. Lane-Poole[4], en sus representaciones diagramáticas de la historia de los califatos y reinos mahometanos, aunque opera únicamente con los elementos de la geografía y el tiempo, proporciona varias cifras que se aproximan a un polígono de frecuencia o curva normal, como las que emplean las ciencias estadísticas.

Las fortunas políticas tienen esta ventaja sobre las fluctuaciones de las artes: son fácilmente expresables, y con considerable precisión, en términos cuantitativos como millas cuadradas de territorio, dracmas o libras de tributo e ingresos. Por otro lado, sufren, como medio de análisis, por su complejidad. Cualquiera de varios factores, o cualquier combinación de ellos, puede determinar el éxito o el fracaso de una nación: un cambio en las instituciones políticas, una invención militar, una alteración económica, una nueva demanda o utilización de recursos naturales, una oleada de fervor religioso. El resultado de estas variables, al ser un compuesto, en muchos casos mostraría poca regularidad. Además, cuando se ha logrado una organización política concentrada, se otorgan oportunidades a un genio ocasional, o incluso a un hombre de talento excepcional, para logros mucho más espectaculares, quizás, que en los campos del arte y la actividad intelectual. Un Aristóteles o un Goethe necesitan predecesores; un Gengis Kan o un Napoleón, solo una constelación.

---

3 Compárese el audaz intento de Quetelet en Du Systeme Social, 1848, de determinar una duración normal de los imperios y las ciudades. Véase Quetelet, Adolphe. 1848. *Du Systeme Social et Des Lois Qui Le Regissent Par Ad. Quetelet*. Paris: Guillaumin et C., Libraires. https://archive.org/details/bub_gb_KS6nFhLCVIgC/page/n5/mode/2up..

4 Lane-Poole, Stanley. 1894. "Growth" y "Decline of the Ottoman Empire" en *The Mohammedan Dynasties: Chronological and Genealogical Tables with Historical Introductions*. Westminster: Archibald Constable and company. pp. I90, I9I. También "EmpeMogul Emperors" en el diagrama frente a la página xx. https://archive.org/details/mohammedandynast00lane/page/n5/mode/2up.

Los campos de la religión y la sociedad no son tan vulnerables a estas objeciones, pero adolecen de falta de estadísticas. Los datos censales son menos comunes, salvo en los años más recientes, que los registros de territorios y dinastías. En materia de religión, también se relacionan necesariamente con sus aspectos organizativos, que, al ser cristalizaciones, no siguen el ritmo de los movimientos internos y cambian mediante sacudidas distorsionadoras en lugar de hacerlo con fluidez.

Los objetos manufacturados ofrecen un enfoque que ninguna otra clase de datos de civilización ofrece: pueden medirse con precisión y facilidad. Sin embargo, a menudo también existen dificultades en este ámbito. Las series de artículos conservados del pasado suelen ser insuficientemente extensas, de períodos interrumpidos o de fecha incierta. Por lo tanto, las piezas utilitarias no se modifican libremente. Su propósito tiende a imponer límites definidos y estrechos a la variabilidad de su forma. Un nuevo material, o una invención adicional, puede provocar una modificación tan repentina como radical; tras lo cual se inicia una nueva era de relativa estabilidad. Los objetos materiales cuyo fin principal es la joyería ornamental, por ejemplo, están mucho más exentos de este último defecto. Aún más prometedores son los objetos decorativos o semidecorativos, de los cuales existen abundantes ilustraciones satisfactorias, en lugar de los propios ejemplares concretos: prendas de vestir, por ejemplo, como las que se presentan en las revistas de moda. Dichas revistas existen desde hace más de un siglo; están datadas con exactitud; y reúnen en cada volumen un número considerable de ejemplos a los que se puede aplicar la regla o el calibrador sin problemas. Que la vestimenta real de los hombres y mujeres promedio se retrase un tanto ineficazmente respecto a los estilos incisivos de los modelos o las imágenes es irrelevante. Conocer el curso que siguen los ideales de la vestimenta es tan valioso, como contribución a la comprensión de la civilización, como el conocimiento de la vestimenta real; y esto tanto *en sí mismo* como ejemplo de los procesos involucrados.

Moda de la ropa

Hace veinte años surgió en mi mente el proyecto de indagar en los principios que rigen la moda, y llegué incluso a hojear volumen tras volumen de una revista parisina dedicada a la moda. Pero las dificultades eran desalentadoras. Los puntos clave parecían difíciles de encontrar en el flujo constante. Uno podía medir cuellos, mangas o volantes durante algunos años, y luego cuellos, mangas y volantes desaparecían. Una dama en un plato estaba sentada, otra erguida, una tercera de perfil, la cuarta con los brazos alzados. Si se tomaba como base la longitud total de la figura, los peinados caían y subían centímetros de vez en cuando, o quedaban completamente ocultos por sombreros o redes. Abandoné el plan por inviable.

En 1918 reanudé el empeño, esta vez con un enfoque menos ambicioso y mayor disposición a aprovechar cualquier oportunidad. Decidí intentar solo ocho medidas, cuatro de largo y cuatro de ancho, todas referidas a la figura o al vestido en su conjunto, y descartar cualquier parte superficial o adorno. Siendo esencial la estricta comparabilidad de los datos, fue necesario limitar las observaciones a un solo tipo de ropa. Se seleccionó el traje de noche femenino completo. Este ha servido para las mismas ocasiones específicas durante más de un siglo; por lo tanto, no varía en propósito como la ropa de día, ni con la temporada como la ropa de calle. El material siempre es seda, y no se han introducido conceptos fundamentales totalmente nuevos, como la camisa y el traje a medida. Por lo tanto, las variaciones son puramente estilísticas. Y aunque esta gama prometía ser quizás algo más limitada que la de otros tipos de ropa femenina, esto fue de poca importancia. Si se pudiera determinar algún principio, se aplicaría *con mayor razón* a los tipos de ropa más cambiantes.

Mediciones

Las mediciones realizadas fueron las siguientes:

1. Longitud total de la figura desde el centro de la boca hasta la punta del pie. Si el zapato estaba cubierto, se elegía el punto más bajo del borde de la falda. La elección de la boca evitaba cualquier dificultad derivada de la alteración del peinado.
2. Distancia desde la boca hasta la parte inferior de la falda. Esto equivale a la última medida menos la altura de la falda desde el suelo.
3. Distancia desde la boca hasta el diámetro mínimo de la cintura. Esto sirve como una especie de indicación de la longitud de la "cintura" o ramillete, es decir, de la parte superior de la figura. Se ha ignorado la verdadera línea de la cintura del vestido. Habría sido mucho más significativa estilísticamente y probablemente presentaría variaciones más marcadas; sin embargo, hay periodos en los que desaparece. Cuando la línea de la cintura es visible y está por debajo del diámetro mínimo de la cintura, también se anotaba la distancia entre ambas.
4. Profundidad o largo del escote, medido desde la boca hasta la mitad del borde del ramillete en el frente.
5. Diámetro de la falda en su dobladillo o base.
6. Diámetro máximo del faldón en cualquier punto por encima de la base. En algunos casos, este supera el diámetro en la base. Normalmente es menor, pero en algunos casos es claramente visible: es decir, el faldón se hincha, se contrae y vuelve a ensancharse. Este diámetro no resultó ser una medida generalmente útil. Siempre que era posible tomarlo, también se registraba la distancia desde el centro hasta la boca como dato complementario.

7. Diámetro mínimo en la región de la cintura.

8. Ancho de hombros, o más precisamente, ancho del escote. En los primeros años del período estudiado, el borde superior del vestido solía pasar por debajo de la punta del hombro, cruzando la parte superior del brazo, como una bertha o un ligero sleeye. En tales casos, se registraba la medida. En años recientes, el ramillete a menudo termina bajo los brazos, sosteniéndose aparentemente por tirantes sobre los hombros. En este caso, parecía mejor medir la distancia entre los tirantes. Sin embargo, cuando el tirante se deslizaba fuera del hombro para caer suelto sobre el brazo, o faltaba por completo, esta medida debía omitirse.

Se midieron diez figuras por cada año calendario, y las primeras diez adecuadas para la medición se tomaron de cada volumen, para garantizar una selección aleatoria en lugar de subjetiva. Las revistas de moda de mediados del siglo XIX contienen menos ilustraciones que las recientes. Por lo tanto, a veces ocurría que solo siete u ocho toilettes aparecían representadas en los números. Desde el primero de enero hasta el verano, cuando los estilos de gala se suspenden estacionalmente. En tales casos, se recurrió a la parte final del volumen del año anterior para suplir la deficiencia. Por lo tanto, una entrada como la de 1857 normalmente se basa en láminas emitidas de enero a marzo, abril o mayo de ese año, pero casualmente comenzaría en diciembre o incluso noviembre de 1856. Aun así, la insuficiencia de material o la supervisión han dado como resultado que algunos años estén representados por solo nueve conjuntos de medidas. Desafortunadamente, casi nunca se han encontrado diez ilustraciones en cada una de las cuales se hayan registrado las ocho medidas. Un vestido puede mostrarse de frente, excepto por una esquina de la falda, que queda oculta tras la silla de un acompañante sentado. El ancho basal de la falda a menudo se puede calcular con bastante precisión en estos casos, y generalmente se hacía una estimación; pero solo se han incluido las medidas reales en los promedios analizados. Si al tomar las observaciones se hubiera pasado por alto una cifra tan deficiente, la siguiente

imagen podría haber exhibido el ancho de falda deseado, pero no habría mostrado dos o tres características más; y una insistencia demasiado firme en los ocho rasgos a menudo habría producido solo tres o cuatro ilustraciones medibles en un año. Por ejemplo, hay períodos en que estaba abrumadoramente de moda mantener el antebrazo en posición horizontal o resaltar la curvatura del busto dibujándolo de semiperfil. En esos años, los diámetros de la cintura quedan casi siempre ocultos por el brazo, y es muy difícil obtener la anchura completa de los hombros. La consecuencia de todas estas pequeñas circunstancias es que la mayoría de las ocho características observadas se representan, año tras año, por menos de diez mediciones, a veces solo por cuatro o cinco. En general, se dio preferencia a las observaciones de la longitud total de la figura, que se utilizaría como norma para los cálculos, y a las dos siguientes medidas mayores: la longitud y la anchura de la falda. Para estas, las series de datos son: la más completa.

Hay que admitir que diez medidas no es un máximo muy amplio para obtener promedios razonablemente precisos en algo tan variable como la vestimenta de moda, donde cada diseño busca casi con la misma intensidad la distinción que la conformidad con el estilo imperante. Era consciente de esta base limitada. Pero tanto las mediciones como las reducciones a porcentajes y promedios requieren mucho tiempo; y para una investigación preliminar parecía más prudente obtener una serie comparativamente larga de pequeños grupos de mediciones que operar con grupos de mediciones de un tamaño más fiable para los promedios, pero que cubrieran menos años. Diez casos de cada período de setenta y cinco años ofrecerían una mejor perspectiva de estudio que veinticinco casos continuados durante treinta años; además, las diez o aproximadamente diez ilustraciones eran bastante fáciles de obtener, mientras que habría sido bibliográficamente exigente encontrar veinticinco para la mayoría de los años anteriores.

El resultado justificó el riesgo. La pequeñez de la serie es, sin duda, la causa de muchas de las irregularidades fluctuantes que aparecen en los

resultados ordenados cronológicamente. Sin embargo, en cada dimensión, las irregularidades no son tan grandes como para impedir el reconocimiento de las tendencias subyacentes; mientras que el período de estas tendencias es, en su mayoría, tan largo que habría sido muy imperfectamente determinable, y a menudo imposible, en un plazo de tan solo treinta años. De hecho, habría sido deseable ampliar el alcance de la investigación de setenta y cinco a cinto veinticinco años. El resultado neto de una serie más amplia de casos habría sido, por lo tanto, una probable suavización y una mayor regularidad de las curvas trazadas, que reflejan la evolución de la moda; y cierta segregación de las irregularidades actuales en las históricamente verdaderas y otras que representan solo insuficiencia estadística. Pero presumiblemente, el aumento de los datos no habría producido nada más.

Puedo expresar aquí mi convicción de que cualquier investigación cuantitativa futura que se emprenda sobre el curso de los cambios estilísticos debería planificarse de modo que cubra, si es posible, un período de uno a dos siglos, ya sea que se refieran a modas en el vestir o en joyas, platería o muebles.

Los datos obtenidos

Comencé las mediciones con el año 1844 porque ese era el primer volumen de una revista de moda que, por casualidad, sabía que estaba disponible en la ciudad de Nueva York, donde me encontraba entonces. La revista era el Petit Courrier des Dames, de la Biblioteca Avery de la Universidad de Columbia. El conjunto interrumpido terminó en 1868, y tuve que acudir a la Biblioteca Pública para continuar. Harper's Bazar estaba disponible allí en archivo completo hasta la fecha, y en él se tomaron las mediciones hasta 1908. La revista parisina contenía solo hermosas litografías; el exponente estadounidense de xilografías de moda, de un tipo terriblemente tosco; y al principio temí que la diferencia en el modo de ilus-

tración viciara la comparación y desperdiciara el trabajo ya realizado. Las cinturas estadounidenses parecían al menos un cuarto más gruesas, y todas las proporciones más toscas. Sin embargo, la yuxtaposición de los porcentajes de años adyacentes demostró de inmediato que la diferencia radicaba únicamente en la ejecución artística. El dibujante estadounidense se quedó a la zaga de su colega francés, ya que el diseñador estadounidense, obviamente, imitaba servilmente a los modelos franceses. De igual manera, la introducción, años después, del dibujo a tinta grabado al zinc, y posteriormente de la pintura al aguada de medio tono, dio lugar a un tipo de lámina de moda completamente nuevo, sin afectar en lo más mínimo a las modas representadas.

Más recientemente, aparecieron repentinamente fotografías a media tinta de modelos vivas, y de nuevo me sentí desconcertado. Seguramente ningún vestido usado en una figura humana real podría ser tan extremo como las imágenes estilísticamente idealizadas que lo precedieron. Pero, una vez más, la alarma fue en vano. Las revistas de moda se elaboran para un propósito práctico definido, cuyo logro sus usuarios aparentemente pueden evaluar; y la reproducción, sea cual sea su forma, debe ajustarse a ella. Las comparaciones porcentuales adjuntas de varios años son convincentes en cuanto a la sustancial unidad de los datos empleados.

La principal diferencia constante y significativa parece ser el diámetro de la cintura (dimensión 7), que es mayor en la vida real. Es decir, los dibujantes de láminas de moda lo recortan más allá del corte de los vestidos reales; incluso cuando una cintura ancha es lo correcto, como en estos años de 1912 a 1917.

Comparación de láminas de moda dibujadas y fotografiadas respectivamente a partir de modelos vivos						
Dimensiones	1912		1913		1917	
	5 Dr.	5 Ph.	7 Dr.	3 Ph.	6 Dr.	4Ph.
1	100	100	100	100	100	100
2	98.5	98	94.2	89.3	86.3	90.9
3	24	24.6	26.1	24	24.2	24.5
4	13.8	13	16.7	13.7	14.3	15.7
5	25	29.8	32.7	36	60.2	49.9
6	--	--	--	--	--	--
7	12.7	13.6	12.5	15.8	11-5	16
8	9.7	13.3	12.5	15	11	12.2

De 1909 a 1918, tuve disponibles volúmenes de Harper's Bazar en las bibliotecas públicas de Nueva York y San Francisco; y las modas de 1919 están tomadas del número de marzo de Vogue.

1859										
(1)	120	125	113	125	133	125	125	129	125	123
(2)	120	125	113	125	133	125	125	129	125	123
(3)	(30)	31	29	31	34	30	32	33	32	29
(4)	16	17	16	18	24	14	16	17	22	13
(5)	(115)	147	142	140	153	150	140	146	142	135
(6)	--	145	136	142	--	--	145	--	--	--
(7)	(9)	9	10	--	--	--	10	--	--	9
(8)	(19)	24	20	23	24	23	21	23	(22)	25
(10)	14	14	13	18	17	7	10	--	15	--
1886										
(1)	148	145	148	161	159	150	160	162	181	137
(2)	142	137	144	158	155	--	152	155	171	130
(3)	42	41	44	46	42	41	43	45	51	38

(4)	22	24	21	26	28	23	23	20	23	--
(5)	76	59	105	83	65	70	125	(77)	151	63
(6)	--	56	--	72	71	54	55	--	65	--
(7)	14	14	12	13	13	11	11	15	21	14
(8)	29	21	17	25	28	17	19	--	26	--
(9)	--	82	--	69	85	63	72	--	77	--
(10)	--	--	14	16	18	--	--	--	18	--
1910										
(1)	99	108	112	105	110	120	113	116	118	124
(2)	99	102	112	105	110	120	113	114	118	124
(3)	25	26	31	28	28	30	26	330	26	32
(4)	13	--	17	15	11	21	12	13	--	18
(5)	30	32	52	50	25	34	39	31	34	(44)
(7)	12	11	14	13	14	15	12	13	--	14
(8)	10	--	13	--	16	17	15	14	--	19

Los datos de 1859, 1886, 1910. (1)-(8), *según se define*; (9), *distancia desde la boca hasta la mitad del diámetro máximo de la falda*; (10), *distancia desde el diámetro mínimo en la cintura hasta la línea de la cintura o la punta del ramillete*; *todo en milímetros. Las cifras entre paréntesis son estimaciones*

Es sorprendente la escasez de revistas de moda en las bibliotecas institucionales de nuestras ciudades más grandes. Para quienes estén interesados en investigaciones similares, recomiendo consultar con organizaciones teatrales para obtener información sobre vestimenta y archivos de catálogos de fabricantes de productos industriales.

No ha sido necesario publicar mis mediciones completas. Adjunto las de tres años como muestra. Los datos completos del manuscrito están a disposición de quien esté interesado en profundizar en el tema.

Las cifras absolutas se convirtieron en proporciones porcentuales respecto a la longitud de la figura completa, tal como se definió. Posteriormente, se promediaron los porcentajes de cada medida para cada

año. Estos promedios porcentuales anuales se recopilan en la tabulación resumen adjunta, se representan en los gráficos y se mencionan en la siguiente explicación:

Relación entre los diámetros del vestido y la altura de la figura						
	2 Largo del vestido	3 Largo de la cintura	4 Escote	5 Ancho de falda	7 Ancho de cintura	8 Ancho de hombros
1844	97.9	28.9	14.6	57	8.2	20.3
1845	97.5	27.9	14.1	59.4	8.4	19.7
6	98.2	28.4	13.1	57.3	8.3	18.7
7	98.4	28.9	14.8	64.7	8.8	19.6
8	98	27.8	13.4	59.6	8.5	20
9	97.9	28.7	13.3	62.7	8.4	20
1850	97.8	28.6	12.7	64.2	8.2	20.7
1	98.7	29.4	13.9	61.3	8.4	21.2
2	97.6	27	41.1	70.3	8.3	21.4
3	98.1	27.7	21.8	70.2	7.7	21.2
4	97.9	27	14.1	79.3	8.4	20.6
1855	98.2	27.9	13.3	83	9	21
6	98.3	27.7	13.4	89.2	8.6	19.1
7	98.4	26.7	13.9	86.2	9	19.6
8	99.6	26.8	15.2	100.3	7.9	18.8
9	100	25.3	14.4	115.6	7.8	18.2
1860	99.8	24.8	12.3	107.1	7.6	18.1
1	100	24.9	12.3	104.3	8	17.8
2	99.6	24.1	13.2	96.1	7.6	17.9
3	98.7	24.9	13.1	101.6	9	17.1
4	99.5	23.9	13.5	100.1	8.5	18.1
1865	99.8	22.8	12.7	108.6	8.6	17.5

6	99.8	22.4	12.8	99.7	8.2	18
7	97.9	21.2	11.7	98.7	8.1	16.7
8	98.8	22	12.7	88.4	9	16.1
9	100	21.8	13.8	85.5	9	16
1870	99.1	22.2	12	88	9.2	16.8
1	99.3	22	13	74.9	9	16.4
2	99.3	22.8	15	77.6	11	16.7
3	99.2	24.5	13.8	84.8	10.1	18.3
4	99.2	22.2	14.1	84.5	9.5	15
1875	100	22.3	14.1	79	10.4	17
6	99.2	23.6	13.4	84.7	9.5	13.5
7	98.7	23.8	13.5	76.4	8.7	13.7
8	99	24.8	14.5	70.9	8.9	14.6
9	98.7	26.1	13.3	62	8.7	15
1880	98.7	27.5	15.4	68.8	8.7	14.1
1	97.7	27.6	14.2	52.3	8.5	14.7
2	96.6	26	12.7	56	7.8	15.3
3	96.9	26	12.8	54.7	8.6	17.2
4	96.4	26.2	13.1	52.2	8.2	14.4
1885	97	27.4	14	56	8.7	15.2
6	95.8	27.3	14.9	56.6	8.9	14.7
7	95.5	27.2	12.9	50.9	8.3	14.2
8	95.7	27.6	14.1	57.8	8.3	13.1
9	96.6	27.7	13.6	51.3	9.6	13.2
1890	97.3	28.2	14.1	50.2	8.5	13.5
1	97.3	28.3	14.4	53.7	9.2	12.6
2	97.4	28.7	13.4	51.1	9.2	14.3
3	98.8	27	13.6	55	9.3	13.2
4	98.2	28.8	14	55.5	9.2	14

1895	98.7	27.4	14	60.7	8.6	15
6	99.2	27.9	14.3	68.2	9.6	15.2
1897	99.9	28.9	14.4	60	8.6	15.8
8	99.8	29.5	14.7	53	8.1	11.9
9	100	29.7	14.6	65.3	9.3	12.5
1900	99.3	30.5	15.1	52.5	8.7	13.4
1	99.7	30.5	12.5	64.8	9.4	13.3
2	100	30.1	13.1	58.9	9.9	11
3	100	30.1	13.1	58.9	9.9	11
4	100	32.3	14	56.5	9.9	14.8
1905	100	30.3	14.6	53.7	9.2	15.2
6	99.6	28.8	16.2	56	9.5	11.2
7	99.6	28	13.3	51.2	9.7	12.3
8	99.3	25.4	11.7	49	10.9	12.9
9	99.7	24.3	14.6	38.4	12.8	12.1
1910	99.2	25.2	13.3	32.9	11.7	13
11	98.6	26.1	14.2	23.2	12	12.2
12	98.2	24.3	13.4	27.4	13.2	11.7
13	92.6	25.5	15.4	33.7	13.6	13.3
14	91.8	25.3	14.4	29.1	13.9	15.2
1915	91.1	24.4	16.2	46.1	13.7	11.2
16	84.3	25	16.4	49.1	12.6	12.3
17	88.1	24.3	14.8	55.7	13	11.4
18	85.3	24.2	13.7	20.3	13.4	10.6
19	84.2	24.1	14.2	33.2	13.2	12.9
Promedio	97.7	26.4	13.8	65.3	9.4	15.6

Ancho de la falda

De todos los elementos del vestido examinados, el diámetro de la falda arroja los resultados más impresionantes, especialmente en el trazado gráfico (fig. 20). Las irregularidades del ritmo de cambio también se comprenden más rápidamente en este aspecto de la moda que en la mayoría de los demás. No obstante, la superioridad del ancho de la falda sobre otros factores como indicador de demostración es más aparente que real. Algunos incluso la superan en la longitud de onda de su periodicidad.

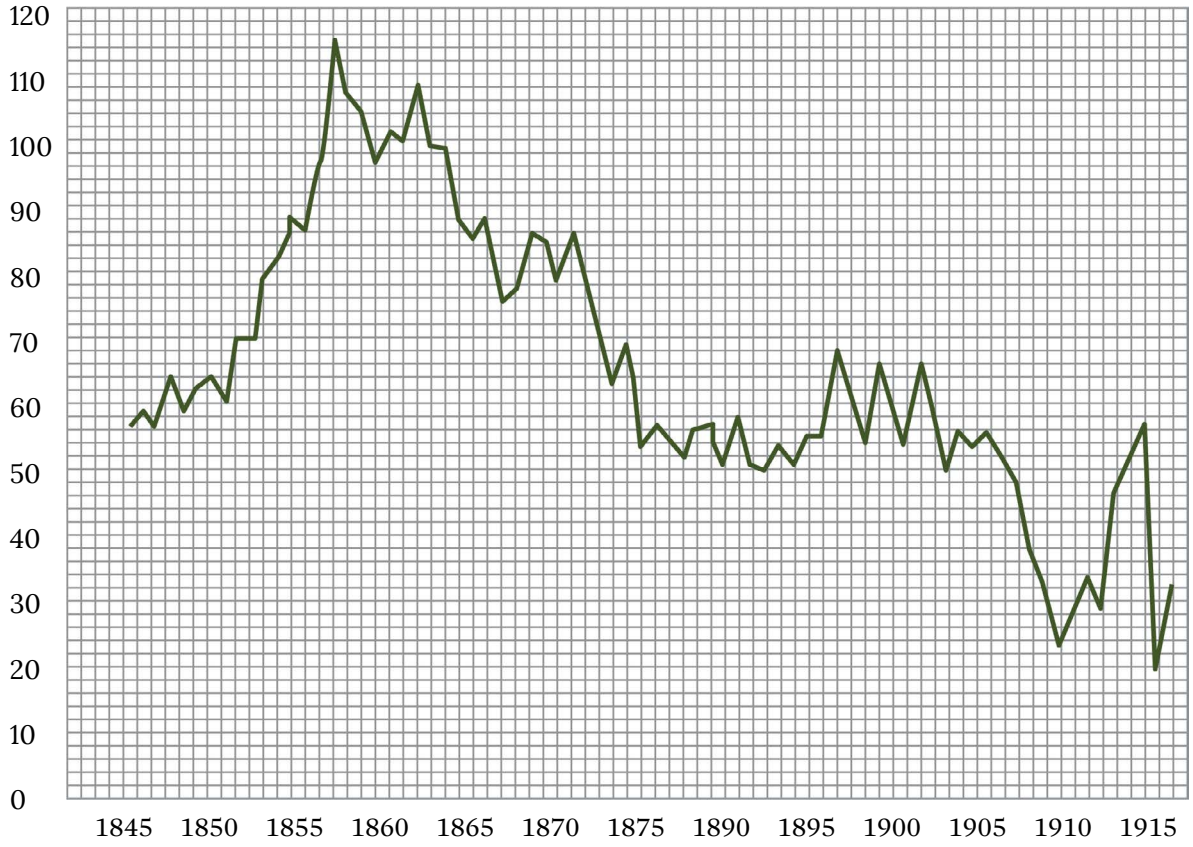


Figura. 20.-(5) Ancho de la falda.

Las siguientes observaciones se refieren al diámetro del bajo de la falda. Este no siempre es el diámetro máximo. Pero, en general, las modas que estrechan la falda son poco frecuentes; y no se ponen de acuerdo sobre la zona de mayor anchura.

Cuando nuestro registro se inicia en 1844, encuentra trajes de noche con un ancho de falda moderado, equivalente al cincuenta y siete de la longitud del cuerpo[5]. Durante varios años, la proporción fluctúa ligeramente, aumentando gradualmente.

En 1851, tras alcanzar un porcentaje de 61, el ancho de la falda comienza a aumentar de repente, rápida y continuamente, hasta que la curva trazada se dispara hasta el máximo extremo de 116 en 1859. Este es el apogeo de la moda de las faldas de miriñaque, cuando el vuelo de la falda supera la altura de la persona. En ocho años, el diámetro de la falda casi se ha duplicado.

A partir de 1859, la historia de la falda puede describirse sumariamente como una constricción progresiva de cincuenta años.

El estrechamiento después de 1859 no es tan rápido como el ensanchamiento inmediatamente anterior; pero en tres años la proporción ha disminuido de 116 a 96. En este punto entra un nuevo subfactor: la cola. La falda en su conjunto continúa perdiendo volumen, pero la cola adjunta compensa con creces la reducción de diámetro en su base. Por lo tanto, el gráfico muestra una detención del descenso, un nuevo ascenso y un máximo secundario de 108 en 1865.

La falda de miriñaque, inflada y acampanada, y la falda de cola larga son antítesis evidentes, tanto estructural como estilísticamente, y debieron percibirse así en su época. Resulta interesante que, desde una perspectiva más amplia, ambas demuestren ser solo manifestaciones superficiales de un impulso mucho más profundo, aunque menos articulado, hacia una representación piramidal de la figura.

A partir de 1866 continúa el gran cambio subyacente hacia faldas más estrechas, hasta que aproximadamente en 1871 la cifra desciende a 75, aunque las colas siguen siendo las dominantes.

En 1872 comienza una segunda reacción, lo que resulta en un nuevo ascenso superficial de la trama. Esto se debe a la llegada de la "Grecian Bend", famosa en la caricatura de la época. Sin embargo, esta especia-

5 De la boca a los pies, o hasta el punto más bajo de la falda si la punta está cubierta.

lidad solo se mantiene vigente durante cuatro o cinco años, y para 1877 la proporción ronda el setenta y cinco por ciento.

De 1878 a 1881 se reanuda el estrechamiento general, tendencia habitual en esta época, hasta que en 1881 el porcentaje desciende al cincuenta y dos por ciento, una cifra inferior a la registrada desde el inicio de nuestro estudio.

En 1881 aparecen las primeras faldas sin cola en doce años, y hasta 1895, los vestidos sin cola y con cola se presentan en cantidades prácticamente iguales. Una falda que sube bastante por encima del suelo normalmente sería más estrecha que una amplia. Por lo tanto, cabría esperar que la tendencia a la constricción se viera acentuada por la desaparición parcial de la cola; pero no es así. La tendencia general durante estos quince años es que el diámetro se mantenga estacionario, con fluctuaciones entre cincuenta y sesenta por ciento.

El período de 1895 a 1907 presenta fluctuaciones más pronunciadas, con porcentajes límite que casi alcanzan el 70 y el 50. Los años de 1892 a 1898 muestran una expansión y una reducción cuyo curso parece constituir una tercera ola superficial. Cabe destacar que el pico de 68 en 1896 se alcanza en un año sin colas; este tipo de falda prevalece también durante la recesión de 1897 y 1898, que regresa a 53. La repentina expansión a 65 en 1899 corresponde a la reintroducción de las colas; pero los años siguientes, con porcentajes de 52, 65, 59 y 50, constituyen un período de faldas casi exclusivamente con colas. De 1903 a 1907 las fluctuaciones son menos violentas, como si las tendencias reaccionarias que habían forzado las ampliaciones espasmódicas de la década precedente se estuvieran agotando, preparándose para el gran impulso de constricción inminente.

Para 1908, el barrido principal del medio siglo está de nuevo en marcha. Por primera vez en nuestra historia, el diámetro basal cae por debajo de 50. Los tres años siguientes presencian la caída definitiva hacia la falda tubo y la cojera extrema, hacia las que el progreso de la moda ha tendido constantemente durante toda su vida. La violencia de esta culminación es paralela a la de la inflación que 52 años antes marcó el final de medio

siglo o más de expansión gradual desde los días del Directorio y los primeros tiempos del Imperio, un período de acentuada repulsión hacia las faldas acampanadas de Luis XV y XVI. En el mapa, el abismo reciente es tan abrupto como el pináculo de 1859. En 1911 se alcanza el apogeo de la esbeltez: el porcentaje es sólo del veintitrés por ciento, menos de la mitad de la estrechez más extrema alcanzada en los sesenta años anteriores, y sólo una quinta parte de la anchura máxima.

Cabe destacar que las faldas con y sin cola prevalecen simultáneamente durante estos años.

Para 1912, la tendencia ha vuelto a cambiar, y sin duda continuará durante otros doscientos o trescientos años, a menos que la periodicidad del ritmo se acelere por alguna nueva causa desconocida o se interrumpa por completo por una alteración fundamental de la moda, como la sustitución de las faldas por pantalones. Al igual que en 1860-1862, la recuperación es rápida: 23, 27, 34, 29, 46, 49, 56.

Los años 1918 y 1919 muestran una reacción hacia la estrechez, con porcentajes de 20 y 33. El primero, de hecho, es la cifra más baja de toda la serie, incluso inferior al clímax real de 1911. La causa es, en parte, una pérdida repentina de colas en 1918. Compárese con 1911, 4 faldas con tren, 28,7; 6 sin tren, 19,5; 1918, 1 con tren, 44; 8 sin tren, 17,4. Por otro lado, también hay una reacción real en este año, como lo revelan las cifras de faldas sin tren. Así, 1911-14: 19, 20, 20, 13; 1915-17: 35, 49, 37; 1918-19: 17, 18. Quizás la reconstricción de estos dos últimos años puede considerarse como un paralelo a la ampliación ocurrida entre 1863 y 1865 después de la recesión desde el pico de 1859.

El factor que complica la comparación entre faldas con cola y faldas sin cola se aborda en la siguiente tabla, que comienza en 1863, cuando se reintrodujeron las colas. Parece que, en general, las colas son menos populares como recurso para lograr anchura y las faldas sin cola como medio

para esbeltez de lo que cabría esperar. Más bien, las proporciones de ambos tipos de faldas suben y bajan juntas según la tendencia de la época[6].

Una cola que parte de la cintura o la cadera puede, de hecho, utilizarse para dar el efecto de volumen. Pero una de igual o mayor longitud que apenas empieza a caer por debajo de la rodilla permite que la parte inferior de la figura alcance la esbeltez deseada; y si se envuelve alrededor del tobillo, puede incluso acentuar el efecto de constricción.

El ancho promedio de la falda para el año 76 es de 65.3. Se observará que, de 1852 a 1878 inclusive, esta cifra se supera cada año, mientras que antes y después de ese período nunca se alcanza, excepto en 1880 (68) y de nuevo en los espasmódicos brotes de 1896 (68) y 1899 (65). En el gráfico, la línea horizontal de este promedio ayuda a resaltar la cresta y el valle de la gran ola secular.

Año	**Cola de falda**		**Sin cola de falda**	
1863	4	104.7	4	98.7
1864-5	Todas			
1866	6	106	2	81
1867	Todas			
1868	9	91	1	65
1869	Todas			
1870	6	93.2	1	57
1871-80	Todas			
1881	4	65.5	3	34.7
1882	5	72.4	3	28.7
1883	3	74.3	4	40
1884	3	67	6	43.3

6 Los números son demasiado pequeños para un trazado gráfico satisfactorio, pero indican que, con una serie mayor de casos, las líneas para faldas con y sin cola serían aproximadamente paralelas a la línea combinada mostrada: una por encima y otra por debajo. Al menos dos de cada tres veces, quizás con más frecuencia, se moverían en la misma dirección.

Año	Cola de falda		Sin cola de falda	
1885	2	81	4	43.5
1886	4	70.7	5	45.4
1887	3	65.3	6	43.7
1888	3	83	6	45.2
1889	4	65.9	5	40
1890	6	58.3	4	38
1891	5	66	4	38.2
1892	8	55.2	2	35
1893	7	62.2	3	38.3
1894	3	66	7	50.6
1895	5	62.6	4	58.2
1896 - 8			Todas	
1899	9	66.9	1	51
1900	9	52.6	1	52
1901 - 3	Todas			
1904	9	56.7	1	55
1905	9	54.4	1	47
1906	9	56.1	1	55
1907	7	52.6	3	48
1908 - 9	Todas			
1907	7	52.6	3	48
1908 - 9	Todas			
1910	3	43	6	27.8
1911	4	28.7	6	19.5
1912	7	30.4	3	20.3
1913	7	39.7	3	19.7
1914	6	37.2	3	12.8
1915	3	71.3	7	35.3

Año	Cola de falda		Sin cola de falda	
1916	1	50	9	49
1917	8	58.1	1	37
1918	1	44	8	17.4
1919	4	56	6	18

Largo de la falda

Existe una correlación unilateral entre el ancho y el largo de la falda. Un vestido corto puede ser amplio o estrecho; pero uno ajustado apenas llegará muy cerca del suelo, debido a la incomodidad. Un período de faldas decididamente ajustadas será casi necesariamente un período de faldas cortas también; pero lo inverso no se cumple.

Existe una diferencia adicional. Una falda puede tener casi cualquier ancho o estrechez en una lámina de moda o en una modelo posada. Cuando se busca esbeltez, se coloca una pierna detrás de la otra, de frente, y el vestido se ajusta a una pantorrilla o tobillo exageradamente delgados. En otras palabras, no hay un límite fijo para las extremidades. Sin embargo, el largo posible de un vestido se reduce automáticamente cuando llega al suelo o cuando, en una ilustración, desciende lo suficiente como para ocultar los pies. Sin embargo, un vestido puede acortarse indefinidamente.

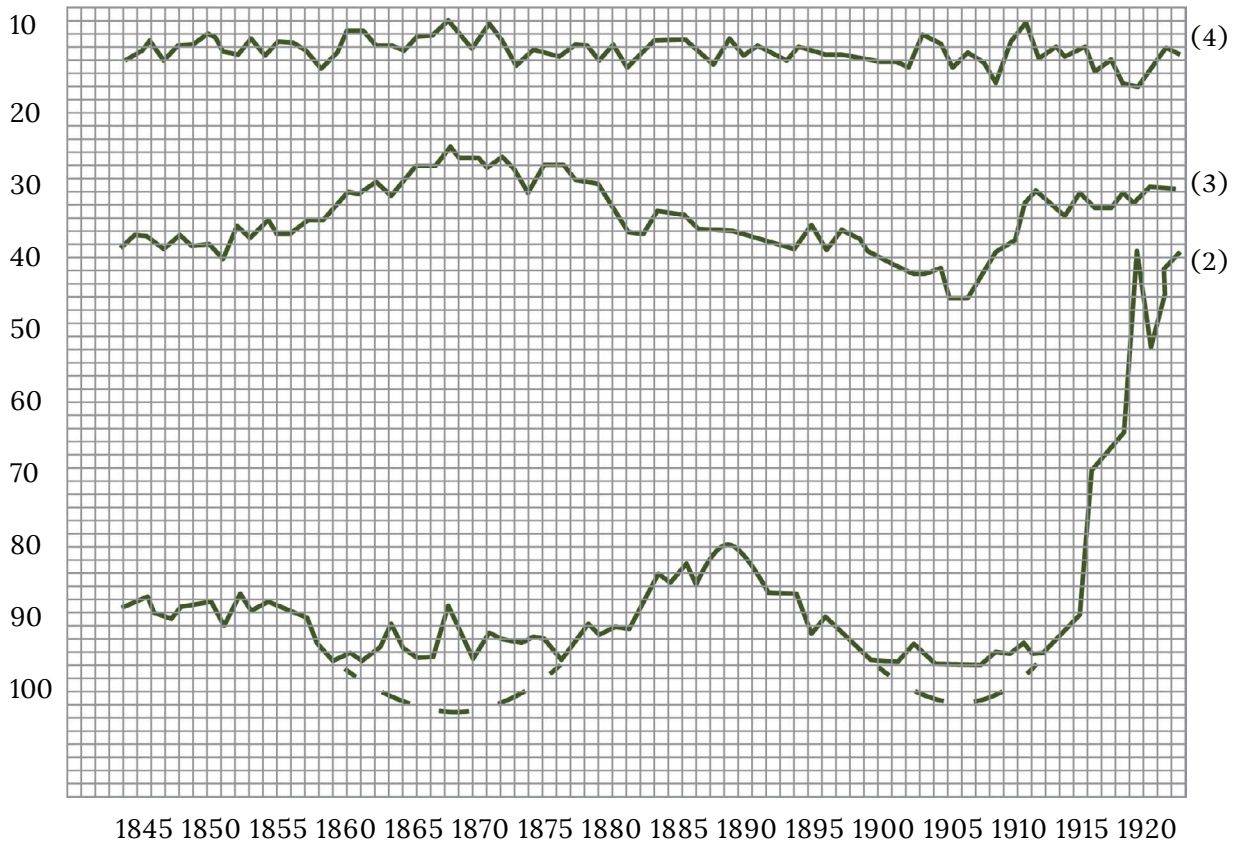


FIG. 21.-(2), Largo de la falda; (3), Largo de la cintura; (4), Escote.

Esto provoca que, cuando la longitud de la falda alcanza su máximo, permanezca aparentemente estacionaria por un tiempo, mientras que en su mínimo alcanza un clímax y vuelve a descender rápidamente. Podría decirse que la moda claramente intenta, y solo la imposibilidad física lo impide, hundir la parte inferior del vestido varios centímetros. En el gráfico (fig. 21), esta discrepancia se indica con dos líneas: una horizontal plana en el máximo del cero por ciento; y una de puntos que sugiere la curva ideal que, según los datos, seguiría el estilo si pudiera.

El período rítmico del largo de la falda es solo un tercio del del ancho: unos treinta y cinco años, en comparación con un siglo. El gráfico y la tabla ofrecen el siguiente resumen.

Periodo	Duración	Medidas	Movivmiento
[1884] - 1859	16+	97.5 > 100	Ligero acortamiento
1860 - 1875	16	A 99 o 100	Longitud completa
1876 - 1887	12	100 > 95.5	Acortamiento
1888 - 1899	12	95.5 > 100	Alargamiento
1900 - 1910	11	A 99 > 84	Acortamiento violento

Las curvas, considerando su impacto en el límite, parecen simétricas; pero si las cifras de los más de setenta años examinados son representativas, la longitud de onda del rasgo disminuye y la amplitud aumenta. En términos sencillos, el estilo cambia con mayor rapidez y desenfreno en este punto con el paso del tiempo.

Diámetro de cintura

Un primer vistazo a la gráfica sugiere que durante la mayor parte de un siglo se han producido pocos cambios en el diámetro mínimo de la cintura de la mujer de moda; y que dicho cambio fluctúa de forma irregular. El único movimiento notable se encuentra al final de la gráfica (fig. 22). Sin embargo, al agrupar las cifras en la tabla se observan dos oscilaciones claras en cada dirección.

Descripción de la medida de duración del período

Periodo	Duración	Medida	Descripción
1844 - 1857	14	8[7]	Promedio
1858 - 1862	5	7	Delgado
1863 - 1871	1 9	8	Promedio
1872 - 1876	5	9, 10	Completo

7 "8" = 8.1 a 9.0; y lo mismo para las demás figuras

1877 - 1888	11	8	Promedio
1889 - 1900	12	8, 9	Por encima del promedio
1901-1907	6	9	Completo
1908-1919	12	10, 11, 12 , 13	Muy completo.

Esto podría expresarse en términos de tendencia de la siguiente manera:

Aproximadamente de [1844] a 1860, disminuyendo.
Aproximadamente de 1860 a 1874, en aumento.
Aproximadamente de 1874 a 1882, en disminución.
Aproximadamente de 1882 a 1914, en aumento.

Las duraciones serían de aproximadamente 16, 14, 8 y 32 años. Esto no parece muy regular.

Cabe recordar que la medida utilizada es el diámetro más pequeño en la zona de la cintura, que generalmente no coincide con la línea de la cintura, ya que el corte del vestido la realza, y a menudo se aleja considerablemente de ella. Por lo tanto, estilísticamente, esta medida es algo arbitraria.

Largo de la cintura

La longitud de la cintura, como se define aquí, también es una medida arbitraria. Es la distancia desde la boca hasta la mitad del diámetro mínimo de la cintura, no hasta la línea formal de la cintura del vestido, que a veces se acentúa mucho y en otras ocasiones es indefinida. Si se hubiera utilizado satisfactoriamente la altura de la cintura, tal vez se habría logrado una amplitud o una decisión de ritmo considerablemente más marcadas.

Tal como está, la gráfica muestra un marcado acortamiento o ascenso de la cintura, un descenso aún más pronunciado y luego un repentino ascenso brusco, que parece haber alcanzado su culminación y estar a punto de un nuevo descenso. El período de alargamiento de la cintura se extiende desde aproximadamente 1867-69 hasta 1903-04, o aproximada-

mente treinta y cinco años. Suponiendo que el ritmo sea simétrico, el apogeo anterior de la cintura larga se situaría alrededor de 1833. Pero las cifras de 1844 a 1850 son demasiado uniformes como para permitir grandes inferencias. Podrían, si su gráfica prueba algo, provenir de una parte intermedia y más o menos detenida de una larga tendencia hacia la cintura alta, o ser el final de una breve tendencia hacia un busto prolongado. Una retrospección de la investigación unos cincuenta años más sin duda aclararía estas cuestiones.

En cualquier caso, el acortamiento de la cintura entre 1904 y 1909, que coincide con su aumento de tamaño, es un movimiento más extremo y rápido que cualquiera de los anteriores. Cabe destacar, además, que la culminación del período anterior de acortamiento de cintura, alrededor de 1867-69, también coincide con un período de aumento de tamaño transversal; o, para ser más precisos, en ambos casos se alcanza el apogeo de la brevedad mientras la tendencia hacia el aumento de tamaño ya está en marcha, alcanzando su máximo apogeo varios años después. Sin embargo, el efecto en la apariencia corporal es bastante diferente. La cintura alta anterior buscaba un busto alto y redondeado, mientras que la posterior, uno plano.

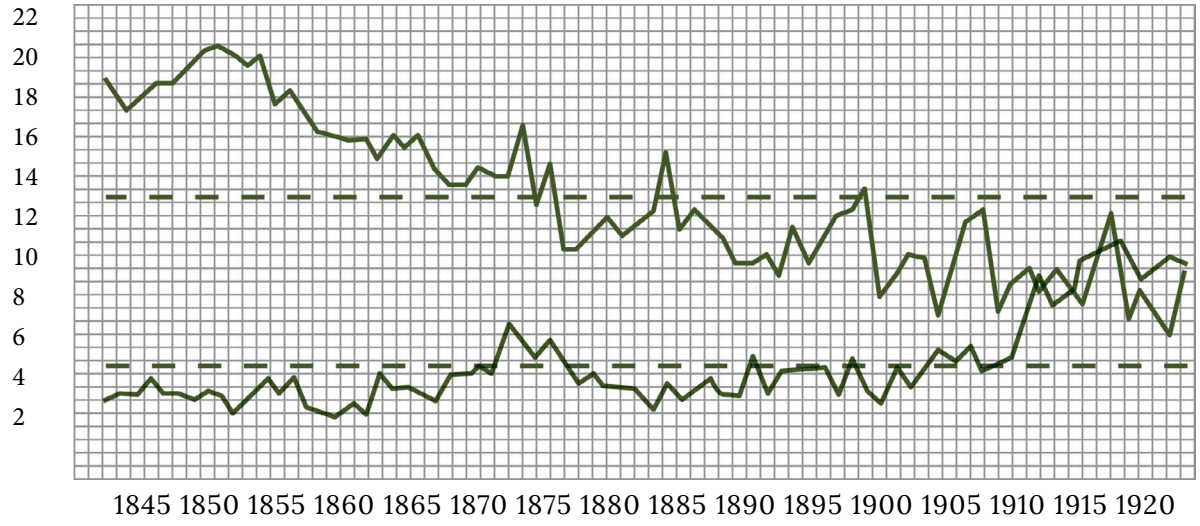


FIG. 22.-(7), Ancho de cintura; (8), Ancho de escote.

Escote

Este se mide desde el borde superior del ramillete hasta la boca. El gráfico parece inconcluso; pero las cifras de la tabla muestran los siguientes ritmos:

1844, a las 14.6.
Luego el ramillete sube a 12,7 en 1850.
La exposición aumenta gradualmente a 15,2 en 1858.
Disminuye nuevamente a 11,7 en 1867.
El descenso del borde progresa hasta 15,4 en 1880.
Aumento repentino a 12,7 para 1882.
Bajando a 15,1 en 1900.
Otro aumento repentino a 12,5 en 1901.
Bajando, con fluctuaciones, a 16,2 en 1906.
Subida a 11,7 en 1908.
Bajando a 16,4 en 1916.
Desde entonces parece que se está produciendo un ascenso.

Los períodos de bajada o de aumento de la exposición se suman casi tres veces más largos que los de subida del ramillete, que se producen a saltos, especialmente después de 1880:

Disminución de la exposición, 6 años; aumento 8.
Disminución, 9; aumento 13.
Disminuir, 2; aumentar, 18.
Disminuir, 1; aumentar, 5.
Disminuir, 2; aumentar, 8.

La causa de esta asimetría no está clara.

La periodicidad también es bastante irregular en cuanto a duración. Parece promediar unos quince años.

Ancho del escote

Este rasgo parece tener una periodicidad muy larga. Los primeros años del registro son indecisos: podrían representar el final de un período de

ensanchamiento de la exposición del hombro. En cualquier caso, entre 1851 y 1853 se alcanza un máximo por encima de 21. A partir de aquí, la disminución continúa sin interrupción sustancial durante más de sesenta años.

Para 1861, la cifra descendió por debajo de 18, y para 1869, a 16. Un aumento a 18,3 en 1873 puede descartarse por estar basado en solo tres mediciones. Para 1876, el porcentaje descendió a 13,5, y las láminas muestran una marcada tendencia a mostrar el busto de perfil, lo que probablemente sea en sí mismo un síntoma de aversión a los hombros anchos.

Los años 1877 a 1883 son reaccionarios, con un aumento hasta el diecisiete por ciento. Sin embargo, esta ola es tan breve en comparación con el giro general que es obviamente secundaria.

De 1883 a 1891, el estrechamiento continúa, alcanzando el nuevo mínimo histórico de 12,6. De 1892 a 1897 se produce otro ensanchamiento secundario, que sin embargo no llega a 16. A partir de aquí, el curso fluctúa, pero generalmente a la baja, como lo demuestran los nuevos mínimos en torno a 11 en 1898, 1902, 1906, 1912, 1915 y 1917, y un mínimo absoluto por debajo de 11 en 1918. El escote más amplio de estos últimos veinte años se alcanza en 1905 y 1914, con 15. Estos podrían representar un tercer y un cuarto ritmo superficial breve, continuados en la oscilación descendente del ritmo subyacente.

El curso general de este rasgo es similar al del ancho basal de la falda, con la probabilidad de un período aún más largo, aunque con una amplitud de variación menos acentuada debido a limitaciones anatómicas. La continuidad del movimiento es particularmente impresionante cuando se comparan la profundidad y la anchura del escote en unidades de períodos suficientemente amplios como para suavizar las fluctuaciones debidas a los cambios temporales de moda y la irregularidad inevitable al emplear series cortas de figuras. Es cierto que el evento más llamativo en la historia de la profundidad del escote es su aumento en los últimos años, que se sincroniza con una disminución de la anchura. Sin embargo, es evidente que esto no es una mera coincidencia, sino la culminación de una tendencia que se ha mantenido durante 70 años.

Período	largo a ancho
1844 - 47	72: IO0
1848 - 53	64 : 100
1854 - 59	72 : 100
1860 - 65	72 : 100
1866 - 71	78 : 100
1872 - 77	89 : 100
1878 - 83	91 : 100
1884 - 89	97 : 100
1890 - 95	10I : 100
1896 - 01	104 : 100
1902 - 07	111 : 100
1908 - 13	110 : 100
1914 - 19	122 : 100

Comparación de los varios ritmos

Hemos encontrado, creo, evidencia razonable de una pulsación subyacente en el ancho de las faldas de las mujeres civilizadas, que es simétrica y se extiende en su ritmo ascendente y descendente durante un siglo completo; de un ritmo análogo en el largo de la falda, pero con un período de solo un tercio de la duración; algunos indicios de que la posición de la línea de la cintura puede alterarse completamente, también siguiendo una curva "normal", en un período de setenta años; y una posibilidad de que el ancho de la exposición de los hombros varíe de la misma manera, pero con el ritmo más largo de todos, ya que la continuidad de la tendencia en una dirección durante setenta años establece una periodicidad de aproximadamente un siglo y medio, si el cambio en esta característica del vestido sigue un plan simétricamente recurrente.

Hay algo impresionante en la magnitud de estos lapsos de tiempo. Todos solemos hablar con ligereza de cómo la moda de este año trastoca la del año pasado. Detalles, adornos, pliegues y volantes, quizá colores y materiales, todas las exterioridades visibles del vestido, sin duda cambian rápidamente; y está en la naturaleza misma de la moda ponerlas en primer plano. Nos llaman la atención y pronto dejan una impresión borrosa pero abrumadora de fluctuaciones incalculablemente caóticas, de reversiones a la vez desconcertantes y sin sentido, de una especie de prestidigitación fulminante ante la que nos inclinamos en silencio reconociendo su incontrolabilidad. Pero bajo este laberinto brillante, las principales proporciones del vestido cambian con una lenta majestuosidad, en períodos que a menudo exceden la duración de la vida humana, y al menos a veces con la regularidad uniforme de la oscilación de un enorme péndulo. La niña cuyas trenzas le cuelgan por la espalda puede estar razonablemente segura de que, durante el nacimiento de sus hijas, usará vestidos más largos que los que usa su madre; y que sus faldas prometen ser más anchas cada década hasta que sea abuela. Hay algo en estos fenómenos, a pesar de su supuesta arbitrariedad, que se asemeja a lo que llamamos ley: un esquema, un orden a escala no exento de cierta grandeza. No es que la moda de una fecha futura pueda escribirse ahora. Cada estilo es un componente de demasiados elementos, y en parte elementos únicos, como para permitir una predicción precisa. Pero sí parece que se puede hacer algún pronóstico para cualquier elemento básico cuya historia se haya investigado suficientemente; y que, cuando llegue el evento, si se demuestra que la anticipación fue más o menos errónea, el origen de la aberración puede quedar claro, y las fuerzas perturbadoramente inyectadas se revelan como sujetas a un orden propio.

No cabe esperar que el desarrollo y la decadencia de cada rasgo de la vestimenta o la civilización sigan una curva normal, es decir, un curso simétrico. Para un elemento de la civilización completamente ajeno a todos los demás, tal simetría quizá podría anticiparse. Pero los elementos

completamente integrales son una idea más que un hecho. Siempre debe existir cierta interacción con otros factores en las mismas fases culturales y afines, así como interferencias ocasionales de ámbitos más remotos. Por lo tanto, cierta proporción de rasgos debería seguir cursos irregulares o curvas asimétricas; y en esta clase parece que deberían incluirse el diámetro de la cintura y la profundidad del escote.[8]

Los temblores secundarios que alteran la uniformidad de las grandes pulsaciones perturban a primera vista el concepto de orden, pero tras un análisis, resultan confirmatorios, ya que revelan un aumento de la complejidad de las fuerzas operativas sin disminuir su regularidad. De esta manera, las curvas de largo alcance para el ancho de la falda y los hombros, cada una con tres crestas menores superpuestas pero simétricas, refuerzan las conclusiones genéricas alcanzadas.

Finalmente, si bien simplificaría la causalidad histórica si se descubriera que los auges de la moda se produjeron en recurrencias con la misma periodicidad, difícilmente puede esperarse tal regularidad. No hay razón concebible para que exista algo inherente a la naturaleza del vestido que tienda a cambiar de faldas amplias a estrechas y de vuelta a faldas amplias en un siglo. Todos los fenómenos históricos son necesariamente únicos en algún grado, tanto en el ámbito de la naturaleza como en el de la actividad humana; y un ritmo similar de la moda bien

---

8 Clark Wissler, señala que la distribución de tiestos de ciertos estilos decorativos en los sucesivos niveles del basurero del antiguo pueblo de San Cristóbal, en Nuevo México, según las excavaciones e informes de N. C. Nelson, sigue curvas típicas, cada una de las cuales representa "el auge y declive de un rasgo cultural". Cada pie de escombros puede considerarse como una duración de deposición aproximadamente igual, como lo indica el número bastante constante de tiestos de todos los tipos encontrados a cada profundidad. Las cifras son, para la cerámica pintada de negro sobre blanco, (103), 107, 118, 40, 8, 2, 6, 10, 2, 2; y para loza amarilla esmaltada negra o marrón, 0, 3, 45, 91, 192, 128, 52, 68, 64, 24. La última serie puede estar sesgada.

Wissler, Clark. 1916. “The Application of Statistical Methods to the Data on the Trenton Argillite Culture.” *American Anthropologist* 18 (2): 190–97. https://archive.org/details/americananthr18ameruoft/page/190/mode/2up?q=wissler.

podría extenderse a lo largo de mil, cien o diez años en diferentes épocas o entre distintas naciones. Por lo tanto, si bien no hay respaldo para la idea de «ley», al menos no resulta desconcertante que el último cuarto de siglo, en general, muestre variaciones de la moda claramente más rápidas y extremas que el medio siglo anterior. Esto se aplica a todos los rasgos examinados, excepto a la anchura de los hombros.

Conclusiones sobre el cambio en la civilización

El hecho de la regularidad en el cambio social es la principal inferencia de nuestros fenómenos. La amplitud de las periodicidades no es menos importante. Su magnitud eclipsa la influencia que cualquier individuo podría haber ejercido en una alteración de la vestimenta. Si cada ritmo se limitara a unos pocos años, podría pensarse que una mente, un genio particular, fue su impulso motivador; y esta afirmación sin duda la harían quienes prefieren ver la historia como un vasto complejo de biografías. Pero cuando un cambio de moda requiere un siglo para su satisfacción, intervienen al menos varias personalidades. Por muy aislado que sea el punto de vista, por muy resistente a una interpretación social o supraindividual, por muy inclinado que esté uno a explicar lo general a partir de lo particular y a derivar las modas de un mundo del único enfoque de París, lo cierto es que una sucesión de seres humanos ha contribuido sucesivamente al mismo fin. Una vez admitida la existencia de tendencias o fuerzas que trascienden los límites de la personalidad orgánicamente heredada, todo el campo de la historia de la civilización se convierte en terreno discutible para las dos interpretaciones contradictorias. Si la importante fluctuación en las proporciones de las faldas durante el siglo XIX es producto, total o parcialmente, de causas supraindividuales, resulta una especulación válida si los desarrollos menores no se deben también a mecanismos similares. La reintroducción de la cola

en 1863 y la invención del dobladillo griego en 1872 pueden considerarse ahora producto de los estilos de vestir que las precedieron, o de otros factores culturales que influyen en el estilo, con mayor razón que su atribución al talento de una mente y una mano especialmente dotadas. La cuña ha entrado.

También es evidente lo poco que incluso la facultad individual más intensa pudo haber contribuido al resultado de las grandes revoluciones, lo poco que aceleró su impulso. Cuando una marea se mueve en una dirección durante cincuenta años, los hombres se dejan llevar por ella o se desenvuelven a su antojo; quienes se enfrentan a la vasta corriente se condenan de antemano a la futilidad del logro. Un diseñador nacido con un talento inagotable para enfatizar lo que podríamos llamar la horizontalidad en oposición a las líneas verticales de la figura, y que maduró hace veinticinco años, podría haber poseído diez veces el genio de un Poiret o un Worth; sin embargo, se habría visto obligado a reprimirlo en los cauces que ellos siguieron, o a desperdiciarlo en creaciones sin estrenar ni valorar. No sabemos qué impulsa a las modas a perseguir sus fines durante tanto tiempo y con una insistencia cada vez mayor; pero es evidente que las fuerzas son sociales, y no la aparición fortuita de personalidades dotadas de este o aquel gusto. De nuevo, el principio del determinismo civilizacional se impone frente a la aleatoriedad individualista.

Sería extravagante inferir que estas conclusiones niegan la validez de las mentes superiores, o incluso que tienden a minimizar las diferencias entre el genio y la mediocridad. Es incuestionable la experiencia universal de que existen individuos competentes e incompetentes, y que la brecha entre sus extremos es enorme. La existencia de diversos grados de calidad intelectual no afecta, en ningún sentido, al hallazgo de que operan principios supraindividuales que determinan el curso de los acontecimientos sociales. El contenido de la historia, como conjunto y en sus partes, en la medida en que estas tengan significado civilizacional, es producto de dichos principios. Que el individuo "X" o el individuo "Y" tenga mayor participación en la fructificación de un producto particular

de su cultura depende de sus respectivas dotes innatas, además de una mayor o menor modificación por su educación, entorno personal y circunstancias. Para la trayectoria de "X", es obviamente de suma importancia que su herencia y oportunidades sean más favorables que las de otros individuos. Por el contrario, dada esta ventaja, afectará muy poco su éxito en la vida si su sociedad pasa del politeísmo al monoteísmo, de la monarquía a la democracia o de la democracia a la tiranía, del bronce al hierro, del uso de faldas anchas a estrechas, o al revés.

Por el contrario, en lo que respecta a estos cambios sociales, se puede argumentar teóricamente que la mayor o menor capacidad innata de este o aquel individuo, o de un número limitado de individuos, tiene una importancia insignificante. El análisis de los datos aquí presentados demuestra que este factor es, en realidad, insignificante desde el punto de vista de la civilización. En resumen, surge el monoteísmo, se descubre una técnica férrea, las instituciones cambian o los vestidos adquieren amplitud en un período y lugar determinados, con posterioridad a otros acontecimientos culturales y como resultado de ellos, es decir, porque así es.

Puede que los historiadores se hayan mostrado reticentes a afirmar tal principio; pero las mentes más brillantes entre ellos lo han aceptado implícitamente, aunque vagamente, una y otra vez. Esto es tan cierto en el caso de Tucídides como en el de Gibbon, y explica por qué Heródoto se interesaba tanto por la etnología como por las anécdotas, y por qué Tácito pudo colocar una *Germania* junto a sus *Anales*.

Entre la gente común, tal reconocimiento no se ha obtenido ni se mantiene. Lo que más les interesa son sus propias vidas y fortunas, sus sentimientos y actos, sus rivalidades con otros individuos y sus relaciones personales con ellos. Por lo tanto, cuando escuchan o cuentan la historia, buscan lo que esta pueda reflejar de similar; y lo que ofrece de psicología y moralidad en sus biografías, o aquellos aspectos que pueden distorsionarse en crisis dramáticas o relatos románticos, lo captan con avidez. La satisfacción de estos intereses tiene su función justificable; Solo impide,

en lugar de cultivar, la comprensión del funcionamiento de la civilización. La visión individualista de los fenómenos históricos es, por naturaleza, subjetiva, y su tratamiento debe seguir siendo siempre subjetivo. Encontrar una «ley» en la infinita complejidad de millones de personalidades que interactúan es inútil. Ni siquiera podemos empezar a comprender los hechos tal como sucedieron. Un geólogo podría, con la misma utilidad, plantearse la tarea de explicar el tamaño y la forma de cada guijarro en un lecho de grava. No somos más que esas piedras. Siendo humanos, no podemos, sin embargo, despojarnos de la curiosidad por otros seres humanos como seres humanos, ni de la curiosidad por su moralidad y psicología, ni del deseo de una representación estética de sus acciones. Solo que la búsqueda de tales impulsos no conduce al conocimiento científicamente aplicable, ni a la comprensión de lo que yace más allá de nosotros como individuos. De aquello que toca e impregna nuestras vidas en todo momento, que es el material sobre el que se liberan nuestras energías, que no podría existir si no existiéramos, pero que perdura antes y después, y crece y se transforma en formas que no son de nuestra creación, sino de su propio desarrollo definido. Nuestras mentes resisten instintivamente la primera conmoción al reconocer algo tan íntimamente entretejido en nosotros y, sin embargo, tan superior y tan completamente incontrolable por nuestra voluntad. Nos sentimos impulsados a negar su realidad, a negar incluso la validez de tratarlo como una entidad; así como los hombres en general se han resentido durante mucho tiempo y amargamente al admitir la existencia de fuerzas y sistemas puramente automáticos en el ámbito que subyace, sustenta y hace posible la existencia de nuestras personalidades: el ámbito de la naturaleza. El centro de nuestros intereses siempre debe ser personal. Sin embargo, este giro no ha impedido una creciente comprensión de la objetividad; ni impedirá la comprensión de que la objetividad se encuentra en niveles más allá de nosotros en ambas direcciones, en lugar de solo uno. Lo supraorgánico, suprapsíquico o supraindividual que llamamos civilización parece tener una existencia, un orden y una causalidad tan

objetivas y determinables como las de lo subpsíquico o inorgánico. En cualquier caso, ninguna insistencia en los aspectos subjetivos de la personalidad puede refutar esta objetividad ni obstaculizar su reconocimiento definitivo; así como ningún avance en la comprensión objetiva ha obstaculizado jamás la actividad de la personalidad.

Bibliografía

Ben. 1816. *Ben Jonson´s Works*. Edited by C. H Herford. london: Charles Scribner's Sons. https://archive.org/details/in.ernet.dli.2015.93201/page/n11/mode/2up.

Ford, John. 1869[1634]. "Perkin Warbeck." En *The Works of John Ford*, edited by Alexander Dyce and William Gifford, 109–218. London. https://archive.org/details/worksofjohnford02ford/page/n7/mode/2up.

Ford, John. 1906 [1629]. *The Broken Heart: A Play Written*. London: J.M. Dent & co. https://archive.org/details/brokenheartapla00ford-goog/page/n9/mode/2up.

Greene, Robert. 1583. *Mamillia, a Looking Glass for the Ladies of England*. London: Thomas woodcocke. https://archive.org/details/bim_early-english-books-1475-1640_mamillia-a-looking-glas_greene-robert_1583/mode/2up.

Kyd, Thomas. 1901. *Works Of Thomas Kyd*. Edited by Boas Frederick S. Oxford: Clarendon Press.

Lane-Poole, Stanley. 1894. "Growth" y "Decline of the Ottoman Empire" en The Mohammedan Dynasties: Chronological and Genealogical Tables with Historical Introductions. Westminster: Archibald Constable and company. pp. I90, I9I, también "Em*peMogul Emperors*" *en el diagrama frente a la página xx*. https://archive.org/details/mohammedandynast00lane/page/n5/mode/2up.

Lyly, Jhon. 1580. Euphues, the Anatomy of Wit. london: Gabriel Cawood. https://archive.org/details/bim_early-english-books-1475-1640_euphues-the-anatomy-of-_jhon-lyly_1580.

Lyly, John. 1897. "*Campaspe.*" *en Specimens* of the Pre-Shaksperean Drama, 273–325. Boston: Ginn and Company. https://archive.org/details/specimensofpresh00manl/page/272/mode/2up.

Marlowe, Christopher. 1887. *Christopher Marlowe. Edited by* Havelock Ellis. London: Vizetelly & Co. https://archive.org/details/cmarlowe00marliala/page/n7/mode/2up.;

Massinger, Philip, and John Ford. 1840. *The Dramatic Works of Massinger and Ford*. Edited by Thomas Campbell. London: Edward Moxon. https://archive.org/details/dramaticworksma05colegoog/page/n14/mode/2up.; Cierre de los teatros, 1642.

Quetelet, Adolphe. 1848. *Du Systeme Social et Des Lois Qui Le Regissent Par Ad.* Quetelet. Paris: Guillaumin et C., Libraires. https://archive.org/details/bub_gb_KS6nFhLCVIgC/page/n5/mode/2up..

Still, John. 1906. *Gammer Gurton's Needle*. London: Gibbings & co. for the Early English Drama Society. https://archive.org/details/gammergurtonsnee00stil/page/n5/mode/2up.; Lyly, escribió entre 1580-93.

Udall, Nicholas. 1566. *Ralph Roister Doister*. Boston: Houghton Mifflin Company. https://archive.org/details/ralphroisterdois00udaliala/page/n1/mode/2up.d=wNjBnQEACAAJ.

Webster, Jhon. 1894. *White Devil And The Duchess Of Malfy*. Edited by Martin W. Sampson. D. C. Heath & Co. https://archive.org/details/in.ernet.dli.2015.213519/mode/2up.

Webster, John. 1995. "The Devil's Law Case." En *The Works of John Webster*. Cambridge: Cambridge University Press. https://archive.org/details/worksjohnwebste02dycegoog/page/n8/mode/2up.

Wissler, Clark. 1916. "The Application of Statistical Methods to the Data on the Trenton Argillite Culture." *American Anthropologist* 18 (2):

190–97. https://archive.org/details/americananthr18ameruoft/page/190/mode/2up?q=wissler.

Simbolismo decorativo de los arapaho

Decorative symbolism of the arapaho

Los arapaho, una tribu de indígenas de las llanuras perteneciente a la etnia algonquina, practican una forma de arte muy similar en materiales, técnica y apariencia a la de las demás tribus de las llanuras, de las cuales los sioux son los más conocidos. Este arte es, en apariencia, casi irreal, carente de pictórica y puramente decorativo. En su mayor parte, consiste actualmente en bordados con cuentas, que casi han sustituido al antiguo estilo de bordado con púas de puercoespín, fibras vegetales y, quizás, cuentas de manufactura aborigen. Otros productos de este arte son objetos de piel o cuero pintados con diseños geométricos. En general, el carácter decorativo y geométrico del arte arapaho es muy marcado. Casi todas las líneas son rectas. Las figuras del bordado son líneas, bandas, rectángulos, rombos, triángulos isósceles y rectángulos, figuras compuestas por combinaciones de estos, y círculos. Los diseños pintados sobre cuero se componen de triángulos y rectángulos en diferentes formas y combinaciones.

Al interrogar a los indios se descubre que muchos de estas figuras decorativas tienen un significado. Un triángulo equilátero con la punta hacia abajo puede representar un corazón; con la punta hacia arriba, una montaña. Una figura compuesta por cinco cuadrados o rectángulos en quincunce, con los cuatro exteriores tocando el central en las esquinas, representa una tortuga. Una franja larga cruzada por dos cortas representa una libélula. Una hilera de cuadrados pequeños a intervalos representa huellas. Las cruces y los rombos a menudo significan estrellas. Todo esto se encuentra en la artesanía con cuentas. En diseños pintados, un triángulo isósceles plano suele representar una colina; un triángulo isósceles agudo, una tienda de campaña. Muchos otros objetos se representan de forma similar.

Una característica ornamental es la duplicación simétrica de la mayoría de los diseños. Bolsos, carteras, pieles, mocasines, estuches y otros objetos se ornamentan al ser tratados como un campo decorativo dentro del cual los diseños se duplican simétricamente, o incluso se repiten con mayor frecuencia. Así, un mocasín, si está decorado con el símbolo de una montaña en la parte exterior del tacón, también tiene el mismo símbolo en la parte interior opuesta. Otra característica puramente ornamental de este arte es la repetición de una sola figura para formar un patrón. Una raya es a menudo la representación de un camino. Este símbolo a veces se usa solo; a veces aparece doble, debido a la tendencia a la simetría que acabamos de mencionar; y a veces se encuentra en un patrón que podría describirse como un patrón de cuadros[1] multicolor y extendido (es decir, rectangular, no cuadrado), en el que cada rectángulo o raya corta, sea cual sea su color, sigue representando un camino.

Este marcado carácter decorativo del arte arapaho, sin embargo, se acompaña de una tendencia realista de tal desarrollo que, a primera vista, una persona civilizada no sospecharía. Varias figuras con significados relacionados pueden colocarse sobre un mismo objeto, creando así algo que se asemeja a una pintura con composición. Cuando se combinan

1 Traducido de "*checker-board*"

hasta diez o doce símbolos relacionados entre sí, casi se puede contar una historia. De esta manera, los bordados rígidos de un mocasín o las pinturas geométricas de un bolso pueden representar la caza del búfalo, la adquisición de poderes sobrenaturales por parte de un chamán, un paisaje o un mapa, un sueño, experiencias personales o un mito.

El arte arapaho es, pues, al mismo tiempo imitativo o significativo y decorativo. ¿Se puede determinar el origen de este arte?

Dado que el arte arapaho consiste en la íntima fusión del simbolismo y la decoración, existen dos teorías sobre su origen. Cualquiera de sus dos elementos puede ser el original. Los indígenas pudieron haber comenzado con el realismo, dibujando o trabajando formas realistas en su arte; sin embargo, posteriormente, los obstáculos inherentes al material se impusieron, o surgió la tendencia bien establecida hacia la simetría y la repetición en un patrón, o quizás otras causas influyeron, hasta que las primeras representaciones imitativas se redujeron a las decoraciones convencionales que se han descrito. O es posible que los indígenas comenzaran con simples adornos. Quizás incluso estos no fueran originalmente adornos, sino peculiaridades de la construcción de artículos puramente útiles, cuyas peculiaridades técnicas se consideraron posteriormente embellecedoras y se desarrollaron hasta convertirse en puros adornos. En cualquier caso, sea cual sea su origen, las decoraciones pudieron haber existido en el pasado *per se*; posteriormente, algún adorno convencional pudo haber sugerido accidentalmente un objeto natural, tras lo cual se modificó para asemejarse más a este objeto; el mismo proceso ocurrió con otros adornos. Hasta que finalmente se añadió todo un sistema de simbolismo al antiguo sistema de decoración. La primera de estas teorías sostiene que las imágenes originales se convencionalizaron en simbolismo decorativo; la otra, que el ornamento original se expandió hasta convertirse en decoración simbólica. Estas son las explicaciones lógicamente posibles del origen del arte arapaho, ya que reconocemos en él dos factores: el realista-simbólico y el decorativo-técnico.

Veamos si alguna de estas teorías puede considerarse, mediante la evidencia de los hechos, realmente cierta o al menos probable.

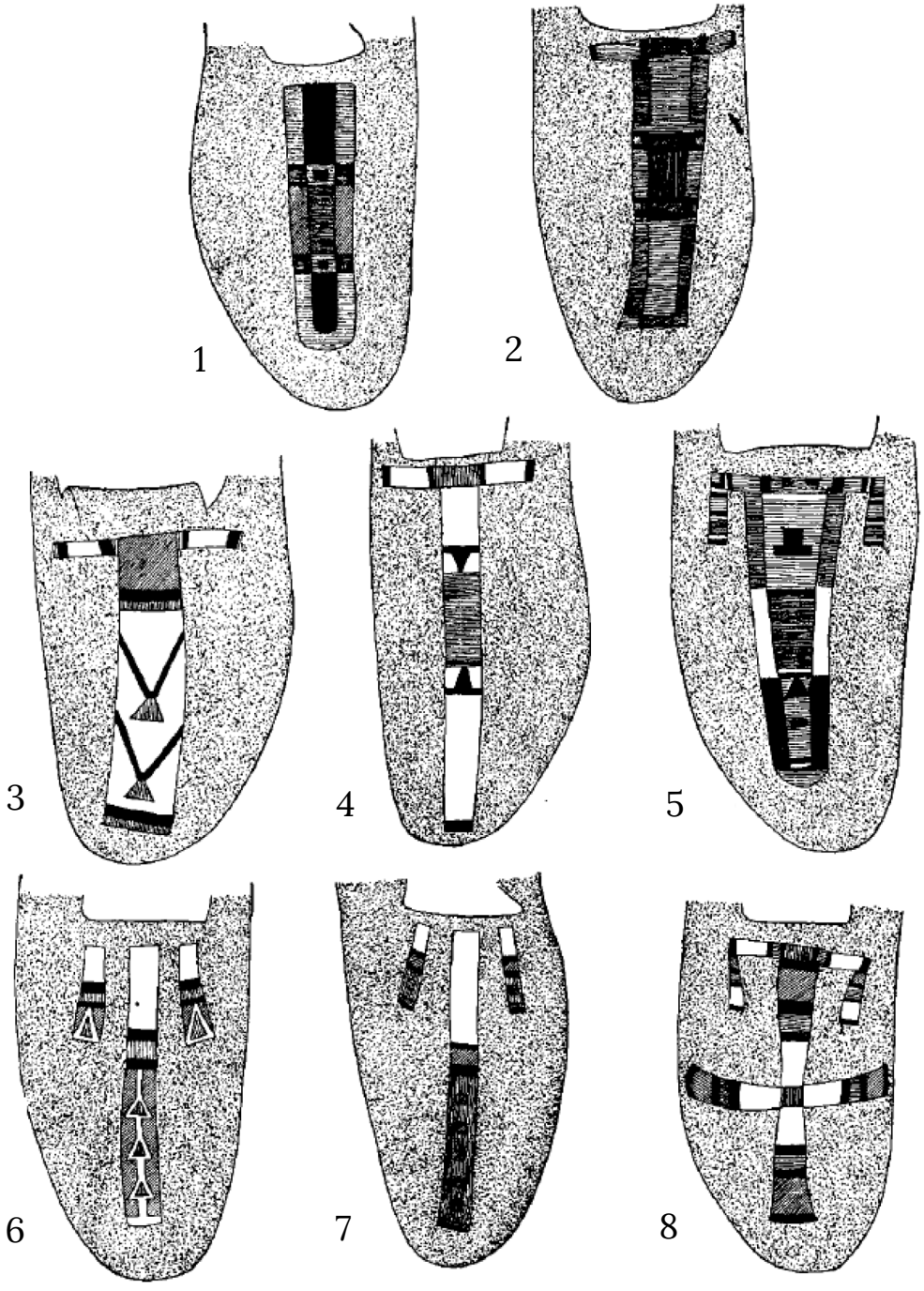


Lámina 1

Ornamentación en mocasines arapaho

Uno de los diseños bordados más frecuentes en los mocasines Arapaho consiste, en su forma más simple, en una franja o banda que va desde el empeine hasta la punta. Este motivo decorativo toma formas variadas, más o menos elaboradas. A continuación se presentan varios mocasines con este tipo de adorno.

Un mocasín[2] (Lámina 1 Figura 1) presenta una simple franja bordada desde el empeine hasta la puntera. Esta franja de cuentas consiste en varias barras o rectángulos alargados de diferentes colores. No se obtuvo información sobre el significado del diseño en este ejemplar.

Otro ejemplar (Lámina 1 Figura 2) tiene una forma similar. Raya de aproximadamente una pulgada de ancho, que va del empeine a la punta, compuesta por barras o pequeñas rayas de seis colores diferentes. La distribución de estos colores no es la misma que en el último ejemplar descrito, pero el patrón y la idea de la disposición de los colores son idénticos. Sin embargo, este mocasín presenta una pieza adicional de bordado: una raya estrecha que cruza el empeine, es decir, transversal a la raya principal y la toca en su extremo superior. La raya grande en su conjunto, las barras más pequeñas por separado y la raya transversal representan senderos del búfalo.

Un tercer ejemplar (Lámina 1 Figura 3) también tiene una franja desde el empeine hasta la punta. Esta es blanca, excepto por una porción rectangular verde en el centro. En los dos extremos de esta parte verde de la franja hay dos marcas azul oscuro (=negras), aproximadamente triangulares. A lo largo del empeine encontramos de nuevo una estrecha franja transversal. Esta representa un arco. La franja longitudinal principal representa un sendero de búfalo. Su porción rectangular verde es un búfalo. Las marcas negras son puntas de flecha clavadas en ella. Pequeñas

2 Los objetos arapaho descritos en este artículo se encuentran en el Museo Americano de Historia Natural. [No se encontraron datos suficientes para actualizar esas referencias. Solamente se conservaron las referencias a las láminas y figuras correspondientes dentro del texto]

proyecciones en estas marcas, que las hacen menos triangulares, representan las púas de las puntas de flecha.

Otro mocasín (Lámina 1 Figura 4) tiene nuevamente la franja longitudinal. Representa un camino, probablemente con la implicación del recorrido por quien porta el mocasín. La mayor parte de esta franja es blanca, pero algunas partes están adornadas con cuentas de azul oscuro (=negro), rojo y azul grisáceo. Estos colores denotan respectivamente noche, día y atmósfera brumosa. En la franja blanca también hay dos símbolos curiosos, que se dice que significan el amanecer o el paso sobre una montaña. En este espécimen también se encuentra una estrecha franja transversal; pero en lugar de ser contigua al final de la franja principal, como en los dos últimos mocasines, está dividida en dos por esta, de modo que solo existe en dos fragmentos, uno a cada lado de la franja grande. Estas dos pequeñas barras representan insectos que se desea que estén fuera del camino, junto a él, en lugar de estar donde el mocasín se desplazará en su trayectoria.

Otro ejemplar (Lámina 1 Figura 5) presenta la franja principal a lo largo del pie ligeramente modificada, estrechándose ligeramente hacia la punta. En cuanto a la disposición de colores, este mocasín se asemeja mucho al segundo descrito. En todos los ejemplares mencionados, excepto en el último, las barras que componen la franja principal están dispuestas en tres grupos. En este mocasín también existe esta triple división de la franja. Además, en la sección central de esta franja hay un rectángulo verde, y en contacto con este una pequeña marca azul oscuro de forma aproximadamente triangular. Estos dos símbolos son muy similares a las representaciones del búfalo y las puntas de flecha en el mocasín descrito anteriormente como símbolo de la caza del búfalo. Lamentablemente, se desconoce si el diseño del presente ejemplar tenía algún significado. Por lo tanto, hasta el momento, este mocasín concuerda estrechamente con los examinados previamente. Se asemeja además a ellos al poseer una estrecha franja transversal de cuentas en el empeine. Pero una característica totalmente nueva se encuentra en dos pequeñas barras que parten

de los extremos de la franja transversal. Son paralelas a la franja longitudinal central principal, pero mucho más pequeñas.

En todos los especímenes anteriores, excepto uno (Lámina 1 Figura 4), la franja grande consta de tres secciones. En el ejemplar excepcional, el tercio o cuarto superior de la franja es de un color de fondo, mientras que el resto es de otro. Esta disposición también se encuentra en otro espécimen (Lámina 1 Figura 6). La porción más pequeña de la franja es blanca, mientras que la más larga es azul con un patrón superpuesto. Se desconoce el significado de ninguna parte de este diseño. Las dos barras pequeñas están presentes, al igual que en el último espécimen, y repiten las marcas de la franja grande de forma simplificada. Sin embargo, falta la franja transversal del empeine.

Otro mocasín tiene su raya dividida en una parte superior corta y una inferior larga de diferentes colores (Lámina 1, Figura 7). Al igual que en el último ejemplar, hay dos pequeñas barras paralelas a la franja central que repiten su diseño, y la franja transversal está ausente. Tanto las rayas como las barras representan huellas de búfalo. En ciertas partes de las rayas hay pequeños cuadrados de color azul claro que representan huellas de búfalo.

El último ejemplar de esta serie (Lámina 1 Figura 8) tiene la franja central principal, la franja transversal en el empeine, y las pequeñas barras que repiten las marcas de la franja grande. Además de estos tres elementos decorativos que se encuentran en ejemplares anteriores, posee un cuarto nuevo. La franja longitudinal central (ligeramente estrecha hacia el centro) está bisecada por un duplicado de sí misma que corre transversalmente. Estas dos franjas forman así una cruz. Esta cruz representa la estrella de la mañana, y la variedad de colores que la adornan denota la variedad de colores que la estrella parece adoptar. La franja transversal en el empeine representa el cielo o el horizonte. Se dice que las dos pequeñas barras representan el centelleo de la estrella al ascender, es decir, sus rayos.[3]

---

3 Se habrá observado que algunos de estos mocasines carecen de simbolismo conocido. Esto se debe simplemente a que fueron coleccionados sin que se inves-

El simbolismo de algunos de estos diseños es complejo. La representación del búfalo en su camino, abatido por las flechas del arco del cazador, es coherente y perfectamente compacta. No sabemos si es una conmemoración de un acontecimiento en particular o la expresión de un deseo de comida abundante, en cualquier caso tiene una función pictográfica. De hecho, es un pictograma, salvo que su forma geométrica lo hace ilegible para cualquiera que no sea su autor. El mocasín estrellado también es un pictograma en un vestido ornamental.[4]

La convencionalidad de la decoración parece haber alcanzado un desarrollo igualmente marcado. Es evidente que la gran franja que va del empeine a la punta es el motivo fundamental de este estilo ornamental. Todos los demás motivos también son franjas, e incluso de estos solo hay dos (la franja transversal y las dos barras cortas), excepto en el mocasín con forma de estrella de la mañana, donde el elemento basal se introduce en una nueva posición como cuarto motivo decorativo.

En resumen, en estos mocasines, la tendencia al simbolismo realista y la tendencia al convencionalismo decorativo se encuentran claramente en equilibrio. Por lo tanto, no podemos afirmar con certeza que alguna de estas tendencias sea la más antigua y original. Si uno concentra su atención en el simbolismo, o si se muestra un mayor interés por él, es muy probable que lo observe con mayor profusión que la decoración, que quede más impresionado por ella, que considere todo el arte actual como un mero simbolismo corrompido o abreviado, y que proponga la teoría del realismo convencionalizado como explicación del origen y desarrollo de estos diseños. Pero si uno piensa más en la decoración como tal, o si su mente se inclina naturalmente hacia lo ornamental y técnico, probablemente se fijará principalmente en este aspecto, considerará los significados de

---

tigara el significado de sus diseños. Por consiguiente, a juzgar por la analogía, es más probable que tengan significado que que carezcan de él.

4 Incluso en pictografías auténticas, libres de limitaciones decorativas y, por lo tanto, dibujadas con la mayor fidelidad realista de la que es capaz el indio, los símbolos del lucero de la mañana, el horizonte y los rayos de luz son los mismos que los de este mocasín: una cruz, una línea horizontal y líneas verticales o inclinadas.

las marcas como añadidos triviales e irrelevantes que pueden ignorarse, y finalmente defenderá la teoría de la decoración expandida. Con un solo sesgo, somos tan plenamente conscientes de la coherencia casi pictográfica del mocasín de caza de búfalo, que creemos que las imágenes de tales temas debieron haber dado lugar a la forma actual. Con el otro sesgo, la convencionalidad del patrón que posee este significado de caza de búfalos es tan impresionante que llegamos a pensar que motivos decorativos de tal persistencia debieron ser el origen de la forma actual. Un primer investigador queda tan impresionado por la enorme diferencia de significado entre los mocasines comunes de rayas de sendero y el mocasín con cruz de estrella de la mañana que no puede creer que tuvieran un origen común; cada uno debe haber surgido de una imagen, que era tan diferente del otro como lo son los objetos representados. Un segundo observador queda tan impresionado por el hecho de que el mocasín estrella de la mañana con cuatro elementos decorativos difiere menos de algunos de los mocasines de sendero de búfalos que muchos de estos con entre uno y tres elementos decorativos difieren entre sí, que piensa que todos estos diseños, por muy variables que sean sus significados superficiales, deben haberse originado en una forma ornamental típica.

Ambas explicaciones son, pues, en el caso de los diseños de mocasines, no solo lógicamente posibles, sino que se creen y se promueven con mucha naturalidad como resultado de ciertas predisposiciones mentales. Pero si intentamos evitar tales inclinaciones mentales y si recordamos cuán fuertemente desarrolladas e íntimamente fusionadas están ambas tendencias, debemos llegar a la conclusión de que, dado que el simbolismo y la decoración se equilibran mutuamente, las teorías del realismo convencional y la ornamentación expandida, aunque lógicamente admisibles, son en realidad insostenibles. Más bien, parece probable, dado que ambas tendencias son vigorosas y están combinadas, que ambas estén bien establecidas, sean antiguas y estén estrechamente unidas desde hace mucho tiempo; de modo que los antiguos diseños de los mocasines Arapaho,

aunque quizás más toscos que los actuales, tenían el mismo carácter general, tanto simbólico como decorativo, que los que conocemos.

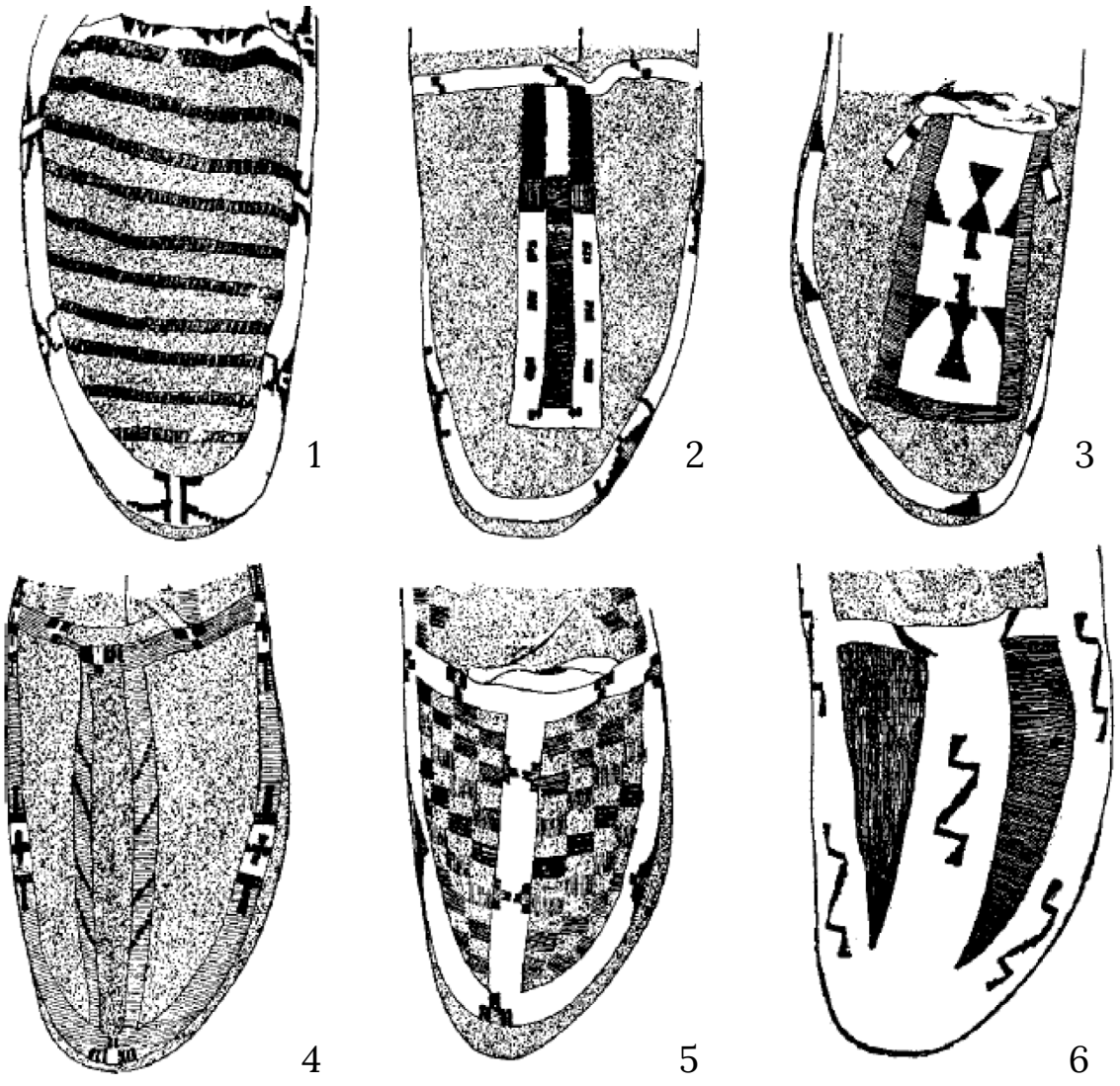


Lámina 2

Ornamentación en mocasines arapaho

Consideremos un segundo estilo de mocasín. Mientras que en los recién mencionados el elemento fundamental del bordado era la raya longitudinal, ahora es un borde que recorre todo el pie justo por encima de la planta. En un ejemplar particular ilustrado (Lámina 2 Figura 1) Además de este borde de cuentas, hay una serie de líneas de pluma que llenan el gran

espacio en la parte delantera del mocasín, pero como se trata de un bordado de un tipo diferente, en cuanto al material y la apariencia, podemos ignorarlo en esta consideración y centrarnos en la ornamentación del borde. Cabe añadir que, además del borde, hay una estrecha franja que cruza el empeine.

En un segundo ejemplar (Lámina 2 Figura 2) se observa, además del borde y la franja transversal, la gran franja longitudinal con la que nos hemos familiarizado. Como ya se mencionó, esta representa los caminos.

Un tercer ejemplar (Lámina 2 Figura 3) conserva el borde, la franja longitudinal grande y las dos barras pequeñas en su extremo superior, pero carece de la franja transversal del empeine. En la franja central hay dos representaciones de aves, pero no se dispone de información sobre el significado del diseño.

Es evidente que en estos dos últimos mocasines hay una combinación del motivo de rayas con el motivo de borde.

En otro ejemplar (Lámina 2 Figura 4), cuyo simbolismo desconocemos; la franja longitudinal se extiende más que antes, hasta llegar al borde. La franja no está bordada con solidez: sus bordes son de abalorios, pero el interior se deja abierto y simplemente pintado de rojo.

En cualquier mocasín de este diseño se deja un espacio libre a cada lado del pie. Esta es la zona delimitada por la franja, el borde y la franja transversal del empeine. Tiene la forma de un triángulo rectángulo puntiagudo cuya hipotenusa, en lugar de ser recta, es convexa. Estas dos zonas triangulares o con forma de cuerno aparece en otro mocasín (Lámina 2 Figura 5). El borde, la franja y la franja transversal son todos blancos. Las dos zonas delimitadas están cubiertas hasta la mitad con un diseño de patrón a cuadros de varios colores, que se dice representa la tripa de búfalo. Este bordado de patrón a cuadros también se extiende alrededor del talón.

Si, ahora, este trabajo de patrón a cuadros semiabierto se sustituyera por cuentas sólidas, tendríamos un mocasín completamente cubierto de cuentas. Estos ejemplares se encuentran en abundancia. En uno (Lámina

2 Figura 6), cuya base es blanca, las dos áreas triangulares juntas representan cuernos de búfalo. El búfalo pisotea el suelo; esto se representa por la coloración de las dos áreas. Una es roja, que denota el suelo o tierra desnuda; la otra es verde, que denota vegetación o tierra cubierta de hierba.

Un mocasín infantil, también de cuentas sólidas[5], tiene, como es habitual, una base blanca. Las dos zonas triangulares son verdes y representan orejas de caballo, símbolo de buena fortuna y riqueza futura. Entre ellas, la franja central, ligeramente modificada, representa un lagarto.

Un último mocasín[6] está forrado con cuentas blancas. Las dos marcas triangulares, con bandas azul oscuro y blanco, representan peces.

En estos últimos casos, de hecho en la mayoría de los mocasines completamente bordados, los elementos decorativos de borde, raya, raya transversal y área triangular aún son visibles en el bordado; aunque a menudo se vuelven idénticos en color y no se distinguen en el diseño, se utilizan técnicamente.

Si seguimos la transición del mocasín con mero ribete al de cuentas sólidas, y observamos que las mismas características técnicas o decorativas persisten en todas las partes de la serie, desde la forma más simple hasta la más desarrollada, la naturaleza ornamental de estas producciones es sorprendente y su origen decorativo parece probable. Si consideramos la representación realista, por ejemplo, del cuerno de búfalo y el bello simbolismo de su colorido, el origen realista de estas decoraciones parece muy difícil de descartar. Por supuesto, no hay razón para apresurarse a ninguna de estas conclusiones. Ninguna de las fases de este arte debe ignorarse, sino reconocer ambas. Es necesario ser consciente tanto de la fuerte tendencia ornamental influenciada por el simbolismo como de la tendencia simbólica modificada por el sistema ornamental.

En lo que respecta a estos mocasines, parece imposible determinar con certeza cómo se originó la decoración simbólica.

---

5 (imagen no encontrada)

6 (imagen no encontrada)

Los parfleches y las bolsas de cuero crudo fabricadas por los arapaho presentan diseños pintados en la parte frontal que cubren la mayor parte de la superficie. La parte trasera o inferior a veces se deja en blanco, o puede tener de seis a diez líneas rectas (o franjas estrechas) pintadas transversalmente (Lámina 3). Estas líneas en la parte inferior suelen representar caminos o ríos. Todos los parfleches están perforados en la parte frontal para permitir su cierre con correas. Sin embargo, en ocasiones, una persona cautelosa enrolla una cuerda varias veces alrededor de su bolsa para atarla con mayor seguridad. En un parfleche visto por la autora, estas líneas transversales estaban pintadas en la parte inferior. La dueña y fabricante declaró que representaban una cuerda que pasaba varias veces por la parte trasera para cerrar la bolsa. Mostró otro parfleche que poseía, que efectivamente estaba atado de esta manera.

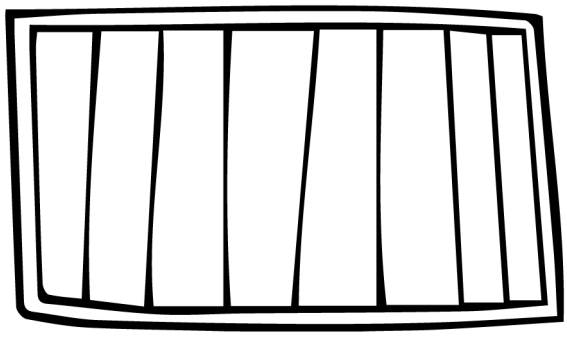


Lámina 3

Marcas en un bolso arapaho.

En este caso, las marcas podrían parecer un ejemplo de la supervivencia, como decoración, de un elemento útil atrofiado: primero se enrollaban cuerdas regularmente alrededor del parfleche para cerrarlo, luego se omitieron, pero se representaron mediante pintura. Esta teoría técnico-ornamental parece, a primera vista, ofrecer la verdadera explicación del origen de estas líneas en el reverso de todas las bolsas de cuero crudo. Sin embargo, tras una breve reflexión, se observa que también es razonable creer lo contrario : podemos afirmar que las líneas se originaron a partir de intentos de representar ríos o caminos, pero que, en

este caso, el fabricante de la bolsa se impresionó por el parecido de las líneas con una cuerda, tal como se usaba ocasionalmente, y luego dio el nuevo significado de cuerda a lo que en realidad eran representaciones convencionalizadas de ríos o caminos.

Así pues, aquí tenemos de nuevo dos explicaciones (quizás haya más) plausibles, si bien ninguna puede probarse de forma concluyente. En cuanto trascendemos la descripción de las circunstancias existentes y nos adentramos en la investigación del origen, entramos en el terreno de la incertidumbre, de las dudas irrefutables.

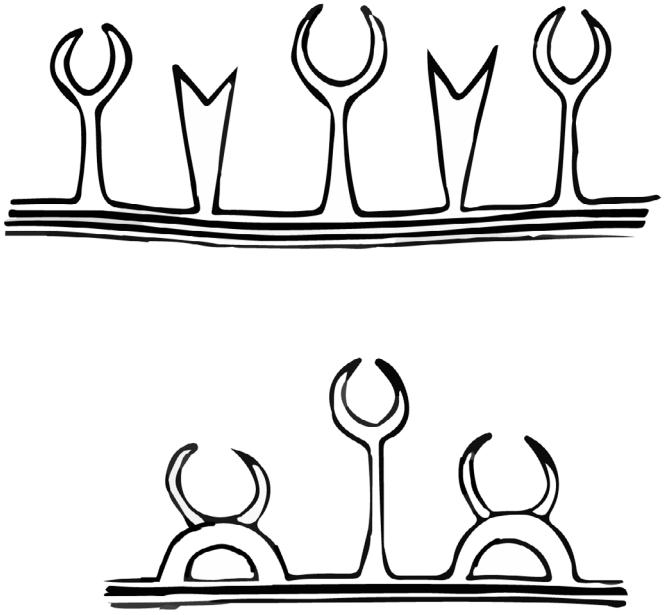


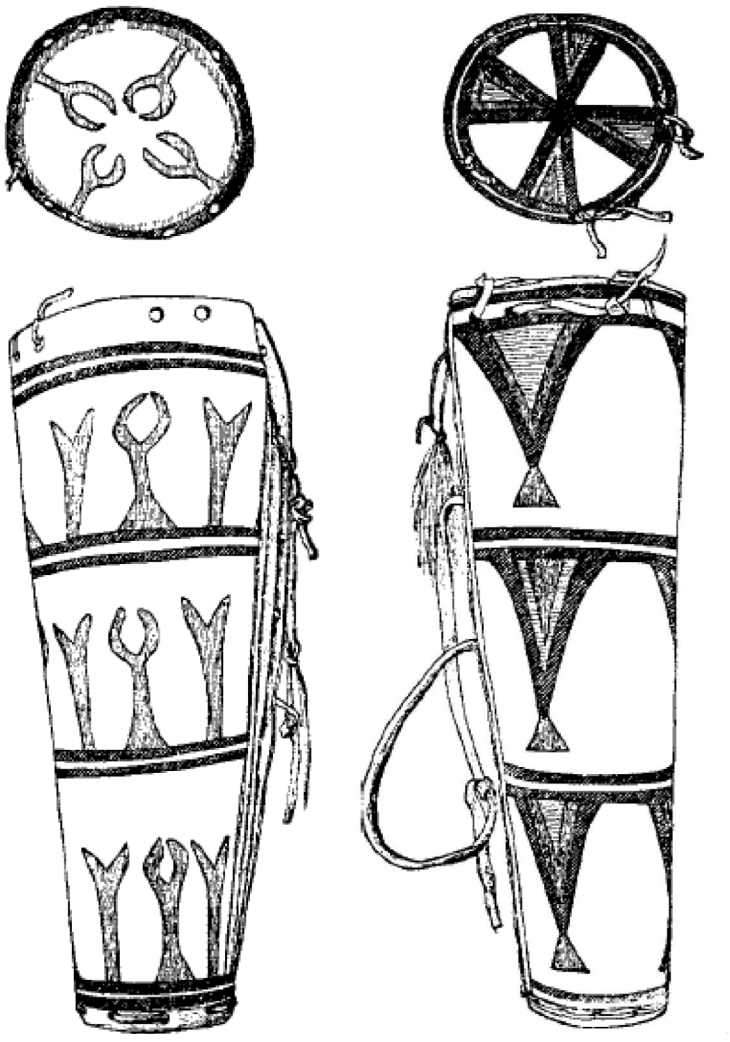
Lámina 4

Diseño de botiquin Arapaho.

Un peculiar botiquín arapaho muestra un simbolismo inusual. El diseño pintado en él se muestra, extendido, en la Lámina 4. La ornamentación, menos geométrica que en la mayoría de las pinturas, representa la adquisición de poderes sobrenaturales. Abajo, a la derecha, se encuentra el baño de vapor donde el dueño y fabricante del botiquín acudía antes de comenzar su ayuno para adquirir poderes sobrenaturales. Este adorno también representa un pequeño montículo frente al baño de vapor, sobre el cual yace un cráneo de búfalo. El adorno en forma de cola de pez, justo

encima, es la montaña en la que el hombre ayunó y, por lo tanto, también se representa a sí mismo. A la derecha, el diseño en forma de media luna es «el supervisor» (el sol), también llamado «el que ilumina». El pedestal o tallo de esta figura representa la "información"(Poder sobrenatural) que fluye desde este ser hacia la tierra (la línea horizontal). En el extremo izquierdo, el mismo diseño lo representa a él mismo tras adquirir información y poder; y a la derecha, el adorno de cola de pez representa ahora este mismo botiquín. Pero el botiquín está hecho de piel de búfalo, y su poder sobrenatural consistía principalmente en controlar al búfalo; por lo tanto, este mismo símbolo también representa al búfalo. Abajo, a la izquierda, se encuentra el baño de sudor donde entraba después de su ayuno

Tenemos aquí un ejemplo de simbolismo altamente desarrollado. Podría parecer que, al contarse una historia tan larga y transmitir tanta información abstracta, el diseño ideográfico debe haber surgido directamente del intento del artista de expresar su significado, es decir, que el diseño es de origen casi realista. Pero existe otro botiquín (Lámina 5 Figura 1) con ornamentación similar (sobre cuyo significado, lamentablemente, desconocemos). El parecido entre ambos diseños es considerable. Uno consiste en una disposición alternada de dos símbolos, ambos bifurcados, el otro de una disposición alternada de estos dos símbolos con un tercero, el semicírculo, añadido. Algunos arapaho afirman que este estilo de estuche fue utilizado por un poderoso curandero y sus seguidores o eruditos; pero no se sabe con certeza si este hombre inventó el diseño o utilizó uno ya existente. Es incluso dudoso que el simbolismo fuera originario de este hombre o si fuera similar a una corriente simbólica anterior. La ornamentación más común en los estuches de medicina arapaho es un patrón de tiendas de campaña (Lámina 5 Figura 2) o una combinación de triángulos y rombos similar a la pintada en los parfleches.



1 2

Lámina 5

Botiquines arapaho

Así que aquí también hay simbolismo pictográfico fusionado con una decoración más o menos convencional, y es imposible decir si el simbolismo o la decoración es lo más antiguo y original.

Las pequeñas bolsas de pintura —bolsas de piel de ante para guardar pintura corporal— son de uso común entre los arapaho. Algunas representan la mitad de una alforja con flecos de doble extremo. El resto representa pequeños animales, como el castor, el lagarto, la rata, el pez, el mejillón,

el sapo cornudo y la rana. La abertura representa la boca del animal, dos cuerdas que sirven para cerrar la abertura son sus patas delanteras, una solapa suelta en el extremo puede ser la cola, la bolsa misma representa el cuerpo, y otras partes se indican, según sea necesario, mediante cuentas, cuerdas o adornos. El parecido con el animal representado suele ser detallado, pero nunca preciso, siendo ideográfico más que visual, en consonancia con todo el simbolismo de este arte. Generalmente es imposible reconocer a qué especie de animal se refiere, y solo el artesano lo sabe.

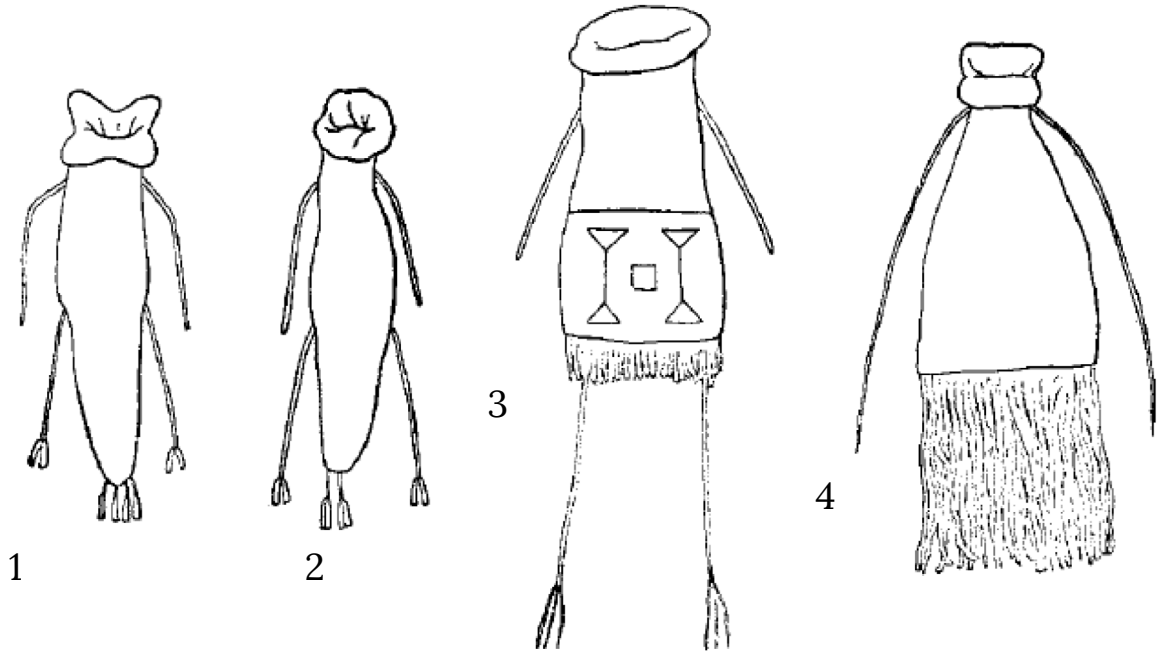


Lámina 6

Bolsas arapaho pintadas

Una bolsa representa tanto a un castor como a un pez (Lámina 6 Figura 1), según la información proporcionada por su propietario. Cuando se considera un castor, ambos pares de cuerdas son patas, y las vieiras o muescas en la abertura son los dientes prominentes. Un diseño de cuentas en la bolsa, que representa un arroyo con una presa y chozas de castor, también alude a esta significación. Cuando se representa un pez, el par superior de cuerdas son los barbillas, el inferior, las aletas pectorales.

La significación del pez se refuerza con una línea tosca de cuentas en el borde de la bolsa, que se interpretan como escamas de pez.

Una bolsa muy similar representa un lagarto (Lámina 6 Figura 2). La boca, el cuerpo, las patas y la cola se representan de forma convencional mediante una abertura, una bolsa, cuerdas y una solapa.

Una bolsa sin la solapa larga representa una rana (Lámina 6 Figura 3). Dos largas cuerdas indican las patas traseras de la rana. Un fleco en la parte inferior representa la hierba sobre la que está sentada. Un diseño de cuentas en esta bolsa denota las articulaciones de los hombros y la cadera de la rana y la comida en su estómago.

Otra bolsa (Lámina 6 Figura 4) difiere de esta en su forma únicamente por la ausencia de las dos cuerdas más largas. Representa la mitad de una alforja.

La tendencia realista que se manifiesta en el simbolismo animal de estas bolsas es innegable. Una tendencia convencional, formal y decorativa se evidencia en la estrecha similitud entre la bolsa de rana y la bolsa de alforja, y entre la bolsa de castor y la bolsa de lagarto. Ambas tendencias se manifiestan en la bolsa con su curioso doble significado.

Algunos arapahos afirman que en el origen del mundo, cuando los primeros hombres, sus antepasados, obtuvieron pintura, solo contaban con pieles de animales pequeños para fabricar bolsas de pintura, y que este es el origen del simbolismo animal de las bolsas de pintura actuales.

Es necesario no dejarse engañar por la creencia de que este origen y desarrollo se basa en la autoridad de los indígenas. Su autoridad en este punto carece de valor. Creen que los primeros hombres obtuvieron bolsas de pintura hace cuatrocientos años, justo después de la formación del mundo por un ser mítico solitario que flotaba en el agua, y después de que un torbellino femenino agrandara la diminuta tierra al girar a su alrededor. Como todos los salvajes americanos, carecen casi por completo de sentido o conocimiento histórico. En ocasiones, un acontecimiento impactante puede recordarse de forma distorsionada durante uno o dos siglos, pero en general, lo que se conserva del suceso real en sus relatos está

inextricablemente mezclado con elementos míticos y sobrenaturales. No tenemos derecho a rechazar la mayor parte de su mito de la creación como algo tan absurdamente imposible que a nadie se le ocurriría aceptarlo como cierto y, al mismo tiempo, seleccionar aquí y allá un punto que esté dentro de los límites de lo posible y proclamarlo como histórico y fiable. Los elementos míticos e históricos de las leyendas primitivas no se mezclan simplemente para poder distinguirlos y separarlos, sino que son igualmente maravillosos y verdaderos para el salvaje. Ningún mito puede interpretarse en la historia simplemente eliminando sus partes sobrenaturales: debe rechazarse en su totalidad. Aunque pueda basarse en la realidad, y esto a menudo debe ser así, es completamente un mito. En derecho, en las ciencias exactas y dondequiera que se juzgue la evidencia, un relato que es en gran parte manifiestamente absurdo o palpablemente imposible no se acepta como verdadero una vez eliminadas las imposibilidades, sino que se descarta en su totalidad. Del mismo modo, es necesario no dar importancia a la afirmación de los arapaho sobre el origen de estas bolsas de pintura.

Hemos considerado diversas formas de arte Arapaho: diversos objetos, estilos, materiales y técnicas. En todos los casos, hemos encontrado un simbolismo bien desarrollado y una decoración convencional. El simbolismo y la decoración no coexisten, sino que coexisten. Ha sido fácil elaborar explicaciones plausibles sobre el origen de este arte. Pero en cuanto nos abrimos a reconocer todas las posibilidades, vemos que dichas teorías surgen de nuestras opiniones y métodos de interpretación, y no se sustentan en hechos. Por lo tanto, podemos describir el arte Arapaho, caracterizarlo y distinguir sus diversas tendencias coexistentes. Incluso podemos, hasta cierto punto, conectar con el espíritu de quienes lo practican y comprender (es decir, sentir) sus procesos mentales. No podemos, en justicia, afirmar conocer la causa o el origen de este arte, ni podemos esperar determinar su causa y origen mediante el estudio de sus productos.

En el arte de otras razas primitivas, las condiciones se asemejan mucho a las que acabamos de mencionar. El arte está por doquier convenciona-

lizado, bajo la influencia de un estilo definido. Prácticamente en todas partes también es decorativo. Esto es evidentemente cierto en artes tan elevadas como las de Japón y China. También lo es en la escultura griega y la pintura renacentista: si bien en nuestra civilización moderna solemos considerar los productos de estas artes con desapego y disfrutarlos como si fueran completos en sí mismos, todos sabemos que la intención decorativa siempre acompañó la concepción y ejecución de las obras maestras clásicas e italianas. Incluso un arte tan realista como el impresionismo moderno es incapaz de liberarse totalmente del reproche de ser ornamental; pues sea cual sea el propósito del artista, el propietario de tal cuadro casi con seguridad lo ha adquirido con el propósito, al menos ostensible, de decorar una pared vacía. En las civilizaciones primitivas, la combinación de tendencias imitativas y decorativas es, por supuesto, mucho mayor. Con muy pocas excepciones, como en algunas tribus esquimales, el impulso realista y representativo se ve profundamente influenciado por el estilo convencional; y en todos los casos, este estilo convencional es decorativo. En consecuencia, la mayor parte de la decoración primitiva, por geométrica o simple que sea, tiene significado y, por lo tanto, es visual o ideográficamente realista. Este hecho no se ha conocido hasta hace poco, ya que hasta entonces rara vez se interrogaba a fondo a los salvajes.[7] En consecuencia, la característica principal del arte arapaho, su fusión (que es más bien una indiferenciación) de las tendencias realistas y decorativas, es también característica de todo el arte primitivo.

En Brasil conocemos tribus cuyos diseños pintados e incisos, extremadamente simples y geométricos, y generalmente en patrones, son significativos. Los diamantes con esquinas ligeramente rellenas representan peces romboidales; un patrón de triángulos isósceles planos, erguidos,

---

7 La apenas sospechada inherencia del significado realista en el ornamento primitivo ha sido demostrada independientemente en California, Columbia Británica, América Central, Brasil, el valle del Mississippi, Siberia, Indochina, Borneo, Nueva Guinea, Australia y Polinesia, en artes tan diversas como la cerámica, el tejido, la talla, la cestería, el dibujo y la pintura.

representa murciélagos colgantes, y así sucesivamente. También existen otras representaciones de los mismos animales, ligeramente más realistas. Las mismas tribus utilizan vasijas ovaladas con media docena de proyecciones de diversas formas en el borde. Toda la vasija representa un animal, cuyas proyecciones están modeladas toscamente como cabeza, cola y extremidades. Aves, murciélagos, mamíferos, reptiles e invertebrados se representan con modificaciones muy sutiles. Una persona civilizada, ajena a la visión y el pensamiento de los aborígenes brasileños, podría confundir fácilmente una vasija para pájaros con una para mamíferos, y así sucesivamente.

En Australia Central, las zumbadoras y otros objetos se decoran con líneas incisas. Estas consisten en círculos concéntricos, bandas de líneas paralelas, arcos o curvas concéntricos y filas de puntos o pequeñas marcas. La ornamentación no es simétrica, ni siquiera regular; parece aleatoria y tosca. Sin embargo, en general, estas zumbadoras decoradas se parecen mucho entre sí. Se ha descubierto que todos los diseños son ideográficos, aunque el rango total de significados aparentemente no es muy amplio. Marcas similares en diferentes objetos pueden significar cosas tan distintas como árboles, ranas, huevos o intestinos. Es interesante observar que, si bien este arte es notablemente tosco e informe, tanto como ornamentación regular como en un intento de representar objetos con precisión, contiene un sistema de expresión realista, así como un sistema de decoración, ambos convencionalizados, o mejor dicho, cuya unión es una convención.

El notable arte de la costa del Pacífico Norte de América es, sin duda, una de las más estilísticas y convencionales del mundo, con un carácter realista lo suficientemente marcado como para que nadie dude de su presencia. Su tendencia decorativa es tan fuerte que, en obediencia a sus exigencias, un animal que se representa puede cortarse en partes que luego se disponen según los requisitos de la decoración y no como son en la naturaleza. El pecho de un animal puede colocarse sobre su cabeza y la cola debajo; se representarán dos lados opuestos de un animal, que

por supuesto son invisibles al mismo tiempo, para satisfacer la fuerte demanda de simetría. El principal motivo decorativo de todo este arte es una figura oblonga con esquinas redondeadas y lados ligeramente convexos, siendo el borde superior largo generalmente el que más se curva. Casi todo lo representado adopta esta forma o alguna modificación de ella. Cabezas, ojos, bocas, orejas, articulaciones, colas y aletas suelen tener esta forma; todo el campo decorativo en sí mismo a menudo es el mismo. Y en tales casos, las porciones restantes ocupadas por partes no enumeradas, como la espalda, el vientre y las alas, tienen casi necesariamente la misma forma. Ojos y rostros aparecen por doquier —en representaciones de articulaciones, del pecho, de aletas dorsales, de manos, en espacios vacíos— y su forma suele ser la ornamental descrita. Sin embargo, con esta notablemente fuerte tendencia decorativa que impregna e influye profundamente en cada representación, todos los ejemplos de arte decorativo de esta región son reconociblemente realistas en su intención y, a menudo, en su ejecución. No hay ningún ornamento geométrico que pueda considerarse carente de significado. En resumen, en la costa norte del Pacífico americano toda decoración es realista y todo realismo es decorativo.

Por supuesto, es imposible demostrar con ejemplos seleccionados como estos que todo el arte primitivo consiste en la combinación del realismo representativo y el convencionalismo ornamental. Pero que tal es el hecho, que esta indiferenciación continúa a menudo en una civilización superior, debe ser obvio para cualquiera familiarizado con el arte primitivo. Esta fusión de dos tendencias diferentes no es simplemente un fenómeno frecuente o ampliamente distribuido, como lo son muchos fenómenos étnicos específicos, como la circuncisión, la succión o la angularidad de la ornamentación, sino que esta fusión es una regla prácticamente sin excepciones. Es universal porque es necesaria. Tanto la tendencia representativa como la decorativa están profundamente arraigadas en la mente humana, por lo que debe ser prácticamente imposible suprimirlas durante un período prolongado o en un número considerable

de personas. A veces, de hecho, como en la civilización europea, las dos tendencias se vuelven más separadas: nuestros papeles pintados son principalmente ornamentales, nuestras pinturas al óleo principalmente realistas. Pero un vistazo a las razas pasadas y presentes del mundo muestra que esta condición es excepcional, al igual que una civilización tan extrema como la nuestra lo es. Cuanto más primitivo sea un pueblo, podríamos decir, más íntimamente fusionadas estarán estas dos tendencias en su arte. Sin embargo, como no existe una escala absoluta ni fija de primitivismo y civilización, esta regla no puede aplicarse a casos especiales, sino que simplemente tiende a ser cierta. Otras tendencias también se combinan con estas dos en una sociedad bastante temprana y rudimentaria. El simbolismo del arapaho es tan ideográfico como realista, y constituye tanto un método primitivo de escritura como de representación artística. Las bramadoras australianas a las que se hace referencia son, además de otras cosas, mapas o cartas muy primitivos; por lo tanto, son producto de tendencias o actividades diagramáticas, gráficas, visualmente artísticas y decorativas aún indiferenciadas, todo ello además de sus funciones religiosas aún más marcadas. Por supuesto, es posible que una raza desarrolle excesivamente una de varias tendencias relacionadas a expensas de otras. Hasta cierto punto, esto ocurre en todas las razas, y es lo que las diferencia. Pero toda cultura debe contener entre sus fuerzas motrices, en mayor o menor medida, cada tendencia, porque estas se encuentran en la mente humana y, por lo tanto, son inerradicables. Estas múltiples tendencias están, en general, menos diferenciadas en las condiciones sociales más primitivas. Por lo tanto, todo arte, y en especial el primitivo, contiene la combinación, al menos, de tendencias representativas y decorativas, y quizás de otras[8].

8 La diferenciación aquí y anteriormente se habló de él como acompañante o constituyente evolución en La civilización es a la vez demasiado importante y un asunto universal a ser probado aquí en algunos incidental palabras, y también obvio exigir él. A llamativo ejemplo de este diferenciación es encontró en el mitología de nuestro más primitivo antepasados, en lugar de cual, y más o menos desarrollado de cual, nosotros tener productos como diferente como romántico novelas, fundamental

El método invariable para explicar el origen de un arte ha sido seleccionar aquella de sus tendencias que fuera la más marcada o que así le pareciera al investigador, imaginar los productos de esta tendencia en su forma más aislada y pura, y declararlos el estado original del arte. Un observador se sorprende al ver que en cierto arte primitivo muchos rasgos ornamentales coinciden con los técnicos presentes por razones prácticas. Concluye que la tendencia técnico-práctica que ha descubierto en la decoración es el impulso original y puro que originó el arte. O puede percatarse, mediante la investigación o el estudio, de que la ornamentación geométrica en un arte tiene un significado realista. El realismo le impresiona; es cierto que ahora está modificado y corrompido, pero eso solo prueba que originalmente era puro. Por lo tanto, este arte comenzó con pinturas representativas. Este ha sido el único método de explicación, por mucho que difieran los resultados reales en diferentes casos. Ningún otro método para determinar o explicar el origen de un arte primitivo cuya historia desconocemos es siquiera posible.

---

científico teorías, y el doctrinario creencias de nuestras religiones. Sin embargo, no hay intención de insinuar aquí por diferenciación a continuo separación. Donde en a salvaje tribu cada hombre, aunque en un poco diverso grado, es cazador, guerrero, partícipe en gobierno, chamán, artista, y creador de mitos, a más alto nación tiene es separado políticos, soldados, productores de alimentos, médicos, poetas, y entonces en; pero aunque el tendencias tener en este transición diferenciado, y tener lejos más que antes convertirse especializado en individuos, todavía ellos existir solo en el cultura como a entero : en este, el solo verdadero unidad, i. mi., el solo orgánico entidad, ellos son todo conjunto, Para instancia, nuestro presente ciencia podría no tener surgido ni podría él existir sin moderno industrialismo, y esto es igualmente dependiente de la ciencia. Nuestro literatura es absolutamente y íntimamente entretejidos con nuestro social condiciones, no entonces mucho en eso poetas y novelistas describir realmente estos, pero en eso el emociones y ideas cual forma el contenido de su La escritura es la típica emociones y las ideas que acompañan nuestras circunstancias sociales. En pro porción con la diferenciación de tendencias en la evolución continúa su combinación y recombinación. Muy análogamente, a mamífero es lejos más muy diferenciado que un medusa, pero ninguno el menos son es varios órganos interdependiente y sí mismo a unidad orgánica distinta.

Este método tiene el defecto fundamental de presuponer que las tendencias existieron de forma más pura y separada en algún momento anterior que en la actualidad. En realidad, en todos los casos debieron haber sido en el pasado cercano muy similares a la actualidad, y en el pasado remoto más mezcladas o mutuamente indiferenciadas. Así, hemos visto que el arte arapaho debió haber sido hace algún tiempo muy similar a la actualidad. Lo que era aún antes lo conocemos con mayor incertidumbre, pero no cabe duda de que su espíritu debió ser similar. Es posible que se representaran diferentes objetos, se emplearan otros motivos ornamentales en otros materiales, pero incluso entonces existía la combinación de simbolismo ideográfico con una decoración tosca y pesada. A medida que retrocedemos en el tiempo, podemos estar seguros de que los detalles del arte eran cada vez más diferentes de los de su estado actual. Quizás una de sus tendencias componentes era relativamente más fuerte, luego otra. Pero sean cuales sean estas ligeras fluctuaciones temporales, es cierto que si nos remontamos lo suficiente, llegaremos a una etapa en la que las tendencias estaban aún más numerosas y más estrechamente combinadas que ahora. Pero si uno cree que el arte arapaho puede explicarse, por ejemplo, mediante la teoría del realismo convencionalizado, siendo el realismo original y la convencionalización subsiguiente, sostiene la opinión de que en algún momento pasado este arte arapaho consistió en representaciones pictóricas. Esta opinión es lógicamente posible, pero en realidad es absurda. Este arte no podría haber tenido un desarrollo tan idealmente simple como para que aún pudiéramos rastrear su condición original, si fuera muy antiguo. Pero si, por lo tanto, fue comparativamente reciente en su origen, hasta cierto momento no debió haber existido arte entre los arapaho, mientras que en ese momento surgió plenamente, no como algo tosco e indiferenciado, sino como un arte pictórico altamente especializado. Tal evento sería extremadamente notable, por no decir maravilloso, y necesitaría más explicación que el fenómeno que explicaba. Al aislar cualquier tendencia que encontremos en cualquier arte, llegamos a imaginar una

condición puramente ideal que no sólo no podría haber sido el estado original del arte, sino que probablemente es incluso más diferente de su estado original que de su estado actual conocido.

En resumen, es imposible determinar el origen de cualquier arte cuya historia no conozcamos.

Consideremos brevemente el campo de la mitología. Han existido numerosas explicaciones de los mitos y diversas teorías sobre el origen de toda la mitología. Las principales teorías son las siguientes.

Lo que podría llamarse teoría física o científica explica los mitos al convertirlos en el resultado del deseo de explicar los fenómenos naturales. Se supone que las formas o colores de los animales, el movimiento del sol y la luna, la existencia de las estrellas, las extrañas formaciones geológicas, tales fenómenos despertaron tanto la admiración del hombre primitivo que este creó mitos para explicarlos.

La teoría de la personificación supone que las deidades y otros personajes míticos, junto con sus acciones —en una palabra, la mitología—, son personificaciones de fenómenos naturales. Se dice que Phœbus, Indra y Agni se originaron a partir de personificaciones del sol, el cielo y el fuego. Las teorías del mito solar y otras de tipo análogo pertenecen a este grupo.

La teoría animista afirma que originalmente existía la creencia en el alma, de la cual surgieron los diversos sistemas de espíritus y deidades. Cree que los mitos se originaron en un estado de la mente humana en el que todos los objetos parecían estar igualmente dotados de personalidad humana.

Estas tres teorías son, en el fondo, lo mismo.

La llamada teoría alegórica o ética supone que los mitos son invenciones alegóricas con un significado moral. Se cree que las historias milagrosas de dioses, hombres y animales se compusieron para enseñar, mediante la ilustración, preceptos éticos. Esta perspectiva no goza de tanta popularidad ahora como antes.

La teoría histórica convierte los mitos en la distorsión de los hechos reales. Un poderoso rey de Creta dio origen al personaje mítico de Zeus.

La teoría etimológica considera la mitología una enfermedad del lenguaje. Las metáforas malinterpretadas o las etimologías falsas dieron origen a los mitos. Por ejemplo, se cree que Zeus se llamaba originalmente Cronos, con el significado de "existiendo a través de todos los tiempos". Posteriormente, este epíteto se malinterpretó como hijo de Cronos, lo que dio origen a la concepción de un dios llamado Cronos.[9]

Como explicación, todas estas teorías son falsas. Pero las diez debilidades que reconocen existen.

Sin duda, existe una tendencia a explicar los fenómenos naturales mediante mitos. Los indígenas de la Columbia Británica cuentan esta historia: el oso y la ardilla discutían sobre si debía haber oscuridad o luz. La ardilla triunfó y, por primera vez, se convirtió en luz. El oso, furioso, atacó a la ardilla y la persiguió. La ardilla escapó desgarrándose de las garras del oso. De ahí, quedó destrozada por el lomo. Esta pequeña historia, sea cual sea su origen, refleja claramente la tendencia a mitificar fenómenos naturales como el día y la noche y las marcas de color de los animales. Cientos de mitos similares relacionados con las manchas lunares, la negrura del cuervo, una piedra peculiar o un hecho similar se conocen en todo el mundo.

También existe una tendencia a identificar personajes míticos con elementos de la naturaleza; por ejemplo, Thor con el trueno. Y la tendencia hacia el animismo está tan extendida y arraigada que se reconocerá sin necesidad de un ejemplo.

También debe admitirse que existe cierta tendencia ética en las mitologías. Entre las razas primitivas, el ceremonial y el ritual sustituyen en parte nuestra moralidad posterior. Y con mucha frecuencia los mitos tratan sobre ceremonias. Los indígenas americanos, los judíos, los australianos y los griegos tienen mitos similares.

La existencia de una tendencia histórica en los mitos queda demostrada por la introducción de Atila en la saga Sigurd.

---

9 Esto no agota necesariamente el número de teorías

La tendencia etimológica, finalmente, se revela en el siguiente extracto de un mito dakota:

> Una pareja de ancianos adoptó a un niño expósito. Al crecer, tuvo tanto éxito cazando búfalos que enriqueció a sus padres con carne seca.
> Entonces el anciano dijo: "Anciana, me alegro de que estemos bien. Lo anunciaré".
> Y así, al amanecer, subió al tejado de la casa, se sentó y dijo: "Tengo abundancia guardada. Mastico la grasa de las entrañas (*tashiyaka*)". Y dicen que ese fue el origen de la alondra común (*tashiyakapopo*). Tiene el pecho amarillo y el centro negro, que es el amarillo de la mañana, y dicen que la franja negra la forma un cuerno de búfalo liso que se usaba como collar[10]

A partir de este punto, el mito narra las aventuras del niño.

Está claro, pues, que para cada una de estas teorías existe realmente una tendencia en el hombre primitivo que influye en sus mitos.

Esta multiplicidad de tendencias o fuerzas causales refuta necesariamente cualquier explicación que utilice y admita solo una de ellas. Así han sido todas las explicaciones de los mitos. Así deben ser, pues cuando se admite más de una tendencia o causa, podemos tener varias sugerencias tentativas, pero ya no una explicación positiva. El caso es análogo al del arte y no requiere una reformulación detallada. En resumen, puede decirse que todas las explicaciones de los mitos consisten en ignorar todas las tendencias eternas e indestructibles del hombre, con la excepción de una que se aísla y se eleva como la única causa del mito. Es obvio que tales explicaciones, por claras e impresionantes que sean, no pueden ser verdaderas.

Por lo tanto, llegamos a la conclusión de que toda búsqueda de orígenes en la antropología solo puede conducir a resultados falsos. Las tenden-

---

10 Riggs, Stephen Return. 1893. *Dakota Grammar, Texts, and Ethnography*. Edited by James Owe Dorsey. Washington: Government Printing Office. https://archive.org/details/grammerdakota09riggrich/page/n7/mode/2up.

cias de las que hemos hablado están en la raíz de todos los fenómenos antropológicos. Por lo tanto, son estas tendencias generales, más propiamente que las supuestas causas de fenómenos aislados, las que deberían ser el objetivo de la investigación.

Estas tendencias, al ser inherentes a la mente[11], son eternas. Por otro lado, cambian y se desarrollan constantemente, y varían en sus diferenciaciones y combinaciones. Los fenómenos de la actividad han cambiado a medida que estas tendencias y sus relaciones entre sí se han modificado. Por lo tanto, los productos de la mente (los fenómenos estudiados por los antropólogos) son, como la mente misma, sin principio (para nosotros). No tienen origen. Todas las artes y todas las instituciones son tan antiguas como el hombre. Cada palabra es tan antigua como el habla. La historia de cada mito es al menos tan larga como la historia de la humanidad. Por supuesto, ningún mito ha sido igual de una generación a la siguiente; ningún estilo decorativo ha permanecido inalterado. Pero ningún mito, ninguna convención artística, ni ninguna otra cosa humana, surgió jamás de la nada. Siempre creció de algo anterior que era similar. Estos principios son obvios, pero se ignoran y se niegan implícitamente en toda búsqueda de un origen.

---

11 Las tendencias de las que se habla a lo largo de este ensayo deben entenderse como tendencias del hombre social. Son aquellas que existen en individuos que forman parte de una cultura, no en individuos aislados como tales. Existen causas psicológicas o condiciones mentales —generalmente consideradas fisiológicas— que también podrían denominarse tendencias. Tales son la tendencia a la fatiga, la tendencia a formar hábitos, la tendencia a la imitación por sugestión, entre otras. Estas existen de forma casi idéntica en todos los hombres, independientemente de su grado de civilización; incluso parecen presentarse con escasa modificación en los animales. Es evidente que estas tendencias fisiológicas son totalmente independientes de las culturas. Nuestro conocimiento sobre ellas se debe a un estudio psicológico de individuos. Por otro lado, las tendencias mencionadas anteriormente solo pueden determinarse a partir de un estudio histórico de los grupos sociales. Las manifestaciones de estas tendencias son actividades como la mitología, la escritura, las artes decorativas ceremoniales, las castas, el comercio y el lenguaje.

Toda explicación del origen en antropología se basa en tres procesos de pensamiento inobjetables desde el punto de vista lógico, pero contrarios a los principios evolutivos y al incontable conjunto de hechos que los sustentan. En primer lugar, está la suposición, implícita en la palabra "origen", de que antes del inicio del fenómeno explicado, este y su causa estaban ausentes; en segundo lugar, la creencia de que una causa repentina produjo el fenómeno; y en tercer lugar, la idea de que esta causa cesó tan repentina y completamente como había surgido antes, y que su producto ha permanecido, inalterado por otras causas, salvo por el desgaste, hasta la actualidad. Estos tres procesos de pensamiento están presentes en toda explicación de la causa u origen de un fenómeno humano, sea quien los explica consciente o inconscientemente. De hecho, generalmente, el origen no se enuncia con la suficiente claridad y precisión como para que estos tres pasos de pensamiento sean visibles en toda su crudeza. A menudo, quizás, el investigador que propone una teoría del origen negaría la existencia de estos procesos en su razonamiento. Sin embargo, toda determinación de un origen, ya se trate de origen del comienzo de un fenómeno o de su causa, debe implicar la existencia, en primer lugar, de un estado anterior diferente, en segundo lugar, de un cambio producido por una causa externa (no inherente) y, en tercer lugar, del estado que se investiga.

Este proceso de razonamiento en tres pasos no es en sí mismo erróneo. Cuando se declara que el vapor, en un caso particular, se produjo, o puede producirse, a partir del agua mediante calor, se emplea este método de pensamiento. El estado inicial es el agua, la causa alterante, el calor, y el estado actual, el vapor. En todas las ciencias físicas, pensar de esta manera no solo es permisible, sino necesario y se practica constantemente. Es cuando estos procesos de pensamiento se utilizan en antropología[12]

12 Por el término antropología se entiende aquí no aquellas partes de la ciencia que son claramente anatómicas y fisiológicas (es decir, que se basan en la ciencia mecánica y están incluidas en ella), sino aquellos dominios generalmente cubiertos por los títulos de etnología, arqueología e historia.

que sus resultados se vuelven absurdos. Cuando decimos que el origen de la decoración es la técnica, o que el origen del matrimonio es la promiscuidad, o que el origen del Maui polinesio es la personificación del sol, o que el origen de un alfabeto es el arte pictórico, o que el comienzo o la causa de cualquier cosa en la cultura humana es otra cosa determinada, afirmamos o implicamos una condición antecedente distinta y separada, y una causa eficiente aislada y definitivamente limitada. Hemos demostrado, al considerar el arte primitivo, que tal condición y tal causa realmente existieron, que es tan altamente improbable que hace absurda la creencia en su realidad; y debe ser obvio que, en todos los demás casos dentro del alcance de la antropología, las tres suposiciones hechas en cada explicación del origen donde falta el conocimiento histórico directo, poseen el mismo grado de improbabilidad.[13]

---

13 Si es cierto que los orígenes no pueden determinarse, el supuesto origen de las palabras, es decir, las raíces, debe ser imaginario. Quien se adhiera a la teoría actualmente aceptada de que el lenguaje comenzó con raíces, deliberada o inconscientemente se compromete con estas creencias: que antes de la formación de las raíces, el lenguaje en el sentido propio, como algo articulado y definido, era deficiente. Que con las raíces, el lenguaje comenzó a ser, esencialmente como es ahora. Que después de la formación de las raíces nunca surgieron nuevas, sino que el lenguaje permaneció inalterado, salvo por modificaciones de sus raíces o sus combinaciones en nuevas palabras y formas flexivas. La improbabilidad de que tal proceso haya tenido lugar debe ser evidente para cualquiera que crea que tendencias inmutables, siempre cambiantes e interrelacionadas han estado operando incesante y unidamente en el hombre. La creencia en las raíces como origen de las lenguas es totalmente antievolutiva: contradice el axioma de que nada vivo proviene sino de lo similar y que todo cambio es un desarrollo gradual y no un proceso de creación final. La debilidad de la teoría de las raíces es más palpable en el absurdo de las diversas explicaciones que se dan con frecuencia sobre el origen de las raíces primarias. Es cierto que existe algo que puede llamarse raíces. En cada lengua hay grupos de palabras similares en sonido y relacionadas en significado. Los centros ideales e inexistentes de estos grupos de palabras bien pueden llamarse raíces, y deben reconocerse y utilizarse en filología. Pero las raíces que una vez existieron como tales y dieron origen a lenguas de palabras en las que aún se pueden ver, nunca las hubo.

Si, entonces, las causas específicas o los inicios de fenómenos específicos son una falacia en antropología y no pueden buscarse, ¿cuál puede ser el objeto de investigación? ¿Las tendencias a las que tanto se ha hecho referencia? Al igual que las palabras, los estilos, los mitos, las ideas, los procesos industriales y las instituciones, todos ellos productos de ellas, las tendencias son eternamente vivas y siempre cambiantes. Se integran entre sí; se transforman; se combinan indistinguiblemente donde coexisten. Por lo tanto, si nuestra perspectiva es lo suficientemente amplia, no podemos determinar, separar, nombrar y clasificar adecuadamente las tendencias. En realidad, solo existen en la unidad total de la actividad viva, como partes del organismo infinito. Esta gran unidad es el verdadero estudio para el estudioso del hombre. En ella, como partes de ella, son comprensibles las culturas y los movimientos de civilización, las tendencias y los fenómenos individuales. En ella conocemos sus interrelaciones. Solo comprendiendo su totalidad podemos comprender realmente sus partes menores, esas producciones que siempre tienen un predecesor, pero nunca un comienzo.

El error fundamental del método antropológico común para investigar los orígenes es que aísla los fenómenos y busca causas específicas aisladas para ellos. En realidad, los fenómenos étnicos no existen por separado: solo tienen su ser en una cultura. Mucho menos pueden existir las fuerzas causales de la mente humana, las actividades o tendencias, estar verdaderamente aislados. Toda distinción entre ellos no solo es arbitraria, sino falsa. Tanto los fenómenos como las causas solo pueden percibirse adecuadamente en la medida en que conocemos sus relaciones con el resto de la gran unidad que llamamos vida. Cuanto más se conoce y comprende esta como un todo, mejor comprendemos sus partes. Esta, la totalidad de la vida, es el único tema de estudio provechoso para la antropología.

Bibliografía

Kroeber, A L. 1901. Decorative Symbolism of the Arapaho. *American Anthropologist*. Vol 3. n° 2 New York: Columbia University. https://catalog.hathitrust.org/Record/100386201.

Referencia

Riggs, Stephen Return. 1893. *Dakota Grammar, Texts, and Ethnography*. Edited by James Owe Dorsey. Washington: Government Printing Office. https://archive.org/details/grammerdakota09riggrich/page/n7/mode/2up.

Editorial
ATAVISMO

Esta obra fue editada por David Peña
en Alvarado 24-2, San Jerónimo Aculco, La
Magdalena Contreras, Ciudad de México.
México. antropologodavid@gmail.com
Junio del 2026
Ánimo